

Mundo Argentino

Noviembre 8 de 1933

"—Ya lo sé... Y tú, ¿cómo lo has descubierto?
"—Hallé olvidada en un cajón de su escritorio una carta dirigida a ti... Una carta que, ignoro por qué causas, no te la envió...
"—¿Y no hallaste ninguna carta mía dirigida a él?
"—No, Margarita..., pero jamás he dudado..."

De la novela corta de ambiente nacional

AMIGAS

Por

ERNESTO MARIO BARREDA

20 *centavos en toda la República*

El ESPEJO de la OPINION PUBLICA en el PAIS y en el EXTRANJERO

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

(1) El asado de las próximas elecciones en la provincia de Buenos Aires se lo comerán los conservadores, que para eso están depurando los padrones valiéndose de la reciente reforma a la Ley Electoral. Resta adjudicar la representación de las minorías, cosa que también parece estar en manos del partido oficialista, que, dentro de la Concordancia, tiene predilección, sin duda alguna, por los Socialistas Independientes.

(2) Las medidas tomadas por las autoridades de la Unión para conjurar la crisis, son de la naturaleza de esos remedios heroicos de último momento cuando se echa mano a cualquier recurso. El gigantesco programa de obras públicas y la posibilidad de la inflación controlada impuestas por Roosevelt para tonificar el ambiente tienen ese aspecto de recurso extremo.

(3) Esta caricatura inglesa señala al tratado angloargentino, recientemente firmado, como otro de los muchos aciertos del primer ministro británico Ramsay Macdonald, pero al mismo tiempo le indica que aún quedan muchos problemas que resolver antes de que se puedan normalizar los negocios y volver a la perdida prosperidad.

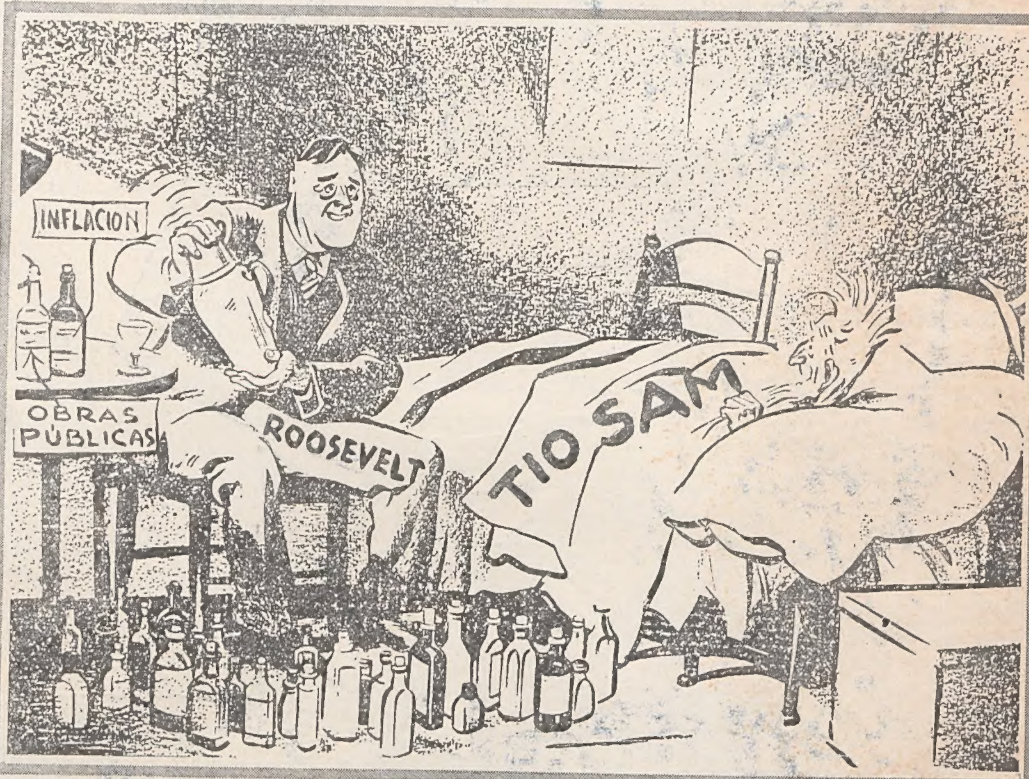
(4) Los recientes rumores de que la Gran Bretaña, Francia y los Estados Unidos han llegado a un acuerdo sobre el desarme, es una noticia tan inusitada dentro del ambiente de las conferencias, acostumbradas a una falta de cooperación casi absoluta, que bien puede haber sorprendido a ciertos delegados como si se tratara de una amenaza o un peligro inminente en vez de representar el espíritu de conciliación tan necesario en estos momentos.



1

REPUBLICA ARGENTINA

¡Lárguense de aquí! Si quedan güesos serán p a'l cuzco.



2

ESTADOS UNIDOS

El médico. — Con este cocktail de última hora te vas a levantar, viejo.

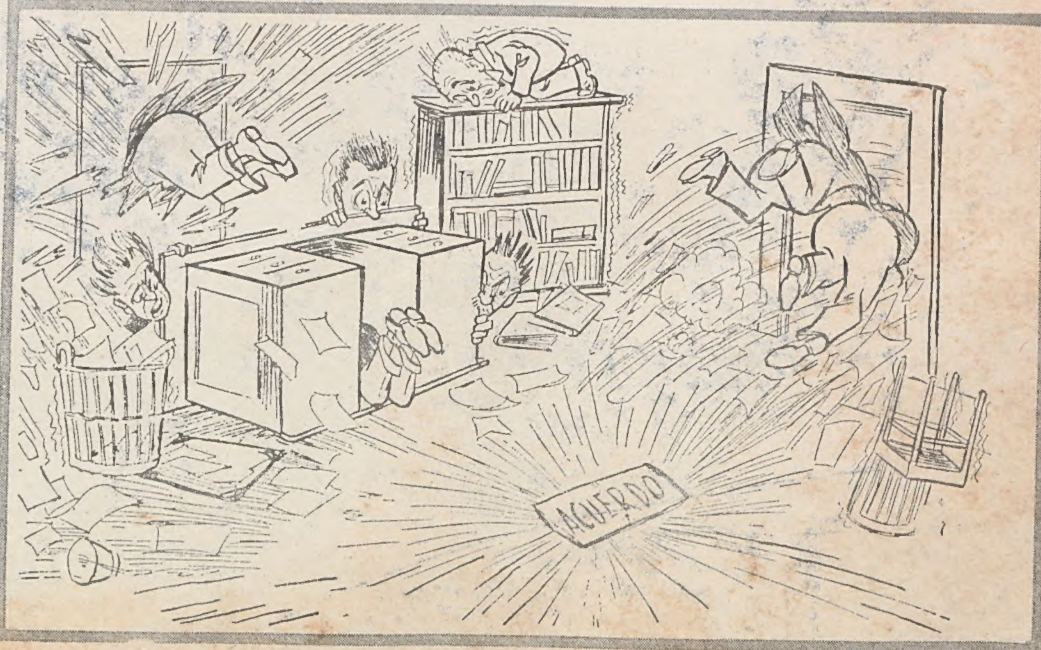
(De "Evening Standard")



3 INGLATERRA

El jockey Ramsay Mac Leguisamo se apunta una nueva victoria.

(De "Daily Despach")



4 LAS CONFERENCIAS

¿Un acuerdo? Algo extraño va a ocurrir.

(De "Glasgow Bulletin")



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES — DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RÍO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029 — FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXIII — BUENOS AIRES, 8 DE NOVIEMBRE DE 1933 — Nº 1190

BUENOS AIRES ES UNA CIUDAD MUY MAL ABASTECIDA

Es tan complejo y vasto el abastecimiento de una ciudad como la nuestra, que MUNDO ARGENTINO se propone estudiar el problema en una serie de artículos que abarcarán en su totalidad los diversos factores que lo integran. Este, que es el primero de esa serie, plantea unas cuantas preguntas que no tienen respuesta racional. Los venideros tratarán punto por punto los tropiezos del abastecimiento bonaerense y la forma más viable de evitarlos.

EL abastecimiento de una ciudad tan extendida como Buenos Aires, que pasa los dos millones y medio de habitantes, promueve tantos problemas y son estos de tal complejidad, que ya no es posible contemplarlos en block ni discurrir soluciones de conjunto.

Algo de esto, sin embargo, es lo que periódicamente han hecho los poderes municipales, con poco o ningún provecho para los intereses de la población, generosamente abastecida con todo aquello que abunda, por no decir que sobra, pero que, desgraciadamente, en su inmensa mayoría no puede adquirir cuanto necesitaría para obedecer los principios de una sana y reparadora alimentación.

Aquí se come carne mala, verdura escasa y fruta verde, aunque la carne esté barata, aunque sobre tierra para hacer huertas y aunque la fruta se tire al río.

¿Cómo se explica?

En tesis general, por la falta de principios directores y de normas para regular las funciones de abasto.

El fenómeno que como ningún otro afecta al bienestar de la población es consecuencia de la deficiente distribución de los productos que consumimos. Hay barrios enteros de la ciudad adonde no llegan sino por excepción ciertas verduras, ciertos pescados y ciertas frutas. Cuando una dueña de casa los desea, necesita encargárselos con tiempo a su proveedor para que se los consiga. La explicación es que "no tienen salida". Pero ¿es que positivamente no se ofrecen porque no tienen salida, o no tienen salida porque no se ofrecen, y los vecinos se han habituado a no consumirlos?...

Otro aspecto no menos interesante es el que resulta de la falta de control municipal sobre los precios del mercado. Hay una verdadera anarquía en este sentido. El afán de lucro de algunos abastecedores y de muchos puesteros desquicia las finanzas de miles y miles de modestos hogares. De un barrio a otro hay tales diferencias en los precios, que no parece sino que se tratara de dos ciudades distintas.

¿Qué ha hecho la Municipalidad para mejorar este estado de cosas?

Hace veintidós o veintitrés años instituyó las ferias francas, adoptadas primero a título de ensayo, y con carácter definitivo después. Se trataba de eliminar en lo posible a los intermediarios y de abaratar, uniformando en lo posible los precios, mediante la intervención municipal. Sin ser la mejor solución se la prefirió como una de las más conocidas.

Entretanto, con el uso la feria se ha ido desacreditando, se ha ido deformando. Es una estructura que admite todas las triquiñuelas de la especulación. Las dueñas de casa suelen repetir un juicio elocuente y definitivo al respecto. "La feria es un engaño", dicen. He aquí la conclusión a que conduce una experiencia repetida diariamente. Compran al mismo precio o más barato mejores artículos en los mercados particulares. Queda, sin embargo, la posibilidad de sospechar que esta circunstancia sea el resultado de la competencia a que la feria los obliga, cosa que ya veremos más adelante, como veremos hasta qué punto esta concurrencia puede ser consentida como el desideratum de las soluciones que buscamos.

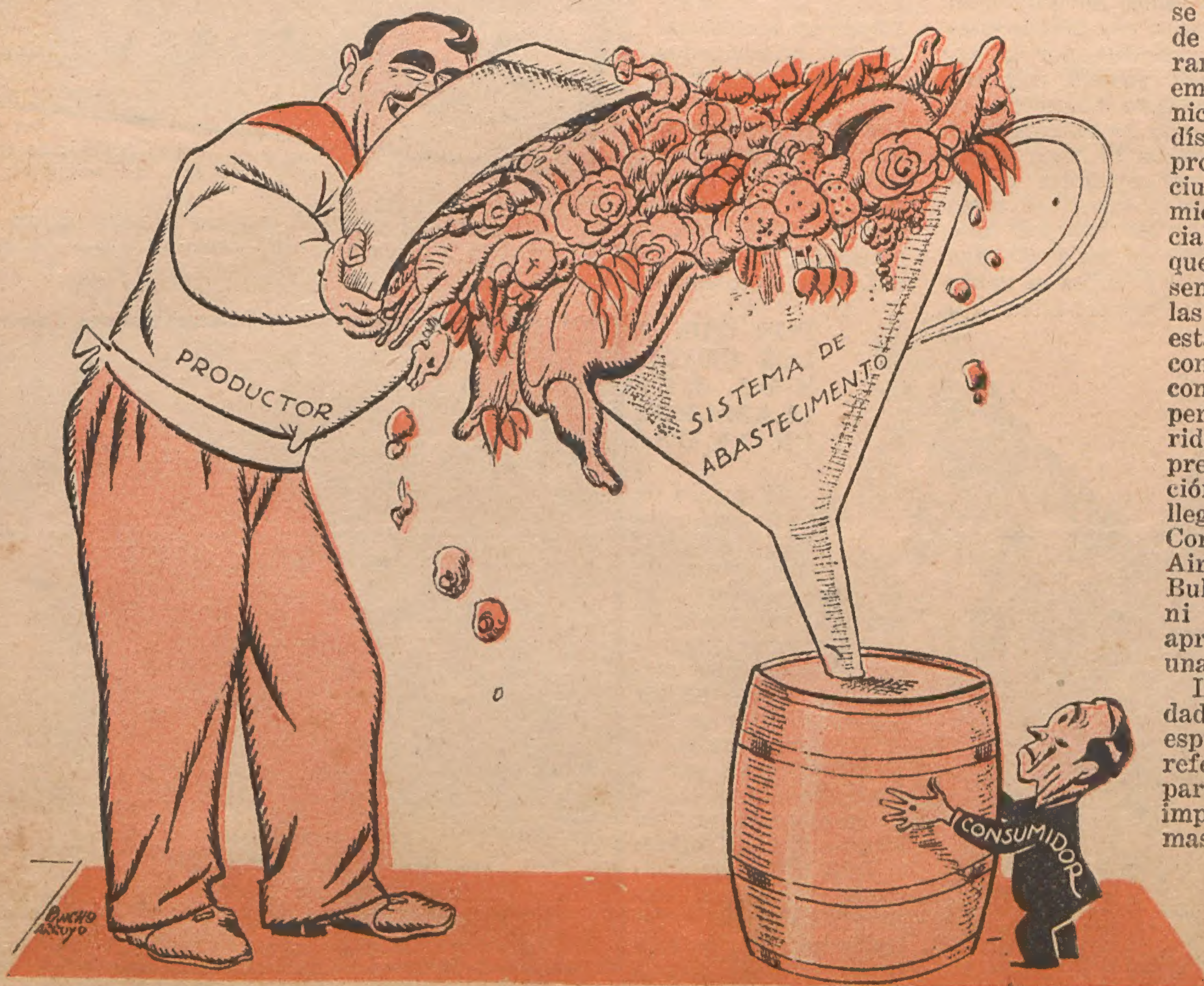
Por lo pronto, a ella se concreta, digamos así, la intervención municipal.

Con decir que recién desde principios de este año se ha constituído en el Concejo Deliberante una comisión especial de abastecimiento para estudiar estos problemas, queda dicho todo.

Entrevistado por un redactor de MUNDO ARGENTINO el presidente de esta comisión, empezó reconociendo que se tropieza con dificultades de todo orden para mejorar la situación reinante, empezando porque la Municipalidad no posee estadísticas exactas sobre los productos que entran a la ciudad para su abastecimiento. La negligencia oficial, según el testimonio que invocamos es, en este sentido, tan patente, que las cifras de la oficina de estadística no coinciden con las que resultan de las comprobaciones realizadas personalmente por el referido concejal. En cuanto al precio de costo o de producción de los artículos que llegan a los Mercados de Concentración—el Buenos Aires, el de Abasto o el Bullrich—tampoco existen ni siquiera referencias aproximadas en que fundar una intervención oficial.

La población de la ciudad está a merced de los especuladores. Una sola referencia será suficiente para dar la medida de la importancia de los problemas que MUNDO ARGENTINO enfoca, y de la libertad consiguiente con que se opera bajo el actual régimen de los mercados de abasto

(Cont. en la pág. 60)



EL CONSUMIDOR.—A mí no me llega nada; ni siquiera lo indispensable para nutrirme.
EL PRODUCTOR.—La culpa, amigo, es de este embudo, que recibe tanto y larga tan poco... Hasta que no se cambie el sistema seguiremos así.

Vueltos los ojos al pasado, CHILE es,

Así lo presenta en esta

Chile, el país hermano cuya economía sufrió tan rudo golpe a raíz de la baja del cobre y el salitre, sus dos grandes fuentes de riqueza, parece haber encontrado un alivio al volver los ojos al pasado para dedicarse al lavado de oro, cuatro siglos después de haber sido abandonadas esas tareas mineras. Según se explica en esta nota, varios millares de hombres se ganan hoy la vida en los viejos "placeres", y es un hecho que la prosperidad puede cifrarse una vez más en ellos.



He aquí el plato de madera, de forma cóncava, que llaman "chaya", y que merced a una hábil rotación hace escurrir la arenilla mojada, que deja en el fondo el oro "granado", hoy pan del pobre en Chile.

COMO en las leyendas de la conquista, la prensa de Santiago de Chile informa que los lavaderos del país acaban de completar una tonelada de oro. La aguda crisis chilena, producida por la paralización de las salitreras y la baja del cobre, fuentes de su principal rendimiento aduanero, trajo el pavoroso problema de la cesantía. No menos de cien mil personas quedaron sin trabajo. Se sintió la revolución del hambre. ¿Cómo ocupar a esa muchedumbre de obreros cesantes, curtida por la atmósfera del desierto? Se recordó entonces que desde la colonia estaban abandonadas minas y lavaderos de donde se extrajera el tributo del oro que se pagaba al Inca, y que más tarde explotaran los españoles de la conquista. La historia iba a repetirse como hace cuatrocientos años y los hombres modernos volverían a escuchar en las quebradas y valles el canto alucinador del metal precioso. Influía en el desarrollo de estas antiguas faenas el alza que experimentaba el oro, que, en breve tiempo, subió de cinco pesos chilenos el gramo a más de veinte. El comercio importador, por otra parte, necesitaba de la divisa extranjera que el control de cambio restringía para mantener el patrón.

La súbita demanda del oro exaltó la imaginación del antiguo minero buscador de vetas y "placeres". El gobierno le ayudó en los nuevos cateos que emprendía por los desiertos y selvas. Se formaron empresas de explotación y los cesantes volvieron a encontrarse en las faenas de sus antepasados, oyendo, al rumor de las "cunas" y "bateas", leyendas de derroteros y tesoros escondidos por los indios. Las labores iniciadas con seis mil obreros en agosto del año pasado, a fines de 1932 alcanzaban a treinta mil. Hoy sube esa suma.



Los pequeños contemplan a sus padres en el trabajo de la "cuna", de donde va a salir la arena milagrosa del sustento diario.

Y no era porque el oro no fuese abundante, sino porque estaba diseminado por el suelo en moléculas tan diminutas y difíciles de



POR QUE A LOS CHILENOS LES LLAMARON "ROTOS"

El suelo de Chile está cuajado de oro. Las aguas que se precipitan de la cordillera al mar traen por sus quebradas el misterioso metal que aflora en los lechos de los ríos. En el desierto corrientes subterráneas arrastran venillas que luego asomaran en las crestas de los cerros.

Don Pedro de Valdivia escribía al emperador Carlos V, refiriéndose al oro chileno: "Cada peso o castellano nos cuesta cien gotas de sangre y el doble de sudor."



La más anciana de la comarca prefiere el sistema primitivo de la "batea" o "chaya", y esta foto la presenta entregada a su trabajo.

otra vez, el país que COSECHA ORO

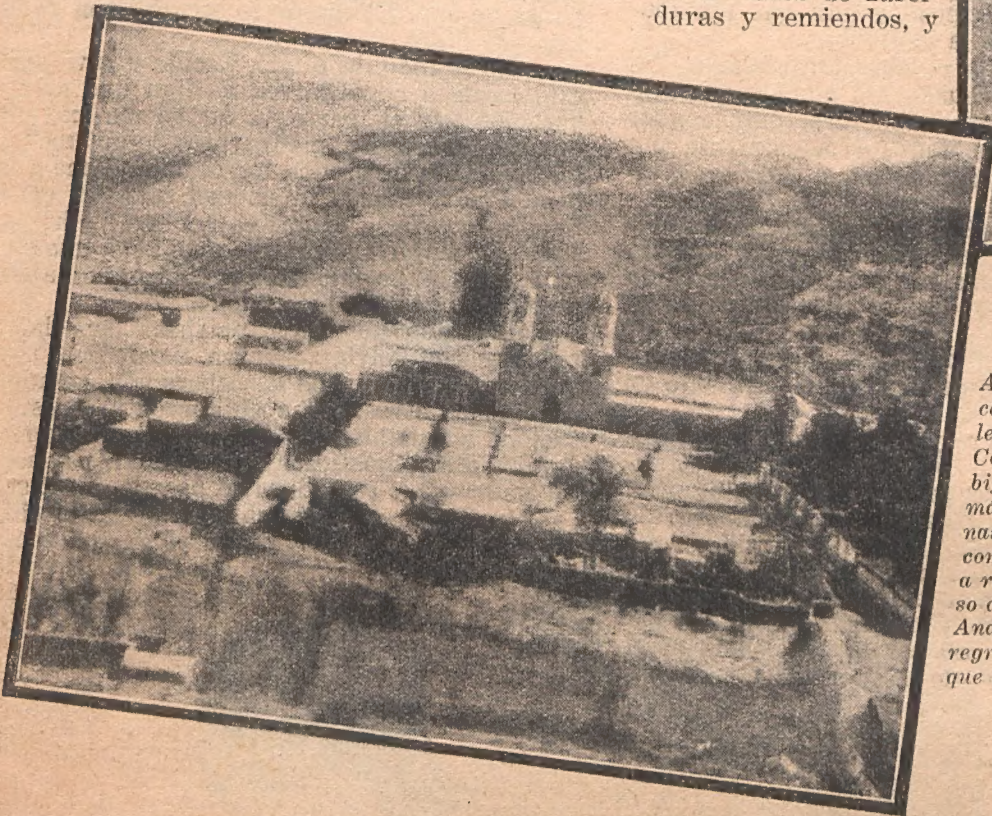
nota SADY SAÑARTU

amalgamación, que se recogía en forma colectiva (las encomiendas indígenas) para sus grandes resultados. Este oro sirvió, sin embargo, de cebo para atraer socorros y gente del Perú. El conquistador Valdivia quiso despertar la codicia de los peruanos de Almagro y Pizarro valiéndose de un ardid muy curioso. Envió a seis de sus mejores soldados en busca de refuerzos, y para que causasen admiración de la riqueza de Chile hízoles hacer a cada uno grandes estribos, aunque toscos, con las argollas, las hebillas, los frenos y cabezadas guarnecidos de chapas de oro, y en sus personas cuanto pudo fabricarse del precioso metal para su adorno, como las pretinas, cintos, guarniciones y pomos de las espadas, de suerte que cada uno, herido de sol, brillase y resplandeciera con el lustre del oro.

En la travesía, sólo dos llegaron al Perú — que muertos fueron los otros por los indios, — y tanta admiración causaron, que el gobernador Baca de Castro los recibió alegremente. En medio de tanta riqueza iban casi desnudos, apenas cubiertos los muslos de cueros o jubones, todos llenos de zurcidas y remiendos, y por tan triste vestimenta les llamaron los "rotos", de donde se extendió el calificativo a todos los guerreros de Arauco.



Los más jóvenes lavadores de oro, ansiosos de sorprender una "pepa" de cien gramos, se entregan febrilmente al trabajo.



Andacollo, el pueblo del célebre santuario chileno, en la provincia de Coquimbo, y que hoy cobija a una población de más de diez mil personas, que han acudido, como hace cuatro siglos, a recoger el oro milagroso de su tierra. Cada año Andacollo es sitio de peregrinaje de los romeros que acuden de Argentina, Bolivia y Chile.



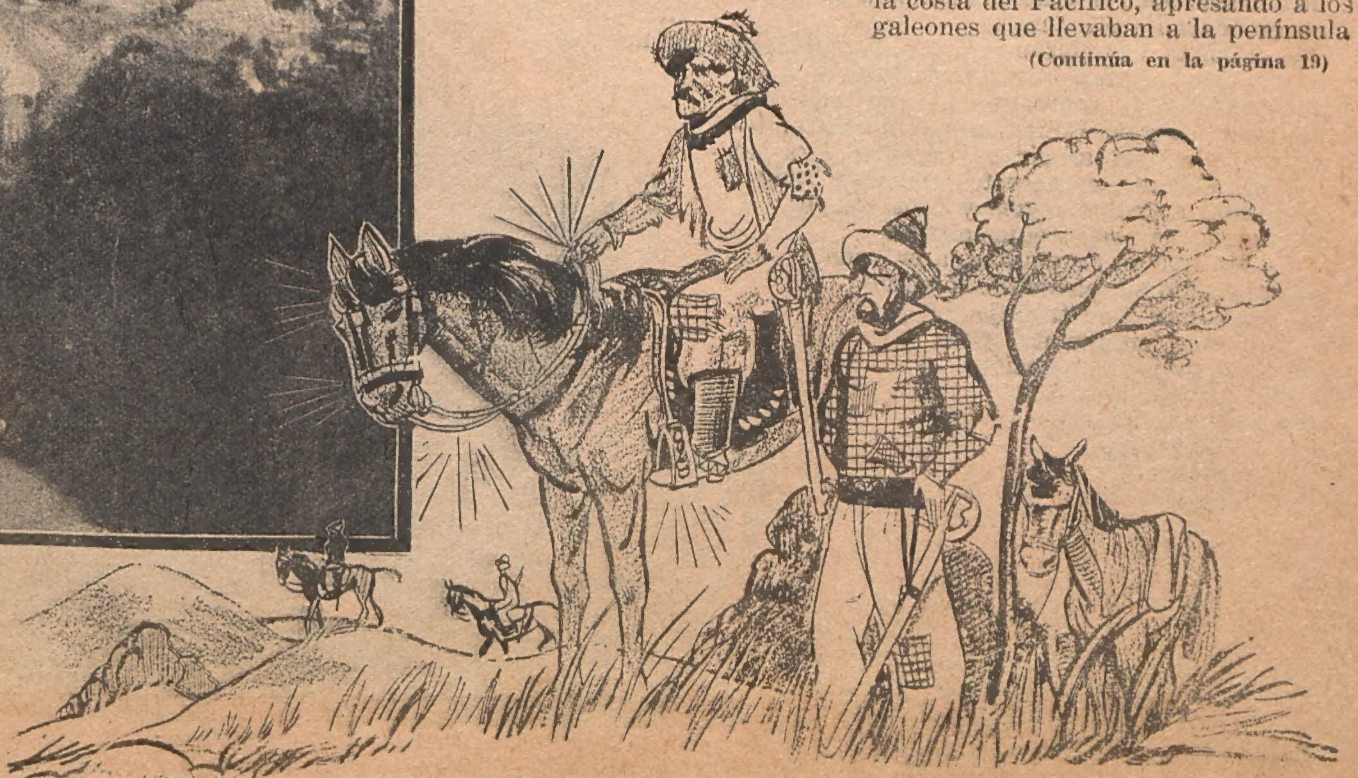
Dos generaciones: padre e hijo, en la faena que cuesta doscientas gotas de sudor honrado.

ORO EN LUGAR DE SAL

No es aventurado asegurar que Chile durante los primeros sesenta años de la dominación española, en el siglo XVI, fué el país más rico en oro en todo el universo, puesto que a principios del siguiente todavía ocupaba el tercer puesto. El padre Alonso Ovalle refiere en su historia que en las casas solariegas de Santiago era costumbre en las fiestas de banquetes, bodas y óleos poner en lugar de sal oro en polvo, y el lujo de gala de los fastuosos colonos era derramarlo para que al día siguiente los domésticos lo barriesen, y este despojo valía su "barato" o "propina".

En los siglos posteriores disminuyó la producción. Las fuentes de oro que explotaba Valdivia quedaron sepultadas en las selvas de Arauco, pues los indios alzados mostraban aversión a revelar los secretos perdidos, causa de su esclavitud y exterminio. Por otra parte, la fama que tomó el país la conocieron los bucaneros y piratas, que invadieron la costa del Pacífico, apresando a los galeones que llevaban a la península

(Continúa en la página 19)





El sentirse, frente a los zarpazos de una fatalidad sentimental, embargado de

Resignación

tiene, en determinadas circunstancias, fuerza de realidad conmovedora.

CUENTO por FEDERICO BOUTET

AYER por la noche fuí al "Paradis d'Orient" para ver bailar a Lydia Lezange... ¡Qué mujer! ¡Qué maravilla!... Es la musa de la danza hecha mujer. ¡Y qué seducción, qué atractivo el que ejerce! ¡Oh, si fuera millonario, y si ella quisiera aceptarlo, pondría a sus pies joyas y autos!

—Para que de todo ello tuviera por partida doble, puesto que de nada carece... Pero que entusiasmo, amigo Colleville—interrumpió, burlón, Dislandier; — tu mujer debería sentirse celosa ante semejante admiración...

Colleville se echó a reír.

—Admiración platónica de un empleado humilde y sin fortuna..., mas con toda sinceridad os aconsejo que vayáis al teatro. Vale la pena aunque sólo sea por verla aparecer en escena, casi desnuda, resplandeciente de alhajas y resplandeciente también de belleza y juventud.

—De juventud... No hay que olvidar que pasó ya los veinte años. Mucho hace que debutó, y aquella ruidosa historia del príncipe Agenor, de que tanto hablaron los diarios, no ocurrió, por cierto, ayer, y Lydia...

—Dirá usted lo que quiera, pero para mí jamás ha sido más hermosa que ahora. Y si mi parecer no es suficiente, pregúnteselo a Vasselot, que aunque aún no ha opinado, puede hacerlo, pues él también se encontraba ayer en el "Paradis d'Orient".

—¿Cómo, Vasselot el virtuoso, frecuentando los music-halls?—exclamó Dulandier.

Vasselot, que compartía el escritorio con sus dos colegas, Colleville y Dulandier, levantó la cabeza al oír su nombre. Era un hombre delgado, de aspecto correcto e insignificante, de cabello gris y ojos miopes, resguardados por anteojos azules.

—Me habían regalado una entrada —respondió simplemente. Y volvió de inmediato a su trabajo.

Escribía lentamente, para dominar mejor su emoción y disimularla ante sus compañeros. Felizmente éstos habían recomenzado sus tareas y no prestaban ya atención a Vasselot. No existiendo ningún motivo de sospecha, difícil era que repararan en la desazón en que se ponía cada vez que se hablaba de Lydia Lezange, y más imposible aún que adivinaran las causas que la motivaban.

La que bajo este nombre triunfaba en los escenarios de los music-hall, aquella que tantos comentarios suscitaba, era, quince años atrás, la señora de Vasselot. Legalmente aún continuaba siéndolo, puesto que el divorcio jamás fué pedido.

Cuando se conocieron, Vasselot era un modesto empleado y ella una chiquilla humilde y tímida que cuidaba con amor al padre viudo y se ocupaba de todos los menesteres de la casa.

El amor y la admiración nacieron espontáneamente en Vasselot desde el momento en que la conoció.

Hombre mediocre y resignado a la mediocridad, sólo ambicionó un tranquilo porvenir junto a Cecilia. Ella parecía correcta y bondadosa.

Su amor sólo le permitió ver estas apariencias, y en el deseo de hacerla su mujer, acortó el noviazgo tanto como fué posible, sin llegar a conocer la conciencia ni el corazón de la que elegía por compañera.

Durante dos años fué el más feliz de los maridos. Al cabo de ellos encontró la casa vacía una tarde al volver de la oficina. Sobre la mesa, un sobre con su nombre; dentro una carta que decía:

"Me voy porque no quiero pasar la vida aburrida. Espero que me dejarás tranquila. Es lo menos que puedes hacer por mí."

En la ofuscación del primer momento no comprendió. Creyó luego que Cecilia estaba loca. Bajo esta impresión corrió a casa del padre de ella. El suegro lo escuchó con pena, luego le dijo:

—Lo sé todo, hijo mío. Cecilia estuvo aquí esta tarde a encargarme te diga que siente vocación por el teatro. A mí no me extraña esto que hace. Su madre hizo lo mismo; a los tres años de casada huyó, dejándome a la hija. Por lo menos tú quedas solo. Te evita muchos dolores y disgustos por que yo he pasado. Mi mujer fué tanto o más bella que Cecilia. En fin, ha muerto ya; ¡para qué hablar de ella!... Adiós, hijo mío.

Fortificado por estas palabras consoladoras, Vasselot volvió a su casa, donde pasó una noche de horror y de desesperación, seguida de muchas otras noche de horror y desesperación, sin hablar de los días, que fueron igualmente angustiosos. No pudiendo soportar nada que le recordara su pasado, pidió ser trasladado de su oficina y buscó departamento en el barrio más apartado posi-



ble. Y así la vida comenzó de nuevo, entre nuevos muros y nuevos compañeros.

Vasselot se hizo cada vez más retraído, más huraño y vivió del recuerdo agudo, del pesar torturador de haber perdido, después de dos años de amor y felicidad, todas las ilusiones y a la mujer adorada.

Al principio nada hizo por tener noticias de Cecilia. Quizá por no manchar con detalles desagradables el recuerdo que de ella guardaba.

Luego una curiosidad malsana se apoderó de él. Por todos les medios trató de informarse, y cuando ya creía imposible tener noticias, vió en un diario la fotografía de una bailarina que debutaba bajo el nombre de Lydia Lezange: era Cecilia.

En ese momento tuvo un renacimiento de celos, de dolor, de cólera y desesperación. Desde entonces siguió junto con el público, las alternativas de la brillante carrera de la joven. Sufría espantosamente, y ante el comentario de las locuras y de las aventuras de aquella mujer, su tortura no tenía límites. Aún ahora, después de tantos años, su sufrimiento era intenso, y, sin embargo, no podía dejar de ir al teatro a verla de lejos. "Esa es mi mujer", se decía, temblando de emoción, perdido entre el público que la aclamaba.

Jamás pensó en pedir el divorcio y jamás nadie supo que la apludida y festejada Lydia Lezange había sido en otro tiempo la modestísima señora de Vasselot; este secreto lo guardaba celosamente por vergüenza, por pudor, por respeto quizá hacia aquella Cecilia que él tanto amara.

Al sonar la hora de partir, Vasselot y sus compañeros tomaron el sombrero y el sobretodo y abandonaron la oficina.

Antes de ir a su casa se dispuso a pasar una hora, como de costumbre, en el café, cuando una mano se posó sobre su brazo.

—Una palabra, por favor.

Vasselot se sobresaltó, miró, luego retrocedió vacilante: ante él, deslumbrante de hermosura, se encontraba Lydia Lezange.

—¡Dios mío! — gimió. — ¿Eres tú?

— Deseo hablar contigo — repitió ella con perfecta calma. — He sabido por intermedio de tu jefe que vives aquí, y te estaba esperando. ¿Quieres llevarme hasta tu casa? Allí estaremos más tranquilos para conversar.

— ¿A mi casa?... ¿Para conversar?... — repitió él, casi inconscientemente.

— ¡Y bien, sí; deseo hablar contigo! Nada hay en esto de extraordinario — dijo ella, ya impaciente.

Dócilmente se encaminó a su domicilio. Ante su puerta esperaba un suntuoso automóvil: el de Cecilia.

Siempre seguido por ésta, penetró en su casa, prendió la luz y volvió a cerrar la puerta.

La joven miró a su alrededor. Se encontraban en un pequeño comedor banal y anticuado.

—Conservas los mismos muebles — dijo ella, mientras su imaginación estaba muy lejos.

—¿Por qué huíste? ¿Por qué? — rugió él de pronto.

Ella pareció sorprendida, levantó los hombros, rió luego, y respondió:

— Al cabo de tantos años no vale la pena hablar de eso..., es grotesco y de mal gusto.

El la observaba, y la encontraba igual a su Cecilia, pero al mismo tiempo le parecía otra, ¡tan distinta, tan cambiada, y, sin embargo, más linda que nunca! La emoción lo ahogaba al verla así de cerca, al oír esa su voz, la misma de siempre, que decía:

—Ante todo debo darte las gracias por haber accedido a mi pedido de no molestarme, pero hoy tengo necesidad de un nuevo favor; deseo regularizar mi situación... Es necesario que nos divorciemos. Voy a dejar el teatro para volverme a casar. Rogelio Landal, el gran industrial, me suplica desde hace mucho tiempo que consienta en ser su mujer. Por fin me he decidido, pero para casarme es indispensable que nos divorciemos antes. Conoce mi pasado, nada he escondido de mi vida de artista, y como es inteligente y me quiere, todo lo ha aceptado.

— ¡Y bien, no; no quiero, no acepto! ¿Y es para esto para lo que has vuelto?

— Pero, ¡naturalmente! ¿Para qué hubiera venido si no? Por otra parte, tú te portaste siempre como hombre que comprende las cosas...

La indignación de Vasselot se había ya transformado en horror, en desesperación. Se advertía de pronto que había vivido esperando hasta ese instante que Cecilia volvería..., volvería pobre, vieja, enferma, pero volvería... Y de pronto esta esperanza inconfesada se desvanecía también. Ya no habría en su vida nada que esperar, ni siquiera nada que ocultar, puesto que después del divorcio dejaría de existir aquel secreto escandaloso que constituía su vida misma.

— Entonces — dijo ella con naturalidad — estamos de acuerdo..., cuento contigo para que todo se haga con la mayor rapidez y en el mayor silencio. Landal sabe que he sido casada, pero ignora con quién..., entonces..., verdad, como mi casamiento es de todas mis aventuras la única inconfesable..., porque, en fin, nadie podría negar que para una mujer como yo, haberte tenido a ti por marido no es halagador, por cierto. No es que te haga un reproche — continuó con un poco de amargura mal disimulada, — pero creo que es un deber tuyo el reparar este error...

Sin esperar una respuesta, tan segura estaba de que su marido no tenía el derecho de rehusarle lo que pedía, se fué, dejando a éste asombrado. Mas pasado el primer momento de estupor, pensó con toda buena fe:

"Verdaderamente, es demasiado hermosa para mí..."

FIN





—Ante todo debo darte las gracias por haber accedido a mi pedido de no molestarme...

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

EXPLIQUEME las causas por las cuales esas personas se oponen a su amor, y entonces podré aconsejarlo mejor.

Contestando a "Artillero González", de Diamante.

• •

SENTI MUCHISIMO que esta contestación no pudiera aparecer para la fecha que me pedía, pero fué materialmente imposible, pues su consulta fué hecha un poco tarde. Sin embargo, debo manifestarle que si procedió de acuerdo a su consulta, está bien; en lo que hay un error es en lo que respecta al cintillo; éste no debe llevar grabadas las iniciales. Gracias por sus cordiales palabras, y lleguen a usted mis sinceras felicitaciones por su reciente compromiso.

Contestando a "Lamartine", de Tucumán.

En amor, la presencia de quien se ama es inapreciable; soñar, hablar, no hablarle, pensar en ella, todo es igual cuando se está a su lado.

PUEDE ALBERGAR una esperanza, ya lo creo. Quizá él tampoco olvida y añora las felices horas pasadas. Si es así, buscará la manera de volver a entrevistarse con usted, y todo lo ocurrido pasará como un mal sueño, pero le aconsejo que de esta lección saque provechosa enseñanza. No hay que jugar con el amor, pues suele darnos insospechadas sorpresas.

Contestando a "Volveré a ser feliz", de Rosario.

• •

CASESE, AMIGUITA. Cuando hay de por medio un entrañable amor, esa diferencia de edades no puede ser obstáculo para la felicidad.

Contestando a "Novia afligida", de Calingasta.

• •

HIZO MUY MAL en no haber confiado a su mamá todo lo que le pasaba. Seguramente que si lo hubiera hecho, la solución del asunto hubiera sido muy distinta, pero como lo hecho, hecho está, nada remediaré con hacerle ver su error. A su pregunta respondo: atienda al nuevo pretendiente, y si después de casada lo cree necesario, lo informa de lo acaecido.

Contestando a "Pecado sin pecar", de Entre Ríos.

• •

ESTA A TIEMPO. Su resolución decisiva debe ser: terminar. ¿Para qué continuar esa aventura si falta lo principal, su amor? Demasiado tarde se acordó del dolor que causaría, pero ya que no quiere herirla escribiéndole en forma terminante, emplee por hacer que la correspondencia sea cada vez más escasa y menos expresiva; así la ausente, que ignora la cruel verdad, pensará que la separación alejó también su corazón. Mejor, así llorará menos la pérdida de su amor. Publicaré su poesía, lo que será un gusto para mí.

Contestando a "Un cruzado indeciso", de San Juan.

• •

1º **DEBE VESTIR** un año de luto.
2º Esa niña no debe llevar cola en el sombrero, en cuanto a las medias pueden ser negras o gris obscuro.
3º El rubor que sube a las mejillas, en determinadas ocasiones, es innato en algunas personas, y nada puede hacerse para evitarlo. Quizá a medida que transcurran los años no aparezca con tanta frecuencia el indiscreto colorcito.

Contestando a "M. L", de Hernando.

PUEDEN TUTEARSE en público. No hay en ello ninguna incorrección, dado que la amistad de usted data desde la infancia.

Contestando a "Mary", de Santa Isabel.

• •

OBEDEZCA a sus padres; es usted demasiado joven y corre el albur de arrepentirse de sus resoluciones. Devuélvale las cartas.

Contestando a "Morochito", de Villa Cañás.

• •

SOLAMENTE USTED, de la continua observación de la conducta de su novia, puede sacar en limpio si el amor que le profesa es sincero o ficticio. Se le presenta ahora la oportunidad de poner a prueba ese cariño; si usted por dedicarle a ella los domingos abandonó su deporte favorito, pídale que ella deje de bailar, ya que no puede hacerlo en su compañía. Si lo ama realmente, accederá a su pedido, pues me parece que lo más halagador debe ser estar al lado del ser querido. Espero aclare sus dudas y no tema molestarme siempre que necesite de mi consejo.

Contestando a "Nuevo discípulo de Nenúfar", de General Villegas.

• •

SIGA LOS IMPULSOS de su corazón. Debe decidirse por aquel que realmente ama. Esa indecisión es signo de inseguridad de cariño.

Contestando a "Rubia triste", de Roldán.

• •

A MI ENTENDER usted cree que la persona que me escribe bajo esos seudónimos es la mujer a quien usted ama; me parece que está en un error, pues la causa por la cual me explica no ha podido realizar su sueño, no es ni remotamente la que le impide a esa confidente ser feliz. Vuelva a escribirme y sea más explícito, porque quizá yo no he comprendido bien.

Contestando a "Perseverante".

• •

SUEÑO

(COLABORACIÓN)

• •

Andrés Pérez Cuberes

La noche tendió su manto,
y el obscuro firmamento
puso una nota de angustia
en el profundo silencio.

En tan honda soledad
surgió como en un ensueño
la imagen de la que tanto
adora mi ardiente pecho.

Y, como siempre, radiante
de luz, de amor y de anhelo,
sobre mis labios dejó
el dulce calor de un beso...

Vuelto pronto a la realidad
de lo que sólo fué un sueño,
veo desfilar mis horas
envueltas en el recuerdo.

LA INTEMPERANCIA de su carácter puede tronchar su felicidad. ¿Por qué si la sabe a su novia buena, condescendiente, que ha hecho un culto de su amor la tortura con esas intempestivas agresividades? Debe cambiar; modere sus nervios, contenga esos violentos impulsos sin motivo, imite a su dulce noviecita y ya verá cómo sus días se deslizan plácidamente. Me prometió seguir mi consejo al pie de la letra; así lo espero y puedo asegurarle que no se arrepentirá.

Contestando a "Mar turbulento" de Bernal.

• •

DEBEN ESPERAR que ellos insinúen cierta simpatía por ustedes, y entonces les retribuyen las atenciones.

Contestando a "Dos pililí", de Rosario.

• •

No se publicarán las poesías enviadas por:
"B. A. B.".
"Amo y soy amada", de Echagüe (Entre Ríos).
"L. S.", de Gualeguay (Entre Ríos).
"C. L. M.".
"E. M. L.", de Avellaneda.
"Amante soñador", de Junín.
"Plentiurs", de General Rosa.
"Alma Tadema" de Casaffousth.
"Ch. M.", de Ingeniero Luiggi.
"Rubiecita del Liceo", de San Juan.
"S. C. T.", de Mendoza.
"R. C.", de Villa Lynch.
"Mar", de Bell Ville.
"F. F. L.", de Córdoba.
"P. N. R.", de Ingenio Concepción (Tucumán).
"L. S. S.", de Córdoba.

El amor es un secreto sublime en cuya virtud dos son uno; el hombre y la mujer se funden en un ángel y el cielo aparece...
Víctor Hugo.

"R. A. 2933", de capital.
"N. I. A.", de Córdoba.
"B. E.", de Gigena (Córdoba).
"Flor de durazno", de capital.
"M. T. R. de B.", de Goya (Corrientes).
"A. G.", de Chajarí.
"A. P. V. G.", de capital.
"O. A. V.", de Rosario.
"S. P."
"J. A.", de Rosario.
"J. L."
"Garra triste", de Santiago del Estero.
"A. J. P.", de Rosario.
"M. P.".
"Dolores", de Santa Fe.
"N. A. R." de Rosario.



Nelly Vasena Saves, el día de su enlace con Adolfo Gourdy.
Foto de F. Pérez

No PERMANEZCAS INDIFERENTE a la VOZ del AMOR

BOCETOS DE MI BARRIO

Por **José M. Braña**

COSAS DE MEDICO

NO se imaginen ustedes que exagero. En mi barrio tenemos dos médicos. Muchos creen que estos dos médicos se hacen la competencia, y yo afirmo que no. Ninguno cura a sus pacientes en menos de cuatro visitas, de manera que un simple resfriado de un chico cuesta a su padre, téngalos o no, de cuarenta a cincuenta pesos. Porque el médico no se concreta a visitar a su enfermo, tomarle el pulso y la temperatura, hacerle sacar la lengua, y decir, simplemente: "Está mejor, pero todavía no está fuera de peligro." No; ninguno de nuestros dos médicos se concreta a esto: concretarse a sólo eso les parecería robar el importe de la visita.

Para que la visita tenga más fuerza de convicción es necesario recetar algo; pero, ¿recetar qué? ¿Un tónico? ¿Un jarabe? No. Es más convincente recetar unas inyecciones preventivas. Y las receta sin importarle que a aquel pobre padre de familia le van a cobrar en la farmacia un precio exorbitante, y que tendrá que pagar al boticario por que se las dé, y que a la postre no le habrán servido a su hijito para nada.

A la cuarta visita del médico, el niño ya está fuera de peligro, y entonces el galeno hace mutis. Pero no se retira sin antes recabar el profundo agradecimiento de los padres.

—Ustedes me deben la v i d a del chico — dice.

Ido ya el médico, el papá saca la



cuenta de lo que le ha costado "la salvación" de su hijito, y mueve la cabeza con dolor.

—¡Cuarenta y cinco pesos! — exclama. — Pero se ha salvado, que es lo principal. Con tres o cuatro meses de economías volveremos a ponernos al día.

Y ruega a Dios el pobre hombre que no se le vuelva a enfermar el chico, porque ya sabe por experiencia que el médico no se lo curará por menos de cuarenta y cinco pesos.

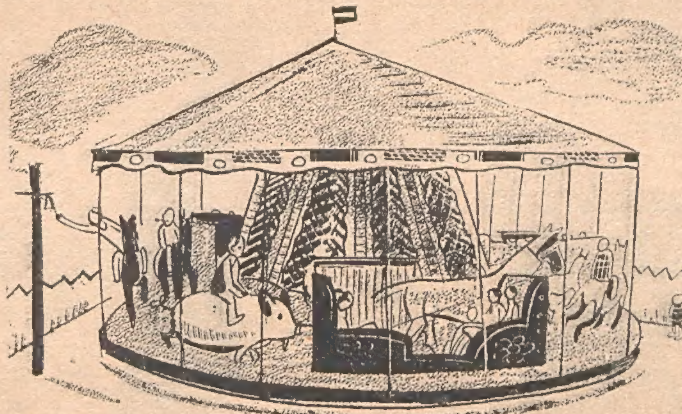
EL "CALESITERO"

Mi barrio no pude ser menos que los demás y tiene, por consiguiente, su calesita. Ha sido instalada en un terreno baldío próximo a mi casa y, como siempre, no durará más que un mes.

Durante los primeros días es indudable que el "calesitero" hace un buen negocio. Los chicos acuden a su calesita, y se dejan en el bolsillo de aquél los centavos que han podido conseguir. Verdaderamente, es tanta la felicidad que depara a los niños, que ningún padre considera mal gastados los cinco centavos de una vuelta.

Mi barrio, repito, tiene su calesita. Desde que la han instalado, los chicos de los contornos no faltan una sola tarde. Como todos los padres no pueden sostenerles ese pequeño "vicio", los pobrecitos se conforman con mirar cómo se divierten los demás.

El "calesitero", aunque tiene un gran



aire de bruto, es un excelente psicólogo. Estudia muy bien a sus pequeños clientes y, sobre todo, a quienes les acompañan. De ahí que al "tirar" la sortija, siempre la saque un chico bien arregladito, que ha montado en la calesita con uno o más hermanitos, y a quienes esperan los padres o uno de los abuelos, deleitándose con la felicidad que irradian los ojos de los pequeños.

Nosotros, naturalmente, no somos menos que los demás. Llevamos ayer a nuestros hijitos para que también ellos puedan solazar su espíritu, dando unas cuantas vueltas montados en un petiso de madera. Iban en lo mejor cuando de pronto mi mujercita me sacudió regocijada, exclamando:

—¡Mira, mira! ¡"Cholo" ha sacado la sortija! ¡Qué suerte ha tenido!

—Sí, sí; ha tenido mucha suerte — murmuro.

"Cholo" ha sacado la sortija y podrá, por consiguiente, dar otra vuelta. Sus otros dos hermanitos, no. Como nos da pena que no puedan ellos también dar otra vuelta, se la pagamos. Pero al montar los chicos nuevamente en la calesita, le digo al "calesitero":

—Es inútil que le haga sacar otra vez la sortija a mi hijo. No van a dar más vueltas.

—Está bien, señor.

Y, excelente psicólogo, busca o t r o chico a quien hacérsela sacar.



Una mujer celosa suele ser más impulsiva que un hombre, precisamente porque es más ferviente que éste, tratándose de amor.

FRENTE *al* AMOR *ninguna* MUJER *es* capaz *de* permanecer IMPASIBLE

A menudo leemos que unas mujeres pegan a otras por un esposo o un enamorado, y trataremos de comprender el motivo leyendo entre líneas.

¿Por qué Clitemnestra resolvió deshacerse de su esposo cuando Agamenón volvió, después de una ausencia de nueve años, durante la guerra de Troya? En lugar de recibirlo con tambores y cantos, alabando a los dioses olímpicos por habérselo devuelto, decidió deshacerse de él.

—¿Cuál es el motivo fundamental para que una mujer vaya en contra de otras mujeres o se separe de su esposo? — Esto fué lo que pregunté a Margaret Widdemer, la conocida novelista y poetisa, y agregué: — Se lo pregunto a usted porque estoy segura de que sabrá responderme satisfactoriamente. ¿Cuál es?

—Verá usted. Aparentemente, una mujer mira con gran desdén a quien se interpone en sus asuntos de amor. Durante siglos la única preocupación de la mujer en la vida ha sido el amor — me repuso.

—¿Tienen todos las mujeres el impulso natural de combatir por el amor? — volví a preguntarle.

—En general, sí; luchar por amor es un instinto primitivo, y todas lo poseemos; claro que algunas son más fuertes que otras, y cuando un asunto de amor va mal, o es un sencillo caso de separación a causa de otra mujer, tienen la fuerza de pensar que tal vez llegue un hombre de más valor para sus vidas, o tal vez tienen la fuerza de hacer lo que los hombres han hecho siempre; es decir: interesarse en otras cosas; pero por cada mujer que abandona la lucha hay otra que tiene el instinto primitivo de defensa.

En la presente nota se reproducen las opiniones de la destacada novelista y poetisa Margaret Widdemer, quien asegura que ninguna mujer es capaz de permanecer impasible frente al amor. Afirma además que la lucha que suele establecer con sus semejantes por defender sus fueros, no es obra de las circunstancias, sino un sentimiento que vive latente en ella desde que tiene uso de razón. Y dice, finalmente, que las rivalidades en cuestiones de amor es cosa vieja, pues tienen su origen en los más remotos tiempos.

La señorita Widdemer dice que la pasión frecuentemente provoca en una mujer injuriada un estado de ánimo que la induce a cometer un crimen para vengarse.

—Había una mujer en Hungría, hace unos años, que tenía un único afán en su vida: el deshacerse de los hombres para vengarse de su propio esposo, que se había mofado de su amor hacia él.



Margaret Widdemer, la conocida escritora y poetisa cuyas opiniones sobre el amor y la mujer resultan interesantísimas desde todos los puntos de vista.

”Una mujer enamorada puede ser conducida a la desesperación por la infedelidad de su esposo o por su abandono en favor de otra mujer.

”Suse Olah se hizo tan fanática, que empezó a envenenar la mente de otras mujeres en contra de sus respectivos esposos. Cuando la situación en su casa se hizo insoportable debido a su esposo, se escapó una noche, yéndose a vivir a Nagyref, donde encontró a cientos de mujeres en su condición. Éstas habían estado libres de la tiranía de sus esposos durante la guerra mundial, y cuando los hombres volvieron, las mujeres ya eran otras, humamente rebeldes. Suse, aunque neurasténica, tenía una poderosa personalidad, y vió la oportunidad de vengarse de los hombres.

”No hay duda de que las mujeres esas eran más débiles que ella, y era fácil conquistarse su confianza y su afecto, y conseguir romper la obediencia tradicional de estas mujeres para con sus esposos. Suse se hizo el jefe, y cuando después de la guerra los hombres retornaron al hogar, encontraron en la ciudad de Nagyref un ambiente hostil hacia ellos.

”Hombre tras hombre, todos los días iban

(Continúa en la página 13)

Consideraciones siempre actuales, por SARA REYLES

LA TRETA DEL GAUCHO NUTRIA



Llegó Nutria al rancho donde lo esperaba la paisanita embobada por los hechos del gaucho chúcaro y disparador.

CHIRRIABA la grasa sobre los tizones al caer gota a gota desde el costillar que se asaba ensartado en el largo hierro.

El apetitoso olorcito a carne ya casi cocida se esparcía por el ambiente, atrayendo al peonaje incitado por el olor y el hambre.

La faena había sido brava esa mañana. Arrear, pialar, marcar, tres operaciones llevadas a cabo con la premura y la habilidad requerida en esas rudas tareas camperas, y la que comenzada con el primer claror del alba había extenuado a esos fuertes criollos, despertando de paso el formidable apetito capaz de dar cuenta en un santiamén del dorado costillar entre la media docena de peones, el capataz y el patrón, pequeña legión de centauros pampeanos desmontados.

El verde corría de mano en mano, como aperitivo engañador, y "pa'limpiar el polvo del garguero" como decía en son de sorna el capataz, apurando al asador entre pulla y pulla.

Aún bramaban de dolor y de impotencia el centenar de terneros destetados — ya "güerfanos", — aunque las madres mugían desde cercano potrero y que fuera el lote marcado en esa larga mañana de nueve horas de labor ininterrumpida.

— A ver si cuenta'lgo — se dirigió el capataz a uno de los peones, tipo de gaucho sotreta, hábil narrador de sucedidos propios y extraños. — Así no se nos hace tan larga la'spera.

— Eso es — asintió el patrón, en rueda de camaradería después del éxito de la marcada.

— Ya qu'ste lo manda... — musitó el narrador, — trataré de acordarme de algo no mentao entuavía..., algo pasao...

— ¿Pasao por su caletre? — interrumpió en son de sorna un gauchito, desconfiado de puro curioso.

— No es imaginación. Son hechos sucedidos que dejaron sus testigos en nuestros campos. Yo uno d'ellos.

Como para hacer prólogo al relato, se sentó sobre una cabeza de vacuno, blanqueada por las aguas y los soles, que servía de asiento, y comenzando a rayar el suelo con el cabo de su rebenque lonjudo, cual si quisiera descifrar los arabescos que hiciera al azar sobre el polvo, empezó su narración.

— Creo qu'habrán sentido mentar a Cipriano Nutria, ¿no? Moso jinetazo, medio matrero, allá por el ochenta.

— Matrero puro, asigún usté relató en otra ocasión, ¿si acuerda? — interrumpió uno.

— Eso mesmo..., ¡matrero lindaso y gaucho! — Y terminada su fervorosa exclamación, continuó: — Cipriano Nutria siempre iba bien montao, pero más de una vez l'enduvo arañando la comisión que lo perseguía a sol y a sombra.

— Por güeno sería — terció el gauchito desconfiado.

— Güeno, no sería güeno, de juro, pero malo... Jamás se le supo una bellaquería. Se disgració peliando mano a mano. El otro cayó. Nutria se largó pa las tolderías; después matrereó. Y como no se le dió risuello, no asentó en ningún pago, porque la comisión lo perseguía.

"Güeno, voy siguiendo el relato. Un amigo d'él que lo apreseaba, el paisano Mata, dueño de una linda tropiya 'e doradillos, y padre de una hermosa paisanita, cumplimentando al moso por una gauchada que lo sacó de un apuro, le regaló el más ligero de los doradillos, un animal que parecía hecho a'estampa del mismo mandinga, cuando llevando en sus lomos a un jinete baquiano, crines al viento, crusaba como un rejucilo d'entusiasmo."

— Debía ser güeno, cuando usté lo alaba ansina — interrumpió una voz.

— ¿Güeno? ¡Güenaso! No había otro igual en todo el pago a la redonda. Y don Mata se lo obsequió a Nutria *pa que no lo agarrara la comisión y pudiera golpearles la boca de mientras juyera*, fueron sus palabras.

"Agradecido montó el cabayo regalado, dejando el suyo en el potrero de don Mata, y se jué, ya cercana la noche, dispués de haber pasao casi todo el día pelando la pava con la hija del dueño de casa."

— ¿Pa'ver si lo regalaba l'hija, de seguro? — insistió con sus interrupciones el gauchito, ya de curioso impertinente.

— No se me adelante a los acontecimientos del relato, amigaso. Y sigo el cuento ..

— ¿Cuento? ¿Ahura salimos con eso?...

— Sería cosa de medianoche cuando Nutria volvió pa'l rancho de don Mata.

— ¿No le decía? — volvió a interrumpir el mismo interruptor, lo que amoscó al relator.

— Pero ¿va'blar usté o yo? — increpó de

(Continúa en la página 13)

POR

JUAN JOSE DALTOÉ

Los cuentos gauchos de "MUNDO ARGENTINO"

PARA LAS MADRES

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

SOBRE EL DESTETE

He aquí las cuatro reglas más elementales que deben seguirse rigurosamente al destetar a un niño:

1º Nunca se destetará a un niño de repente.

2º Nunca se le destetará si no tiene dientes.

3º Tampoco se determinará el destete durante el trabajo de la dentinción, ni en la época de los mayores calores.

Cuando se quiere destetar a un niño, debe empezarse por disminuir el número de sus refecciones, que al principio se substituirán por dos o tres tomas de leche con el biberón, y así paulatinamente se llega hasta darle de mamar una sola vez de mañana y otra sola vez de tarde. Durante el día se le da a beber leche, papilla de harina de arroz, pan, bizcochitos, etc. *Todo esto, naturalmente, a horas fijas.* Durante la noche, en vez de mamar, a eso de las 23, se le da leche a beber: las restantes horas debe emplearlas en dormir.

Poco tiempo después ya no se le da de mamar más que un par de veces en el curso del día; luego, una sola, y por fin se le retira el pecho del todo. También es posible realizar el destete substituyendo cada vez el pecho por el biberón, lo cual no tiene el menor inconveniente.

Algunas nodrizas, y también muchas madres, tienen la costumbre de dar a beber al niño gran cantidad de leche durante la noche, lo que no deja de ser una costumbre muy poco recomendable, porque de este modo las vías digestivas no tienen un solo momento de reposo, y el vientre se desarrolla extraordinariamente. Muchas veces en el momento del destete es cuando se atrae la atención del médico sobre este particular. De todos modos, no es difícil hacer perder al niño este hábito tan perjudicial.

He aquí contestada sucintamente la pregunta que nos ha formulado.

Cdo. a "Madrecita buena", de Paraná.

CUANDO SU NIÑO DE MUESTRAS DE SENTIRSE INDISPUESTO, NO LO DESCUIDE. PUEDE MUY BIEN TRATARSE DE UN MALESTAR PASAJERO COMO SER EL SINTOMA DE UN GRAVE MAL: HAGALO ATENDER EN SEGUIDA.

HOSPITAL RAMOS MEJIA

La dirección del Hospital Ramos Mejía, que nos pide, es la siguiente: calle General Urquiza y Méjico, capital federal. En la estación Constitución tiene tranvías y ómnibus que la dejarán bien.

Su otra pregunta no corresponde a esta sección, razón por la cual no se la podemos contestar desde estas columnas.

Cdo. a "Teresa", de Remedios de Escalada.

RESPUESTA

Si usted acostumbra a leer esta sección, en estos últimos tiempos habrá encontrado muchas respuestas a preguntas como la que usted nos formula: esto es, a la aparición y desarrollo de los dientes en las criaturas. Puede usted darse por contestada con ellas, ya que no es otra la respuesta que podríamos darle.

En cuanto a recetas para combatir la caspa, también las hemos dado con mucha frecuencia, pero vamos a complacerle, detallándole una a continuación.

Debe usted recurrir a hacerse fricciones sobre el cuero cabelludo, todos los días, con la siguiente loción:

Agua de Colonia...	**400 gramos**
Sublimado carrosivo	**1 gramo**
Clorhidrato de pilocarpina	**2 gramos**
Tintura de cantáridas	**50 „**
Tintura de quina...	**50 „**

Estas fricciones debe dárselas con un trapo grueso empapado en la antedicha loción. Además, conviene que se lave todas las semanas la cabeza empleando quillay, champú u otro preparado de esos que se reputan de eficaces.

Esperamos haber satisfecho su ansiedad.

Cdo. a "Luz", de Rosario.

EL MAL DE POTT

La localización del microbio de la tuberculosis, bacilo de Kock, en el cuerpo de las vértebras, constituye le enfermedad llamada mal de Pott.

Se presenta en niños generalmente pálidos, que empiezan a enflaquecer, no tienen apetito y con pequeñas alzas térmicas. Pero lo más importante es un dolor que se irradia según la localización del microbio. Si toma la región cervical hacia los oídos, al occipital; si es dorsal, hacia las costillas y si es lumbar, en forma de ciática a los miembros inferiores. La contractura e inmovilización vertebral son otros síntomas característicos.

Después viene el período de estado, que se manifiesta por la gibosidad que es debida al acercamiento de los cuerpos vertebrales por acción destructiva del bacilo de Koch. En el período de estado también se produce el abceso frío y lesiones nerviosas como radiculitis o paraplegias.

En un período más avanzado de la enfermedad encontramos la excursión del abceso frío y su fistulización.

En estos enfermos el tratamiento general es de gran importancia. La helioterapia es un eficaz estímulo del organismo. Igualmente el clima, sobre todo el marítimo.

Localmente está indicada la inmovilización para que la columna vertebral no reciba todo el peso del cuerpo. Se reduce gradualmente la gibosidad.

Un procedimiento ultramoderno en el tratamiento del mal de Pott es la operación de Alby, que consiste en colocar una espiga ósea obtenida de la tibia con el objeto de inmovilizar la columna.

Además, se deja un corsé de yeso para evitar la fractura de la espiga por un movimiento brusco.

VIDA al AIRE LIBRE



Con la llegada de los calores, los niños deben disfrutar de la naturaleza libremente. El aire y el sol, tomados sin trabas, significará para ellos el más poderoso reconstituyente. En este sentido, todas las madres deberían dar libertad a sus niños para que retocen al aire libre lo más ligeros de ropas, o sin ellas, si el día es caluroso. Un niño criado así podrá luego desafiar los rigores del invierno sin correr los graves riesgos para su salud que suelen correr los demás niños: esos que han vivido la primavera y el verano bien abrigados o en casas sombrías o departamentos estrechos. La ilusión de toda madre es ver a sus hijos alegres y sanos, y esto no se consigue sino desvelándose por ellos, proporcionándoles esparcimientos de acuerdo a su temperamento y obligándoles a hacer vida al aire libre el mayor espacio de tiempo posible.

IMPORTANCIA DE LAS VERDURAS

He aquí lo que ninguna madre debe ignorar con respecto a las verduras que comen y que dan a comer a sus hijos.

Los ajos, las cebollas y las espinacas actúan directamente sobre los riñones, activando la circulación.

Los espárragos purifican la sangre.

El apio obra sobre el sistema nervioso y cura el reumatismo y la neuralgia.

La zanahoria abre el apetito.

La lechuga y el pepino refrescan el organismo.

Las aceitunas favorecen la formación del jugo gástrico y por consiguiente estimulan la digestión.

Las cebollas blancas crudas curan el insomnio.

Se afirma, después de atentas investigaciones acerca de los efectos de los alimentos, y especialmente de los vegetales sobre el carácter, que una dieta de zanahorias ablanda los caracteres más ásperos y reduce la irritabilidad nerviosa; una dieta de guisantes infunde alegría, mientras que los nabos ejercen una acción deprimente; las coles son buenas para las afecciones pulmonares; la lechuga es un sedante.

LA PRIMAVERA ES PROPICIA PARA LA SALUD DE LOS NIÑOS. NO LES OBLIGUE A PERMANECER ENCERRADOS EN SU CASA, SINO HAGALES DISFRUTAR DE LAS DELICIAS DE LA NATURALEZA, QUE SERA EN BIEN DE SU ORGANISMO.

LA VACUNA

Es ridículo este temor de usted de que la vacuna puede ser perjudicial para su hijito. Muy pocas madres, puede usted creernos, piensan como usted. Al contrario, todo su empeño es preservar a sus niños de posibles infecciones, y nada mejor para ello que recurrir a las vacunas.

Es, como decimos, una falta de previsión no haber vacunado a su nena aún, a pesar de tener ya tres años. No se demore en hacerlo, que lo hará para su bien. En cualquier hospital, o dispensario, o en la Asistencia Pública puede usted hacerlo.

Esperamos que no dejará pasar más tiempo sin cumplir esto, que sería su primordial deber de madre.

Cdo. a "Vecina", de la capital.

LOS CHUPETES

Hemos dicho hasta el cansancio que debe desterrarse el uso del chupete. En efecto, no puede ser más perjudicial, ya que obstaculiza su desarrollo natural.

Aparte de esto, no puede ser más antihigiénico, pues recoge todas las inmundicias.

Cdo. a "Felisa P. de Muratín", de Gral. Acha.

SEA USTED EL MEDICO DE SUS NIÑOS

La treta del gaucho

(Continuación de la página 11)

mala manera el tantas veces interrumpido cuentista.

—No..., disculpe, don...; es la curiosidá que me regüelve la garganta... Prosiga nomás...

—Llegó Nutria al rancho donde lo esperaba la paisanita embobada por los hechos del gaucho chúcaro y disparador. Por los hechos y por la pinta bien plantada del moso. A poco la convenció. Y se jueron juntos en esa linda noche estrellada, galopeando sobre el doradillo por esa llanura inmensa y misteriosa, poblada de alaridos de salvajes, cantos de calandrias y arrullos de torcaces.

—¡Qué lindo!... — se lamió de gusto el gauchito interruptor.

—Y cuando el sol amaneció, ya se hallaban a unas seis leguas del pago, rumbo a la soñada felicidá. Cuando a la mañana siguiente despertó don Mata, y vió el patio vacido, sin lumbre la cocina, el cuarto de su hija abierto, sin un canto de alborada, la lechera junto al alambrado del corralito, sin ordeñar, se dió cuenta de lo acontecido, y yendo en busca de su compadre, salieron a campear al fugitivo, ladrón ahora.

"El tierno trebolar y el alfilerillo, doble manta ondulante tendida bajo la brisa de la mañana, tenía aún frescas las heridas producidas por los cascos del doradillo en fuga cargando el doble peso de la ventura.

"Y tras esa huella siguieron adentrándose hacia el inmenso desierto que iba repechando su coraje hacia el lejano Andes, pa'lcansarlo en un abraso de hombría.

"A eso del mediodía divisaron al doradillo con la pareja que lo montaba."

—Se armaría la brava — volvió a interrumpir la voz de siempre.

—¡Cállese, y deje que acabe, pues! — le conminó el capataz, con un ojo en el ya dorado asado.

—A lo que Nutria vido venir a dos, coligió que'ran el padre de la muchacha y el padrino.

"Vivo pa'cuerpear los malos ratos, ordenó a la paisanita, ya su mujer y completamente esclava de ese gaucho guapo: *"Vos te pasás adelante, y deciles que no querés golver pa'tu casa. Lo demás es cuenta mía."* Y en ves de enancar a la mujer, como hasta'yí, él jué e'lenancao.

"A pesar de ser el doradillo el más ligero, don Mata y su compadre les dieron pronto alcance, y apareándoseles, se quejó el amigo: *"Parece mentira, Nutria, que quiera usar de un regalo pa'ser una cochinada."*

"—*¡No sé a qué se refiere!* — contestó Nutria, medio humilde, medio socarrón.

"—*¿A qué me refiero, gaucho ladrón?* — levantó la vos el padre de la paisanita hecha un ovillo de miedo entre los juertes brazos del hombre que la atenaceaba dulcemente, infundiéndole el valor y la seguridá de su amparo. — *¡Devolvéme m'hija!*

"—*Pero ¿no ve qu'es ella que me lleva, don Mata? ¿Y qué quiere que yo haga? Ordénele que güelva las riendas* — terminó el matrero riendo su contento por los ojos renegridos.

"Y espoleando de pronto al doradillo, salió como una lus, dejando a los dos hombres parados por el asombro.

"A poco, la doble silueta que montaba el doradillo, se perdía a lo lejos, llegando en el viento como un golpeteo de boca, que si no de burla, era signo del coraje de aquel gaucho matrero que unía su valor a la velocidad del caballo."

Terminó el relato entre la algazara que rendía premio a la picardía criolla, hábil en eludir compromisos violentos, cuando esa acción no es mengua.

Y agrandada la boca por la risa y por el hambre, atacaron el costillar ya a punto, dorado, chorreando jugo, listo para hincarle el diente, mientras la sombra evocada por el narrador se perdía entre la polvareda levantada por la hacienda en desbande buscando la sombra protectora que quebrara el saetazo solar de la primera hora de la tarde.

FIN

Frente al amor...

(Continuación de la página 10)

muchos a ver al médico, para curarse de una extraña enfermedad. Aparentemente era una epidemia cuyo nombre no se conocía, pero que se atribuía a un germen misterioso que los hombres habían traído de la guerra. Más de un ciento murieron antes de ser descubierto su mal. Cuando se les hizo la autopsia se descubrió que habían muerto con arsénico."

—¿Hay en los hombres también esa especie de rabia pasional? — pregunté a Widdemer. — ¿Es el temperamento emocional del hombre igual al de la mujer?

—Sí; los hombres sienten tan profundamente como las mujeres, pero hasta hace poco el amor y el matrimonio eran una industria exclusiva de la mujer, mientras que en el hombre eran cosa secundaria.

Como pensadora, que ve el mundo por sí misma, Margaret Widdemer tiene piedad de las mujeres que se posesionan tanto del amor, que no pueden hacer otra cosa que encontrar distracción en la esperanza o en el trabajo.

Durante años la señorita Widdemer ha tratado de cambiar este tipo de mujer, ya sea por medio de sus versos o de sus novelas. Razona con ella, la quiere convencer y le demuestra mucha lástima. Pero ha llegado a la conclusión de que todo es en vano. "En estos asuntos — dice — cada una sigue el impulso de su instinto", y encuentra que es casi imposible de razonar con una mujer que tiene un disgusto de amor.

También existe la mujer más culta, pero ¿cómo se conduce ésta cuando su esposo se desvía?... Al aparecer una rival en escena en circunstancias en que una mujer de escasa cultura mataría a la rival, al esposo, o a los dos, ¿qué hace la mujer culta?... ¿Lo dejaría ir, ya que el retenerlo la humillaría?... ¿O ella también lucharía por retenerlo?

—No creo que pueda darse como regla general; dicen que la mujer que no hace un esfuerzo para retener a su esposo, por miedo de que se le llame una vulgar, ya no existe. Conozco un caso de un hombre que se ha ido muchas veces del lado de su esposa; se ha ido tan a menudo y en intervalos tan regulares, que todo el mundo estaba interesado en saber cómo terminaría el asunto.

"Mientras tanto, la mujer seguía diciendo cada vez que él la dejaba: "Es mi muchacho, y algún día volverá." Sin embargo, él se divorció de ella un día, y volvió a casarse; pero ella siguió creyendo que era su pequeño muchacho, y que volvería a su lado, y tenía razón: cuando se le pasó el entusiasmo de su segunda esposa, se divorció y volvió a ella.

"Claro que todo depende de la clase de hombre, y el desvío de éste también depende de la clase de esposa. Está el bruto que se separa de su mujer, demasiado decente y buena; está el decente que se separa de la mala mujer; y está el hombre normal, débil y fácil de halagar, que puede ser temporariamen-

(Continúa en la página 17)

Ni el amor, que ciega y corrompe, es capaz de destruir la conciencia y divorciar las almas de dos mujeres verdaderamente...

AMIGAS

...cuyo leal sentimiento de fidelidad va más allá de la vida y de la muerte.

ERES feliz... No precisas decírmelo.

— Sí, soy feliz... — respondió Ana María, con vaga expresión. No agregó otra palabra. ¿Saboreaba, acaso, la dulce verdad? ¡Ser feliz! Es como si la fortuna acariciara los ojos, besara los labios. Conseguir lo que se desea y sentir el placer de gozarlo. He ahí la felicidad. ¡Privilegio de los dioses!

Se inclinó hacia su amiga y, las manos estrechadas, se dieron un beso. Luego, sin poder reprimir una íntima curiosidad, clavó sus negras pupilas en los ojos azules, serenos, de Margarita. En la mirada de su amiga brillaba un fulgor de ternura, se hacía límpida como un cristal aquella sinceridad de tantos años. No, Margarita no había cambiado, seguía siendo su amiga de la niñez.

— ¿Siempre lo tomas sin azúcar?

Llenó las tazas con leche y té y, las tenacillas en la mano, se detuvo consultándola con la expresión. Estaban sentadas ante la mesita de mayólica que cubría un mantel de hilo adornado de encajes. Ana María, vestida con un batón de seda rosa, tenía el cabello todavía húmedo del baño reciente. Su tez de una blancura mate, sus cejas arqueadas y sus grandes ojos negros, daban a su fisonomía como un fulgor de ébano y de plata. Sus manos erraban sobre la porcelana de China, igual que dos grandes mariposas sobre un desparramado manojo de flores. Era bella, felina, como una dulce gata perezosa. Pero se adivinaba bajo aquella blandura un fervor apasionado, una fuerza latente de resolución.

— Sí... — respondió sonriendo Margarita. — Siempre lo tomo "amargo", como dice la gente, aunque para mí resulte dulce. No podría soportarlo con azúcar. Todo es acostumbrarse. Igual pasa con los perfumes: si usas siempre agua de Colonia, tu olfato llegará a vigorizarse de tal modo, que las demás esencias te parecerán desagradables.

— Verdad... — contestó Ana María, pensando vagamente en otra cosa. Después volvió a mirar el rostro de su amiga, como buscando una respuesta a su muda interrogación. Halló su sonrisa, sus ojos de violeta, aquel óvalo sonrosado y fino del rostro. Su alma parecía mostrarse allí con su limpidez natural. Se hizo un ligero silencio.



Margarita era un poco más alta que su amiga. Tendrían la misma edad. El contraste de sus fisonomías era tan marcado, que al verlas juntas, algo como un choque fulgurante se desprendía de ellas. Margarita era crespa y rubia. De expresión casi fría. Y así como en los ojos de Ana María leíanse la pasión y la voluntad, en los ojos azules de su amiga se adivinaba el misterio, se presentía el sacrificio...

Era tarde, en aquella dulce paz de los primeros días otoñales. Detrás de las cortinillas, el jardín parecía dibujado como a través de un agua lechosa. Las dos amigas, en aquella salita que daba hacia un ángulo de la casa, se hallaban envueltas por la templada luz que entraba por las ventanas. Una luz sin reflejos, que imprimía a su piel tintes amarfilados, que iba anegando las cosas en una caricia de pausada quietud.

Ana María ofreció a su amiga la taza de té y empezó a servirle un plato de dulce. De pronto se detuvo y, dando a su expresión un aire de broma, la reconvino:

— ¿No me preguntas por Eduardo?

— Sí, querida, ya iba a preguntarte... ¿Supongo que estará bien?

— Sí, hoy me ha escrito desde San Nicolás. Me escribe todos los días desde que se fué a la estancia... ¿Qué te parece?

— Que tienes un marido modelo — sonrió Margarita.

Las dos amigas se miraron con una expresión distinta en los ojos. Ana María lo hizo siempre con aquella inquietud interrogante, esta vez ya en los límites de la zozobra. Margarita de un modo natural y, cuando más, con una chispa retozona que no tenía nada de maligna:

— Después de seis meses de casados... — murmuró.

— No está mal, ¿verdad?... Pero si yo te confesara que no, que Eduardo ya me ha sido infiel, que ha estado y tal vez está aún ena-

morado de otra mujer, ¿tú qué me dirías?

NOVELA CORTA

Por

Ernesto Mario Barreda

Margarita, grave, nada contestó. Se observaron con repentino sobresalto. Una sombra pareció flotar sobre sus cabezas, un ligero estremecimiento agitó sus cuerpos. Los ojos de Ana María brillaban como dos carbunclos, y su amiga bajó los párpados. Con voz levemente velada preguntó:

— ¿De quién está enamorado?

— De ti... — fué la respuesta.

Ligero rubor tiñó el rostro de Margarita, que volvió a dejar sobre el platillo la taza que llevaba a sus labios. Después de un minuto, en que pareció agitada por una lucha interior, levantó los ojos y los fijó, serena, sobre su amiga. Toda su debilidad de un instante había desaparecido. Con acento natural, aunque un poco triste, respondió:

— Ya lo sé... Y tú, ¿cómo lo has descubierto?

— Hallé olvidada en un cajón de su escritorio una carta dirigida a ti... Una carta que, ignoro por qué causas, no te la envió...

— ¿Y no hallaste ninguna carta mía dirigida a él?

— No, Margarita..., pero jamás he dudado...

Suspiró, aliviada, al oír su respuesta. Le sonrió a través de sus ojos nublados y, por encima de la mesa, buscó su mano, estrechándola en un conmovido apretón. Ana María, temblorosa, indecisa, la miraba sin saber qué pensar, qué decir. Como quien abre una herida cerrada en falso, quiso ir hasta el fondo y saberlo todo.

— ¿Por qué me preguntas si no hallé una carta tuya?

— Porque yo le he escrito una carta.

— ¿Tú, Margarita?

— Sí, escúchame... Una sola carta. La primera y la última...

Se detuvo, muy agitada. Por primera vez su temperamento más bien frío, cedió a lo violento de su emoción. Se levantó y lentamente fué hasta una de las ventanas. Alzó la cortinilla y abismó en el cielo lejano su profunda congoja. Aguardaba que su voluntad le prestara el aliento necesario, como una barca espera la ola que la levante.

La arboleda empezaba a dorarse. En el cielo flotaban ligeras nubes, que el sol poniente sonrosaba. La fuentecilla se había callado, como desbordada de lágrimas. Una bandada de pájaros pasó con un vuelo rápido, desapareciendo detrás de los tejados vecinos, hacia islas lejanas tal vez, hacia paisajes infinitamente vagos y dulces. ¡Ah!, poder irse con ellos hacia allá... ¿Hacia dónde?... Hacia allá..., lejos...

Volvió al lado de su amiga, que no se había movido, y, poniéndole una mano en el hombro, le abrió su corazón:

— Le he escrito, Ana María, porque yo también le amo...

Ésta la miró, más extrañada que ofendida. Desde pequeñas habían sido tan amigas, que ningún secreto las separaba. En la escuela de primeras letras, Margarita, que dibujaba muy bien, la ayudaba en sus trabajos, y Ana María, en cambio, corregía las composiciones de su amiguita. Luego, en el liceo, estudiaron las mismas materias, se confiaron sus mutuas inquietudes, sus aspiraciones, sus esperanzas... Por entonces Margarita perdió a sus padres y esta orfandad echó un nudo indisoluble en el corazón de las dos. Y más tarde aún, ya frente a la vida, ¿qué consejo no se habían pedido, qué alegría no se habían comunicado? La quería como a una hermana. Y he ahí que Margarita había tenido siempre oculto para ella aquel terrible secreto.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes?... — la interrogó, tratando de vencer aquel nudo que le oprimía la garganta.

Estaban ahora las dos de pie, en medio de la habitación, buscándose con los ojos hasta el fondo del alma. Margarita, dulcemente, llevo a su amiga hasta un sofá. Allí comenzó a hablarle con lentitud:

— Yo amaba a Eduardo antes de que tú le conocieras...

—¿Y él a ti?... — no pudo contenerse Ana María.

—Él a mí, no... Jamás me había visto. Sólo después, ya siendo tu esposo, le fuí presentada por ti misma, y sólo entonces él me habló de amor... No le escuché. Me escribió varias cartas y jamás obtuvo respuesta. Hasta que un día resolví desengañarle para siempre... Mi felicidad vivía en ti. Él era también mi hermano... Ana María, ¿para qué robarte ese cariño, si a través de ti latía también en mi corazón? El beso que él te daba, yo lo recogía luego en tus labios. El abrazo de su amor, yo lo sentía palpitar en mis entrañas...

— ¡Margarita!...

— Yo vivía en ustedes, como una lámpara que arde, pero cuya luz nace de la mecha y la esencia que le dan vida... Era un sentimiento profundo y extraño... Nunca lo hubieras sabido, pero tu pregunta me produjo el temor... ¿Quieres darme un abrazo?... ¿Y un beso, Ana María?

Por largo rato, estrechamente unidas, sintieron rodar sus lágrimas silenciosas. La imagen del ausente era como un bálsamo para sus corazones, porque ambos latían por el mismo ser. Pero ni un resentimiento, ni una sombra de traición envenenaba aquella felicidad. Se amaban en "él". El destino lo había dispuesto de ese modo...

Pasó un año.

Después de conducir la enferma otra vez a su lecho, los médicos celebraron una breve consulta. Luego uno de ellos hizo llamar a Eduardo y le habló:

— Señor Larroque..., hay que tener resignación...

— ¿Qué quiere usted decirme, doctor?

— Que la ciencia no puede hacer nada ya... Hemos abierto, pero el apéndice se halla horadado, la infección se ha extendido, de modo que...

— ¿Y qué han hecho?

— Volver a cerrar...

Eduardo Larroque dobló la frente, falto de toda idea, incapaz de sugerirse a sí mismo la menor esperanza. Pero con un fondo de rebelión hacia el destino, de absurdo rencor hacia el médico que le anun-



DON PÁNFILO Y SU PERRO ADOLFO

DON PÁNFILO COBRA EL PREMIO SIN FESTEJARLO CON VINO PORQUE ES UN SEÑOR ABSTEMIO AFECTO AL AGUA DE LINO.











ciaba el desenlace fatal, con el rostro pálido y grave. Si él fuera médico, habría intentado hasta lo imposible. Habría combatido la infección como a un enemigo que avanza, que busca herir en el corazón. Hasta allí mismo, hasta allí, junto al corazón, habría ido resuelto, luchando con él... Pero aquellos hombres le decían que ya no había nada que hacer. Ellos curaban cuando la infección no había pasado de cierto límite. Más allá quedaba todo en las manos de Dios...

Con paso lento, pesado, volvió a la alcoba de la enferma. Ana María descansaba en el lecho después de la operación. Su rostro, profundamente demacrado, revelaba los agudos sufrimientos que la atormentaban desde hacía tres días.

El lunes, al acostarse, sintió aquel inusitado malestar en el vientre. Lo creyó un mal pasajero, pero no pudo pegar los ojos en toda la noche. El dolor avanzaba, inflamando los tejidos; se extendía por la pierna derecha en un persistente calambre.

Sólo al amanecer, Eduardo la oyó quejarse. El médico, llamado con urgencia, examinó a la enferma y pidió en seguida una consulta. Los facultativos diagnosticaron una apendicitis aguda, con alarmante inflamación. No era posible, ni siquiera operar en aquel estado...

Así transcurrieron dos días, y ahora... ¡ya era tarde!

Sentada al lado del lecho estaba Margarita.

Quedó de pie Larroque, en medio de la habitación, con el ánimo irresoluto. Sabía ya la verdad inevitable y clavó una angustiosa mirada en el rostro de aquella mujer, cuyas horas estaban contadas. Era su propia mujer, su Ana María, a quien su corazón amaba siempre, ora con remordimiento, ora con gratitud. Por eso su dolor era sincero, y absorbía toda su alma, borrando cualquier otro sentimiento. Le acongojaba hasta lo más profundo aquel funesto secreto del cual tenía conciencia, al lado del ser que aún alentaba, que sufría, que aún podía expresar palabras de amor, tal vez de odio... Y que dentro de poco sólo sería un cuerpo helado, abandonado por la vida que le dió belleza, que le hizo vibrar de pasión... Y luego todo se iría corrompiendo, desvaneciendo...

Con un sollozo ronco se desplomó sobre una silla, al lado del lecho. Margarita le miró, el índice en los labios. Ana María abrió los ojos. Con voz doliente y fatigada dijo:

—¡Estoy muy mal! ¿Verdad?

Ninguno contestó. Margarita le arregló las cobijas, le besó la frente abrasada por la fiebre. Así quedaron un rato sin pronunciar palabra, mientras los minutos huían inexorablemente.

El cuerpo de la enferma se adelgazaba y sólo el vientre adquiría cada vez contornos mayores, en una monstruosa dilatación. El dolor le arrancó un gemido. Después dijo palabras sueltas, incoherentes, en un vago delirio entrecortado por hondos suspiros. Abrió los ojos otra vez; paseó la mirada llena de sobresalto.

—¡Tengo miedo!... — murmuró sin conocerles. — ¿Quién está conmigo?

—Yo, Ana María... Eduardo también está...

Sonrió dulcemente.

—¡Ah, están los dos!...—murmuró.

Los ojos entrecerrados, se notaba que una idea descendía pausadamente sobre aquella cabeza moribunda. Dos o tres veces despegó los labios, pero no logró articular palabra. Por fin habló, haciendo un gran esfuerzo:

—Margarita..., Eduardo... Yo quiero...

—No hables, te hace daño, Ana María...

Flotaba en la habitación un pesado aire de tragedia. Por la ventana entraba una luz pálida, una luz de atardecer que parecía detenerse perpleja, como apagada por un repentino desmayo. Afuera todo se apaciguaba, en las ramas, en el canto de los pájaros, en las nubes lejanas que se doraban candorosamente. Y he allí que detrás de aquellas cortinas blancas, agonizaba una joven y bella mujer.

Lentamente, la enferma extendió los brazos. Les llamaba. Margarita, tomándole una mano, la llevó a sus labios y la tuvo allí, reteniendo el llanto que desbordaba de su corazón. Eduardo estrechó la otra mano entre las suyas, con aquella caricia de los días de felicidad.

Ana María les miró largamente. Les tenía enlazados, sacerdotisa del supremo adiós, como para una boda largamente deseada. Ellos se amaban. Ella se iba para siempre... Habló con un acento que les hizo estremecer hasta el fondo del alma.

—Margarita..., tú te casarás con Eduardo..., ¿me lo prometes?

Ésta la miró con ojos de extravío. ¿Cómo?... Creía no haber comprendido bien. ¿Le sería posible cumplir esa promesa, hacerle esa traición? ¿Ella, que durante su vida había sabido guardar la fe leal, ahora, al borde mismo del lecho en que agonizaba?... ¡Jamás! Ir así, como una ladrona...

—¡No puedo, Ana María, no puedo!... — sollozó, bañando de lágrimas ardientes aquella mano, que estrechara siempre con fervor de hermana.

La enferma quedó un momento ensombrecida. Después se volvió hacia él.

—Eduardo..., dile que me prometa..., ella te ama...

Desfallecida ya, dejó caer los brazos y sus párpados se entornaron. El sudor bañaba su frente. Él levantó los ojos y miró a las dos mujeres, estupefacto. Volvía de golpe a la realidad de un sentimiento que durante unos meses le había hecho sufrir. Aquella pasión por Margarita. Aquella especie de embrujamiento... La verdad era que un día, hallándose solo con ella, sintió que esa embriaguez penetraba, como una centella, en su corazón. Se halló con los ojos de Margarita, que parecían abrasarle hasta las entrañas... Pero, desde entonces, no había vuelto a mirarle más. En vano fueron sus ruegos. Se había equivocado... Y ahora su mujer le afirmaba, de aquel modo, que Margarita le amaba. Y él, que empezaba a olvidar, sentía de golpe florecerle en el pecho una tumultuosa esperanza...

Avergonzado, hundió la frente en la

almohada. Se oyó la voz entrecortada, perentoria, de la enferma:

—¡Margarita..., Eduardo...; por el amor de Dios!

—Sí, te lo prometo—gimió ella con un soplo de voz en la garganta. Y cayó a su lado de rodillas.

Largo rato quedaron así, oyendo estremecidos el profundo estertor que, lentamente, fuése apagando, se extinguió por fin. Entonces los dos, a un mismo tiempo, alzaron la frente y se miraron en los ojos... ¡Qué juramento los unía!

El rostro de la muerta parecía irradiar una luz.

Volvían a florecer las glicinas. Para noviembre habían fijado la fecha de la boda.

Profundos sentimientos sacudían el alma de Margarita. Tornaba a vivir, durante largas horas, toda su vida pasada, desde la niñez con sus carreras locas y frescas risas, hasta el primer pensamiento grave, la primera inquietud... Su amistad con Ana María había llenado muchas de aquellas horas; pero también había sangrado por la fatal burla del destino. Su corazón en aquel momento se rebeló, increpó a la suerte que ceñía sobre la frente de su amiga una corona de felicidad, que a ella le hacía suspirar. Pero no por un sentimiento de envidia o rencor. Era otra cosa... Era como si Ana María, jugando con un arma, la hubiera herido sin querer y sin saber, en pleno corazón... ¡Ah, destino! ¿Por qué tan luego a ella la fuiste a elegir para victimaria?

Después, su cariño y su amor se fundieron en un solo sentimiento. Y envolvió a la amiga querida y al hombre amado en una ola de ternura, que ella misma no lograba definir. Aquel desposorio espiritual que le unía a ellos dos...

Después la revelación. Luego la muerte... Y ahora, ¿qué restaba de su pasado? Había hecho un juramento que no podía eludir, pero, ¿su corazón no había muerto también? ¿No estaba enterrado allá, en aquella pequeña tumba que ahora un rosal ceñía con sus flores de púrpura?

Sí, ella había amado ya... Miraba hacia el porvenir y lo veía como un desierto. Un largo desierto de ceniza, donde no brotaba un árbol, ni cantaba una fuente, bajo el cielo de plomo.

Todos los días se le aparecía este paisaje, y, poco a poco, le fué penetrando, absorbiendo hasta la última gota. A veces escuchaba a su espalda voces armoniosas, que al darse vuelta cesaban de repente, mientras vagas sombras se desvanecían con un suspiro. Llegó a hacérsele habitual ese estado de ánimo, y erraba sin objeto por la casa o se detenía en el balcón a mirar las nubes lejanas.

Sí, ella había amado ya para siempre...

La boda fué fijada para el próximo mes. Eran prometidos y un anillo de oro brillaba en su dedo. Cuando los labios de Eduardo besaron los suyos por primera vez, Margarita sintió como si su boca se volviera de arena, yerta; como si su corazón hubiera perdido la facultad de sentir y florecer. Quiso aguijar en sí misma aquella atonía, y sólo pudo expresar la música de un instrumento roto. Su caricia fué torpe, sus manos al ir a acariciar la frente del amado, cayeron de pronto desgonzadas.

Y Eduardo adoraba aquella languidez. Besaba sus ojos azules, sus finos dedos de uñas sonrosadas. Margarita no era la pasión encendida de Ana María. Era un sentimiento transparente y al mismo tiempo insondable, como una perla que se adivina en el fondo del mar. ¡Oh, sería feliz, muy feliz!

Subió la escalera y llegó al vestíbulo. Flotaba en la casa un raro silencio, como si todos, Margarita y los criados, hubieran salido. Allí, sobre la gran estufa, centro del habitual cofrecillo de marfil, donde siempre le dejaba escrita algunas palabras por si llegaba estando ausente, Eduardo encontró una carta suya. Rasgó el sobre sin el menor presentimiento. Tenía sólo tres líneas y decía así: "Eduardo, amigo mío: Le hice a ella la promesa y no tengo el valor de cumplirla. Perdóname. Adiós. Margarita."

Quedó perplejo, sin comprender lo que aquello significaba. Luego, de pronto, le pareció que el mundo se hundía...

Corrió por toda la casa como un loco, buscándola, llamándola a gritos. La halló en su alcoba, sentada en un sofá, la cabeza ligeramente inclinada. Parecía pensar con dulce abatimiento. La mano izquierda en el regazo y la derecha caída a lo largo. El arma en el suelo...

FIN

Frente al amor... (Continuación de la página 13)

te separado de su esposa normal.

"Claro que debe conocerse cada caso para contestar si una mujer debe dejar a su esposo o no; pero bajo circunstancias comunes, una mujer es tonta si tiene demasiado orgullo para no pelear cuando alguien quiere robarle el esposo. El abandono puede herir su orgullo, pero siempre debe ser considerado el orgullo como secundario. Puede flirtear un poco, y si tiene algún sentido y sabe usarlo con buena táctica, su esposo volverá pronto."

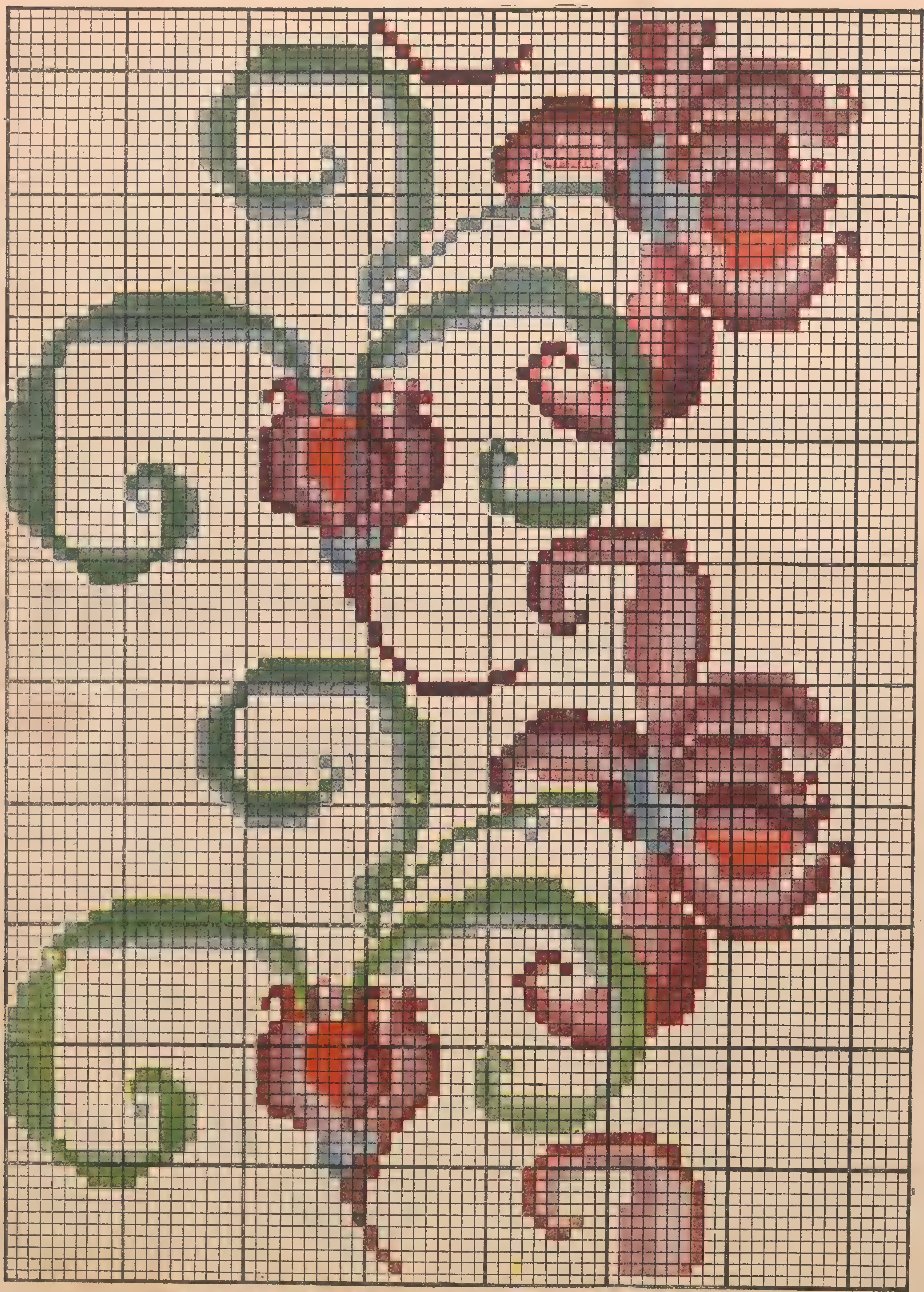
Dice Margaret Widdemer que a menudo atrae la atención del público el caso de una mujer que mata por amor, en circunstancias en que se necesita a veces muchas fuerzas para reñir.

"Las leyes francesas, en hecho, si no en teoría, aceptan el crimen provocado por el amor en un nivel muy distinto a cualquier otro crimen. A una joven que mata por ser abandonada se le mira con piedad."

Margaret Widdemer sostiene que existe el otro tipo de mujer; la que es vengativa por naturaleza, y que escudándose en la ley se venga del esposo o de la rival con palabras o con hechos, durante el resto de su vida.

"Creo que la mayor parte de las mujeres que no se vuelven a casar, sienten una cierta antipatía por las que toman su sitio, aunque la sucesora no tenga nada que ver con su divorcio, y esto, en realidad, es lógico. Pero que la mujer persiga a la segunda esposa que es inocente del divorcio, indica un tipo de mujer vengativa.

FIN



GUARDA para CARPETA

Bordado en punto cruz, este trabajo es de fácil ejecución y de buen efecto. Combínense los tonos rojos con hilos brillantes, y los demás, con hilos opacos, y obtendrá mayor relieve el bordado.

Vueltos los ojos...

(Continuación de la página 5)

los "quintos" del rey. Las guerras de la independencia paralizaron también, casi por completo, la industria de su explotación y beneficio. Los descubrimientos de California producen la emigración de los mejores mineros, que abandonan el país en busca de los "placeres" de Juan Augusto Suter. Es el miraje apasionante de San Francisco. Años más tarde la república se estabiliza con la plata. Luego es el cobre. Luego es el salitre.

EN LA AUREA FAENA

Han pasado cuatro siglos desde que el beneficio de la áurea piedra diera origen a la leyenda del vellocino de oro, porque se cosechaba en los pellejos de carnero que se ponían a la salida de los trapiches para que las hebras retuvieran las más delgadas partículas del metal. El oro ha vuelto a crecer en el Norte, en el centro y en el Sur del país. La humanidad no ha cambiado mucho: la sed es la misma y la explotación conserva todavía sus rudimentos arcaicos.

Hay un pueblo que sigue siendo como antaño "un río de oro", y donde es raro el día que un obrero no extraiga, por lo menos, un gramo de metal. Es el pueblo donde se venera la milagrosa imagen que el indio Collo encontrara en el tronco de un árbol, y que tiene a su guarda más de cinco mil "danzantes" que bailan en su honor en el romeraje anual. Es Nuestra Señora María del Rosario de Andacollo que, según la tradición, hace crecer cada año el metal de su tierra, esparciéndolo en áureas arenillas para que sea de todos los pobres y jamás tenga un solo dueño. (Porque lo cierto es que hasta ahora no se ha descubierto el venero de origen.)

Andacollo rebulle hoy día en la fiebre del oro, que se encuentra en todas partes: en las laderas de las lomas, en el fondo de las quebradas, en las cumbres de las colinas. En derredor del pueblo, hacia donde uno mire, se extienden las faenas, instaladas en ricos "llampos" o potreros auríferos. Es fácil reconocer las labores desde lejos: la tierra está agujereada, hecha harnero; a veces parecen campos de vizcacheras. En ese panorama de cine, pululan, diminutos por la distancia, no menos de cinco mil hombrecillos. Sube en el aire diáfano la tonada con que los mineros acompañan la labor diaria, al acompasado rumor de las "cunas" en trabajo.

LA FAENA

La faena es sencilla. El minero trabaja en un sitio determinado por los ingenieros y cateadores de la Jefatura de Lavaderos de Oro. Practica allí una "cata" o excavación, que rara vez pasa de tres metros de profundidad. Hace el "descarpe", es decir, pone en descubierto el manto aurífero, que se presenta de diversos colores. Como el oro se esconde a veces en el interior de gruesos terrones, hay que ablandar artificialmente el "material". Para ello lo mezcla con agua y hace la "cochada", barro espeso, en el fondo de algún cajón o recipiente de madera. La "cocha", según los casos, va a la "cuna", que es un encatrado de madera, especie de canaleta, corta y ancha, cerrada por un extremo, y prolongada allí, hacia arriba, por un cajón, en cuyo interior hay una tabla colocada transversalmente, parecida a una tolva, llamada "peinecillo". Encima de esta tabla, dispuesto horizontalmente, va un harnero de ancho orificio. Desde uno de los bordes del cajón, encima de la canaleta, se eleva un mango de madera que sirve al minero para imprimirle un vaivén rítmico, idéntico al de una cuna de guagua, y que explica el gráfico y expresivo nombre dado a esta sencilla máquina.

La faena misma es igualmente simple. El obrero arroja la "cocha" en el harnero y lo somete a la acción del agua. El uno a la otra abandona todas las piedras de cierto tamaño. Luego, al caer en el "peinecillo", concentran gran parte de la arena aurífera, la que acumula el oro más grueso en el extremo de éste. Al ser precipitadas en la canaleta, siempre bajo la acción de la misma agua, les aguardan nuevos obstáculos: dos o tres travesaños de madera, en que la arena aurífera vuelve a detenerse y a dejar parte de su oro. Finalmente, cuando ya lo ha abandonado casi todo, el resto del material cae al suelo y va formando un reguero de barro acuoso y amarillento.

Junto a la "cuna" el obrero tiene un barril o recipiente que le proporciona el agua para toda la faena. Resulta curioso constatar que, por lo general, basta a cada obrero un metro cúbico de agua diario para lavar el material que ha extraído. Después de haber la-

(Continúa en la página 49)

FERREIRA versus FERREYRA



DOS TECNICAS; DOS EPOCAS

DICE ANGEL CAPUANO, GUARDAVALLA DE ESTUDIANTES DE LA PLATA:

—Considero que Manuel Ferreira es, en todo sentido, superior a Bernabé. Hay más cerebro, más inteligencia en el forward del "Campeonato del Mundo" que en el actual centro delantero de River Plate. Sin embargo, creo que de los dos jugadores podría hacerse uno solo; si se consiguiera eso, se habría logrado un fútbol excepcional.

"Nolo" Ferreira necesita, lo reconozco, de las virtudes del shot de Bernabé para concretar en goals sus esfuerzos. Pero, a pesar de ello, entiendo que el ex platense puede enseñarle mucho al hombre que tanto ha admirado la afición en la pasada temporada."

ANGEL CAPUANO

DICE FRANCISCO GARRAFA, HALF IZQUIERDO DE RACING:

—Son hombres de dos estilos y modalidades distintas, puesto que uno no se asemeja en ningún aspecto al otro.

"Manuel Ferreira es la idea que orienta el juego. Bernabé, la fuerza que lo resuelve. Aquél es la ciencia, éste el nervio que acciona; a pesar de todo, entiendo que de los dos estilos podría crearse uno solo en beneficio del juego, que debe ser labor inteligente reflejada en goals."

FRANCISCO GARRAFA

DICE BONIFACIO MARTIN, HALF DERECHO Y CENTRO HALF DE ESTUDIANTES DE LA PLATA:

—Bernabé Ferreyra ya no es lo que era. Ahora se trata de realizar juego "académico", y con ello ha ido perdiendo su personalidad.

"Distribuye el juego, gambetea, elude al adversario y hasta emplea la cabeza, pero fracasa en el shot. Olvida lo suyo para hacer lo que corresponde ejecutar a Manuel Ferreira.

"Por eso creo que no convenga que "Nolo" y Bernabé jueguen juntos. Actualmente, el scorer del año pasado ya no tira al arco desde 20 o más metros, sino que lo hace desde 10 ó 5, obligado a ello o siguiendo el ejemplo del piloto olímpico.

"Por eso entiendo que separarlos sería lo más acertado."

BONIFACIO MARTIN

DICE PEDRO POMPEI, CENTRO HALFBACK DE RACING:

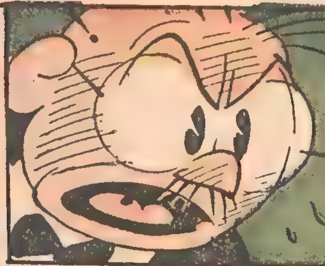
—Para mí, Manuel Ferreira es un delantero excepcional, y le puede enseñar fútbol a Bernabé. Es un maestro que no se discute, pues aun en sus errores es grande. Yo, francamente, me quedo con la inteligencia de "Nolo" y no con la fuerza de Bernabé.

"Los dos pueden, con el tiempo, llegar a auxiliarse mutuamente, pero siempre habrá de destacarse la neta superioridad del ex platense. Aun cuando su juego no sea a los ojos del espectador, real y efectivo, es, sin embargo, quien pone en acción al dinámico Bernabé, que sabe buscar el camino del arco con afán desmedido."

PEDRO POMPEI



¿Cuál de los dos juegos deberá imponerse?



DON FERMÍN

POR DANTE QUINTERNO























CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING





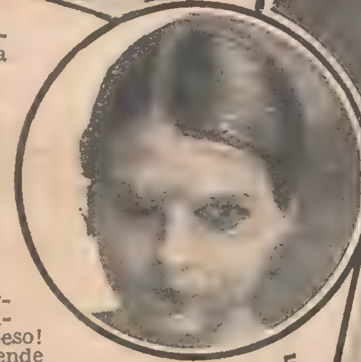
★ Soy de opinión que las películas habladas en castellano pronto serán abandonas en el Norte. No les debe resultar a los americanos eso de hacer lo que no entienden. Por mi parte aplaudo y prometo enviar una corona el día que velen al señor Producción en Castellano. ¡Ha sido tan poco lo que nos ha enseñado, que nada tenemos que agradecerle! Lo único que pido ahora es que RAMON NOVARRO y DOLORES DEL RIO abandonen para siempre esas ideas que tenían de hacer cintas en el idioma de Cervantes. Que para eso bastó JOSÉ MOJICA. Bastó y sobró... *a* Nikita.



★ JOEL MC CREA recibirá tu carta en RK.-Radio Pictures, 780 Gower Street, Hollywood, California, y PAUL MUNI en Warners First National Studios, Burbank, California. A ambos puedes remitirles la siguiente: Dear Sir; May this letter fulfill your most ardent wishes and bring you all the happiness in the world? Please, it would give me the greatest pleasure to have your signed photograph. Will you kindly send it to me? Forgive me the trouble and bother I am causing you but, believe me, you will have the deep gratitude of your most sincere admirer. (Firma.) *a* Argentine boy.



★ Veo que prestas atención a lo que ves y eso me agrada. También yo he observado muchas veces la elegancia con que muchas ... sin asustarse. ¿Te has fijado en la perfección con que FAY WRAY se mueve entre las manecitas de King-Kong? ¿Y en la postura que adopta para gritar cuando ROBERT ARMSTRONG le toma una prueba de cámara en el barco que los conduce a la isla desconocida? ¡Puro artificio, hijo mío! ¡Ojalá pudieses verla cuando en su vida privada recibe un susto de verdad! ¡Qué pose ni qué gritos microfónicos! ¡Al diablo con todo eso! Suponte que un ladrón la sorprende por la noche en su habitación o que choca el auto en que viaja ella..., o que un insignificante ratón se le acerca a los pies! Ya la verías haciendo cosas raras y grotescas con el cuerpo, porque el susto sería sin pose, sin premeditación. De ley, en una palabra. *a* Arcipreste de Lux.



★ Sí; la Metro Goldwyn Mayer está preparando una revista musical que al parecer será muy buena. También es cierto que GRETA eligió a JOHN GILBERT para que actúe a su lado en Cristina de Suecia. Lo único que te pido es que no te dejes ablandar el corazoncito con las lecturas de quienes elevan el "RASGO HUMANITARIO DE GRETA AL TENDER UNA MANO A JOHN". Si GRETA hizo eso sabía por qué lo hacía, y la Metro, al aceptarlo, lo sabía mejor aún. Dejémonos de pamplinas y reconozcamos que después de Como tú me deseas, a la sueca le hacía falta una ayudita para no perder el equilibrio. Los norteamericanos saben que con la inclusión de John en Cristina de Suecia el film ganará mucho, y por eso lo pusieron. ¡Como para hablar de sentimentalismos a los del Norte cuando hay en danza varios millones de dólares! El asunto de JOAN y DOUGLAS sigue como estaba. Tus dibujos los he recibido y me parecen buenos. Hasta pronto. *a* Fernando Espí.

★ En mi nombre y en el de todos mis lectores te agradezco sinceramente tus cartas, que son muy interesantes y amenas. Como sabrás, hace algunas semanas publiqué varios párrafos de una misiva en la que te referías al angelical RAMON. Gustaron bastante, pues en sus cartas los lectores me hablaban de ellos. Sin embargo, algunos, sobre todo "algunas", se enojaron porque, a decir verdad, no lo dejabas muy bien parado que digamos. Por eso me abstengo de reproducir el párrafo de tu última carta, en que dices que "camina con las puntas de los pies para adentro, como los loros; que es bajo; que anda siempre con las mangas del saco cortas y que a pesar de eso nunca se le ven los puños de la camisa". Te repito que me abstengo de reproducirlos porque temo que las sesenta y ocho mil novarristas que tengo inicien un movimiento que atente contra tu prestigio en esta página. *a* Mila (Londres).

★ Posiblemente algún día escuches mi voz por radio. Ya he hablado varias veces, a pesar de lo cual trataré de hacerlo otra vez más y dedicarte un saludo. *a* Negra.

★ King-Kong me pareció, por sobre todo, muy interesante. Demonios del mar, buena. Tus dibujos puedes enviarlos a lápiz. *a* Cachalote.

★ Bienvenido seas a esta página. Lamento que tus catorce años no me permitan hablarte de MARLENE. ¡Resulta tan peligroso a esa edad! *a* Herminio Roco.

★ No sé qué contestarte. ¡Es tal la timidez que me embarga cada vez que una lectora me pide datos sobre mi persona, que a mi lado una humilde violeta resultaría un orgulloso pavo real! ¡Y sobre todo cuando me dicen frases como las tuyas! Para convencerte de mi rubor, sólo desearía que me las pudieses decir personalmente. ¡Ya me verías!... *a* Enamorada ¿de quién?

JOHN BARRYMORE
por EUGENIO J. GIMENEZ

Nuestro colaborador ha recogido aquí, con extraordinaria justeza, un dramático gesto del conocido artista de la pantalla. Se domicilia en Pico 451 (Santa Rosa, La Pampa), y merece por su correcto trabajo el premio de 10 pesos m|n. que semanalmente otorgamos.

★ He presentado tu idea a la Dirección y fué rechazada. Gracias ... todos modos por tu iniciativa. *a* Profano.



★ Me parece muy bien que quieras ser actriz de cine. Lo único malo es que a tus padres no les ha de parecer tan bien como a ti. Y como a tu edad es muy fácil que termines imitando a Caperucita Roja y muy difícil que encuentres un leñador que te saque de la barriguita del lobo, será mejor que te quedes en tu casita hasta que seas más crecidita. *a* Frinés Dora.

★ La dirección de los Estudios Lumiton es: Corrientes y Bartolomé Mitre, Munro (Vicente López). *a* Un marlenista.







2.—ERIC LINDEN, por D. F. Sturla, de 8 Nº 1216 (La Plata).
3.—GLORIA SWANSON, por L. Colignon, de Paraná (E. Ríos).
4.—NEIL HAMILTON, por Elvira Megale, de General Acha.
5.—LILLIAN BOND, por Luis Sancho, de Alsina 1563, capital.
6.—WARREN WILLIAM, por H. P. Alves, de Italia 248 (Rosario).
7.—JOAN CRAWFORD, por Luis M. Gómez, de Chubut.
8.—GEORGES MILTON, por Raquel Rubio, de Iriarte 14 Bánfield (F. C. S.).
9.—BABY LE ROY, por Enrique Baldassari, de América 475, Ensenada (F. C. S.).

★ **SOFIA BOZAN** fué quien en **Luces de Buenos Aires** cantó "Canto por no llorar".

a **Morocha porfiada.**

★ **La momia** me pareció regular y **La calle 42,** buena. En la actualidad, **RONALD COLMAN** no filma, pues parece que marchará a Inglaterra para actuar en un par de cintas.

a **White Bird.**

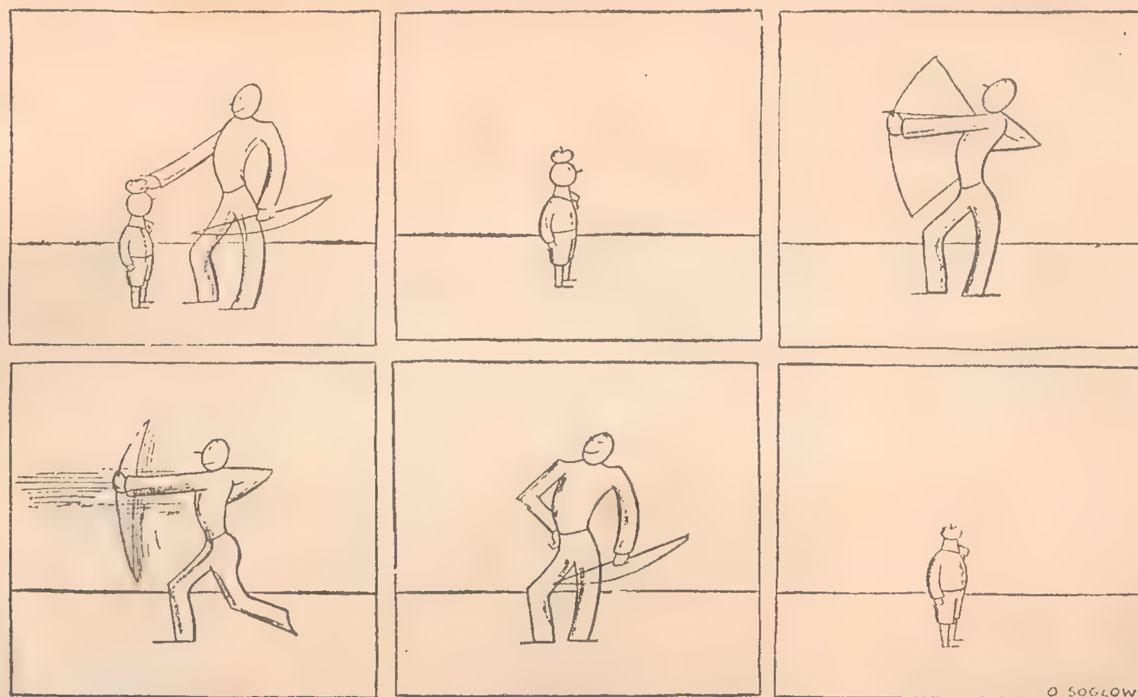
★ Gracias por su fotografía. No estás mal, pero creo que poco puedes hacer en Hollywood. Con esa nariz tendrás que esperar que alguna compañía quisiera filmar **Cyrano de Bergerac** o hacer el papel de **Jimmy Durante,** cuando era joven...

a **Joven aprensiva.**

★ ¡De manera que tú y tu amiguita han discutido sobre si **RAMON NOVARRO** es mejicano o norteamericano! ¡Mi-i-i-i-ira! Espero que un día de estos se dejarán ustedes llevar por la fiebre cinematográfica que tienen y se pondrán a discutir sobre si **RODOLFO VALENTINO** ha muerto o vive aún. Y esto en terreno cinematográfico, porque en cualquier otro, ya las veo a las dos arañándose, porque una asegura que La Plata es la capital de Río Negro, y la otra, que Manuel Belgrano nació en Polonia...

a **R. Ladagar.**

Las grandes historietas de SOGLOW



EL NUEVO GUILLERMO TELL

Derechos exclusivos de reproducción adquiridos por MUNDO ARGENTINO

★ De la vida de **BILLIE DOVE** lo único que puedo decirte es que aún funciona. Ahora está casada con **Robert Kenaston,** un señor muy rico que la lleva a las mejores playas y a los mejores casinos. Sin hacerse mala sangre, porque la necesidad no la apura, **BILLIE** trata de volver al cine. Ultimamente filmó un par de películas con éxito relativo. Pronto la verás.

a **Carolina Verna.**

★ Te equivocas si crees que odio a **JOSE MOJICA.** No puedo en manera alguna profesar tal sentimiento a una persona que, como él, tiene la virtud de hacerme reír cada vez que actúa. **MARLENE DIETRICH** se pronuncia con un **Marlin Dítrik** muy, pero muy dulce; **GRAY GRANT, NANCY CARROLL y SYLVIA SIDNEY** se pronuncian más o menos tal cual se escriben. Y volviendo al mejicano, puedes solicitarle su autógrafo escribiéndole en castellano a **Fox Studios, 1401, N. Western Ave. Hollywood, California.**

a **Rosa de abril.**

★ En efecto; soy yo quien selecciona y premia los dibujos. ¿Por qué? Bien sé que hay muchos lectores que protestan, pero... ¡qué le hemos de hacer! Si fuésemos a atender todos los pedidos, convertiríamos a **"Mundo Argentino"** en el catálogo de una exposición de dibujos...

a **Cherie.**

★ Veo que has quedado un poco amoscada porque te traté como una niña, cosa que me parece muy mal. Hoy día no hay mujer que no se enorgullezca de ser considerada una chiquilina. Saben que no lo son, y por eso les agrada. Coquetería, ¿sabes? En cambio, los que lo son en realidad, se ofenden si se les trata como criaturas, besándolas en la frente o sacudiéndoles los rulitos. Eso se llama precocidad, ¿sabes?

a **Amalia.**

★ A **BUCK JONES** puedes escribirle la siguiente carta a **UNIVERSAL STUDIOS, UNIVERSAL CITY, CALIFORNIA: Dear Buck: I am one of your many admirers out in this country and always go to see your films whenever they are being given. Your acting is great and I really enjoy seeing it. I should like to ask you a favour. I do wish to have a picture of yourself. Would you send me one? Thanking you in anticipation, I am yours truly** (Firma).

a **Un admirador de M. A.**

★ Tu carta me ha parecido muy buena. Viertes en ella consideraciones apreciables, tus puntos de vista son exactos y tus razonamientos acertados. También yo estaría dispuesto a convertirme en "hincha" del cine nacional, si quienes pueden hacer de él una realidad quisieran hacerlo. Pero mientras nuestros escasísimos productores no confíen en sus propias fuerzas y carezcan de la audacia necesaria para abocar una empresa tan grande, tendremos que conformarnos con lo que nos manden de Hollywood, de Francia o de Alemania. Abrigo el convencimiento de que el cine nacional es un hecho, pero no dudo tampoco de que pasarán bastantes años antes de que el esfuerzo que deba realizarse cuaje en algo práctico.

a **Felipe Zeinstejer.**

★ De **El cantar de los cantares** será mejor que no hablemos, porque entonces el que va a cantar seré yo. ¡Linda empanada nos ha resultado el director **Roulien Mammoulian!** ¡Si parece que en cada escena se hubiese propuesto ahogar a la alemana, haciendo que se luzca lo menos posible! En fin. ¡Menos mal que, de acuerdo a su contrato, **MARLENE** filmará dos películas más dirigidas por **Von Stenberg,** que si no!...

a **Chichi.**

★ A **ERIC LINDEN** escríbele a **R. K. O. Radio Pictures, 780 Gower Street, Hollywood, California.**

a **Interesado.**

★ Desconozco que se filme o se tenga pensado filmar **La vuelta de Frankestein. BORIS KARLOFF** es **inglés, de Londres, desde el 23 de noviembre de 1887.** Su verdadero nombre es William Henry Pratt, está casado mide mts. 1.80, tiene ojos castaños y cabello gris (es el gris de los años, como diría un poeta amigo mío).

a **Vampiro negro.**

Tus cartas siempre me resultan interesantes y las leo con placer. He recibido el programa que tuviste la amabilidad de remitirme y que conservaré. Esa actriz que recortaste del periódico inglés, es **CAROL LOMBARD.** Conforme a tu promesa, aguardo el premio de la libra esterlina... ¿Por qué en tu próxima carta no me das detalles de tu persona? Dime, ¿cómo siendo tan porteña como demuestras ser, has ido a parar a Londres?

a **Mila (Londres).**

★ Espero que me defenderás como corresponde frente a esa persona que se atreve a decir que **MARLENE** me paga para que la defienda. **MARLENE** no me da nada como no sea un dolor de cabeza cada vez que la veo con pantalones.

a **Baby - Baby.**

★ **ERIC LINDEN** nació en **Nueva York (EE. UU.) el 15 de septiembre de 1909.** Mide m. 1.71, tiene ojos y cabellos castaños, y está soltero. Puedes escribirle el siguiente modelo a **R K O-RADIO PICTURES, 780 GOWER STREET, HOLLYWOOD, CALIFORNIA: Dear sir: I am one of your many admirers out in this country and always go to see your films whenever they are being given. Your acting is great and I really enjoy seeing it. I should like to ask you a favour. I do wish to have a picture of yourself. Would you send me one. Than king you in anticipation, I am yours truly.** (Firma.)

a **Valet de chambre.**

★ **FREDRIC MARCH** tiene treinta y cinco años, y antes de dedicarse al cine, era actor teatral; **MARIE DESSLER** tiene casi sesenta y dos, y también actuaba en las tablas; **CLARK GABLE,** treinta y dos, y fué de todo desde empleado de correos hasta partiquín en las tablas; **ELISA LANDI** tiene veintinueve y hacía versos y tocaba el piano. Es muy difícil establecer cuál es la mejor damita joven en el cine. Sin embargo, puedes elegir entre estas: **JOAN CRAWFORD, NORMA SHEARER, RUTH CHATTERTON, KAY FRANCIS, KATHARINE HEPBURN** y las infaltables **Greta y Marlene.** Con los galanes sucede lo mismo. Aquí tienes un grupo para que elijas: **LESLIE HOWARD, RONALD COLMAN, GARY COOPER, FREDRIC MARCH, RICHARD BARTHELMESS** y el infaltable **RAMON NOVARRO.**

a **Flor de nácar.**

★ **A DOLORES DEL RIO** puedes escribirle en castellano a **R. K. O. Radio Pictures. 780 Gower Street. Hollywood, California.** Háblale de la crisis, píntale escenas lastimeras y quejumbrosas, y puede ser que si se conmueve te remita su foto en lugar de la consabida tarifa de precios. **Sevilla de mis amores** fué interpretada por **CONCHITA MONTENEGRO y RAMON NOVARRO.** Es muy posible que **MAURICE CHEVALIER** flirtee con **ADRIENNE AMES.** Siempre ha tenido debilidad por las mujeres con la boca grande. **GRETA** tiene el cabello castaño y los ojos azules.

a **Poly.**

★ No es **GRETA** quien interpreta esa danza en **Mata Hari.** Ya he dicho que en eso de bailar, la sueca es un trompo con la púa rota... *a* **Dudoso.**

EL NUEVO FOLLETIN NACIO

Los ULTIMOS

(VIDAS

RESUMEN DE LO PUBLICADO

Don León Rosales, después de muchos años de improba labor en la provincia de Buenos Aires, ve coronados sus esfuerzos por el éxito. Lo acompañó en su aventura de "pionner" de la pampa su amigo Angel Leal, que también triunfó y formó un hogar, como don León. Y juntamente con ellos se labró una posición José Peral, un inmigrante español que asimismo se lanzó con ellos a la conquista del desierto. El viejo Rosales y su familia vinieron a vivir a Buenos Aires y sus hijos recibieron esmerada educación, pero no tenían afición por el estudio y más les atraía la vida del campo. En cambio, los hijos del español Peral progresaban intelectualmente. En esto el inmigrante siente el deseo de ver su aldea natal y hace el viaje en compañía de su esposa y de sus hijas Rosa y Carmen, quedándose sus hijos José María y León. Y mientras Leoncito, el hijo del viejo Rosales, se entrega al trabajo y resuelve poblar "Los Cardales", su hermano Pancho tira el dinero en París.

XIII

CUANDO don José Peral llegó al terruño, luego de treinta años de ausencia, muchos de sus contemporáneos, que se habían quedado allí, no quisieron dar crédito a sus ojos.

¿Era posible que fuera el mismo? Aquella Maruja que cuidaba cabras, ¿era también la misma que regresaba ahora convertida en una señora hecha y derecha? ¡No cabía duda: las dos muchachas, Rosa y Carmen, eran su vivo retrato!

El pueblo estuvo de fiesta en honor del "indiano" José Peral, que comenzó por comprar la humilde casa paterna para darse el gusto de conservarla como un recuerdo, ya que no pensó por un instante en la posibilidad de habitarla de nuevo.

Pero ese pensamiento no pasó de ahí, y José Peral comenzó por levantar un mausoleo en el modesto cementerio de la aldea, donde sus antepasados pudieran dormir el sueño eterno. Después, entregó el dinero suficiente para que se levantaran un pequeño hospital y una escuela.

De este modo vinculaba su nombre al pueblo que le viera nacer medio siglo antes. Allí estaban todavía los que en su niñez habían sido compañeros de correrías por las estrechas callejuelas y por los campos de los alrededores. Eran ancianos prematuros, que habían envejecido en el trabajo rudo de las faenas rurales, sin otro horizonte que aquel muy reducido que ofrecían las altas montañas del valle que habitaban.

Cuando José Peral refería sus andanzas por "las Américas", quienes le escuchaban abrían muy grandes sus ojos. Ellos también pudieron ser audaces y resueltos y tener la posibilidad de hacerse ricos. Pero había que convenir también que era cuestión de suerte, porque otros muchos que habían salido con el mismo capital de ilusiones, estuvieron bien pronto de regreso, sin una peseta, castigados por el infortunio y la miseria.

Cuando a José Peral le presentaban el ejemplo de aquellos vencidos, se erguía decidido y enérgico.

—¡Les debió faltar corazón o audacia! Y en aquellos países, tales cosas es lo único que se necesita para triunfar...

—Talento también... — argumentó alguno de la rueda.

—¡Ca, hombre! ¿Acaso lo tenía yo? ¡Si tú bien sabes que era más "negau" que un borrico!... ¿Había de serme necesaria la inteligencia para entenderme con tanto bruto como debí hacerlo? ¡Ambición, hijo, una ambición sin límites, sin medida, un deseo de llegar! En nosotros, los gallegos que nos lanzamos al desierto de América, revivía el alma de los primeros conquistadores... Éramos hermanos del peligro, y la aventura tenía para nosotros nombre de mujer...

Después, en las noches estivales, cuando lograba aislarse del tumulto de todos sus amigos, José Peral se recreaba en evocar su escapatoria furtiva del pueblo.

Recordaba, como si fuera ayer, aquella tarde de lluviosa y fría en que se alejó por el camino, dispuesto a no volver. Un pequeño lío de ropa y una vara en cuyo extremo anudó el atado, fueron sus únicos camaradas de la ruta. Marchó con paso acelerado, porque sabía que en el caso de ser sorprendido, caería bajo la sanción de una tunda mayúscula.

Para afrontar las contingencias de su resolución, había substraído a la madre buena parte de sus ahorros. Sumaban, en total, unas trescientas pesetas, reunidas una tras otra en largos años de privaciones.

De pueblo en pueblo, saltando de una diligencia a otra, tres días más tarde estaba en Vigo, y de inmediato, sin mucha vacilación, en el fondo de la bodega de un barco.

Iba reconstruyendo uno a uno los episodios y las alternativas de su fuga, y recordaba así, entre la bruma de algunos detalles perdidos, la figura de un hombre lleno de galones que fué su providencia.

Se había introducido a bordo conduciendo unas maletas, confiadas a su custodia por el dueño de un pequeño bote que cubrió el trayecto entre el muelle y el trasatlántico anclado en la bahía. Depositadas en el camarote que le indicó uno de los encargados del servicio, decidió su suerte y trató de buscar refugio en el sitio más profundo del barco. Circuló por el laberinto de largos corredores hasta dar con una escalera interior, siguió por ella, y de nuevo por intrincadas galerías que concluyeron por desorientarlo. De pronto, halló una nueva escalera profunda y obscura y penetró resuelto en ella. Ya no le fué posible ver nada y avanzó a tientas. Un fuerte olor cálido a mercaderías almacenadas le detuvo un instante; la atmósfera se hizo irrespirable, pero soportó sin arredrarse las consecuencias.

Poco demoraría el barco en hacerse a la mar, y entonces sería el caso de salir de su escondite.

Una pitada, seguida de otras, le indicó la iniciación del viaje; allí quedó, sin embargo, dispuesto a prolongar hasta donde le fuera posible aquella situación. Recordaba haber caído como en un letargo, que debió prolongarse muchas horas, hasta que una violenta sacudida lo tornó a la realidad.

Tenía delante suyo un hombre alto y fuerte, vestido de uniforme, que le interrogaba con energía. Nada le fué posible contestar a todo ese torrente de palabras que brotaba de los labios del hombre que hablaba con tanto desenfreno. Pensó en el momento que le darían alguna de las reprimendas habituales a bordo, y que consistía en una serie de fuertes latigazos, y se resignó a esperar en silencio. Pero en lugar del castigo, fué entregado a uno de los cocineros.



—¡Ahí tiene usted — dijo el hombre de los galones — al rapaz que necesitaba para pelar las patatas! ¡Duro con él, que viaja como polizón!

Los días se habían sucedido en una mortificante monotonía y apenas si en algunos momentos le fué dado disfrutar del espectáculo maravilloso del mar.

—¿Qué tal? — había inquirido el mismo hombre de los galones al jefe de la cocina.

—¡Bueno el muchacho, señor comisario! No hay necesidad de decirle que trabaje...

Fué así cómo el comisario resolvió indultarlo a medias, permitiéndole asomarse algunas horas a la cubierta. Luego, poco a poco, enterado por él mismo de los propósitos que habían motivado su viaje, entró a protegerlo.

—¿Tienes contigo algún dinero?

—Sí, señor.

—Bueno, pues desembarcarás en América y que Dios te ayude... Yo he de arreglarte todo... A lo mejor, la suerte te favorece y llegas a hacerte un hombre útil.

—Eso es lo que quiero, señor.

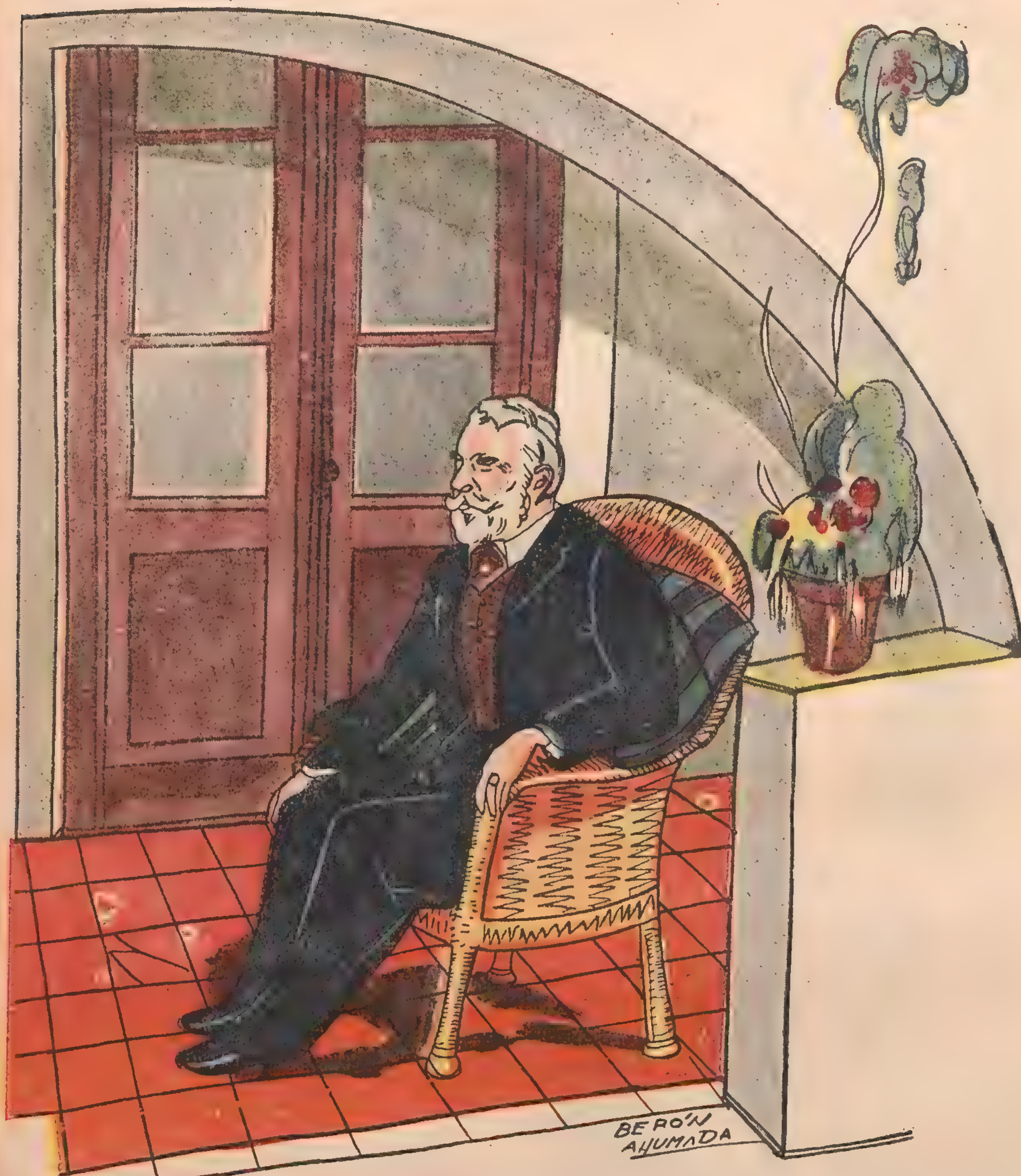
¿Dónde estaría ahora aquel buen comisa-

NAL de MUNDO ARGENTINO

ROSALES

ARGENTINAS)

NOVELA LARGA ORIGINAL de JOSUÉ QUESADA y ESCRITA ESPECIALMENTE para Mundo Argentino



rio que le había facilitado el desembarco en Buenos Aires? ¿Habría muerto quizá? Porque José Peral comenzaba a echar cuentas y suponía de este modo que aún pudiera formar parte de este mundo quien había sido para él, en verdad, su providencia.

¡Cuánto no daría por poder enfrentarlo y plantarse delante de él para decirle!:

—¡Oiga usted, señor comisario: yo soy aquel rapaz que pelaba las patatas en su barco!

Y el hombre lo miraría con el mismo asombro de todos aquellos que lo escuchaban en el pueblo. Luego, él le repetiría su historia, sus primeros pasos por las calles barrosas de Buenos Aires, su salida rumbo al desierto, la llegada a "Loma Blanca", su vida azarosa a merced de los indios, sus correrías cruzando lomas y cañadones desde el pescante elevado de su galera; más tarde, el boliche "La Banderita", el almacén, la llegada del ferrocarril, la fundación del pueblo... De todo eso le hablaría a ese comisario que en lugar de castigarlo, le tendió la mano para que fuera un hombre de bien

Pero nadie supo darle razón de su existencia, y José Peral se guardó el deseo de ser generoso con quien lo había sido con él, a su manera, en el momento más difícil de su vida. Un largo mes en el pueblo natal fué más que suficiente para el "indiano" que había dado pruebas tan elocuentes de su bondad hacia sus conterráneos. Allí quedaban, para demostrarlo, las piedras fundamentales del hospital y la escuela. Y con ellas, el dinero necesario para que pudieran llevarse a término.

—¡Ya he de venir con mis hijos a inaugurarlas! — dijo al partir.

Y el pueblo entero le despidió como lo hubiera hecho con el propio rey. Cuando el vehículo lo iba ascendiendo por la falda de la montaña, José Peral miró a su aldea desde la altura, vió a uno de sus lados el blanco cementerio y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡Si mi padre pudiera verme!... — pensó. Algunos obreros levantaban los muros de piedra del futuro hospital. El "indiano" cerró los ojos y le pareció leer sobre el frontispicio una leyenda: "Este hospital se levanta aquí por la generosidad de don José Peral, hijo benemérito de Villagracia."

XIV

Cuando en la colación de grados de la Facultad de Medicina se pronunció el nombre del doctor José María Peral Oroño como el egresado con mayores títulos para merecer la "Medalla de oro", pocos de los que llenaban el vasto recinto sabían que se trataba del hijo del "gallego galerista", enriquecido con una pulpería primero y con un almacén de ramos generales después.

Pero el detalle carecía de importancia; ahí estaba el muchacho en medio de sus profesores y condiscípulos como un triunfador. Había finalizado sus estudios manteniendo en cada año el puesto de avanzada y sobresaliendo siempre por su exámenes brillantes. Sus maestros lo incitaban familiarmente a incorporarse a tal o cual especialidad, seguros de que habría de descollar bien pronto en cualquiera de ellas. Pero José María quiso ser cirujano, no sólo porque cedía de este modo a su verdadera inclinación, sino porque, alumno de Pirovano, el gran maestro de entonces, quiso seguir su ejemplo. Pensó también que esta sería la manera de iniciarse de inmediato en su carrera, porque suponía, y con razón, que dedicado a cualquiera otra rama, difícil le sería a los veinticinco años convertirse en el médico afectivo y cordial que tenía en el doctor Luis Güemes el más alto exponente de la ciencia argentina. En sus años de estudiante, José María fué para sus compañeros "el gaita Pepe"; luego, en el andar del tiempo, fué "Pepe" a secas, y para el resto de sus amistades: "José María Peral Oroño."

Como la mayor parte de los hijos de extranjeros, José María resolvió sumar al apellido paterno el de la madre, sobre todo si él presentaba un sonido eufónico. Cuando decidió hacer como todos, no cayó en la cuenta que el apellido "Logroño" — que tal era, en verdad, el de la madre — poco acervo significaba para su propósito. Sin que pudiera evitarlo, "Logroño" se fué convirtiendo en "Oroño". En las presentaciones rápidas, generalmente entre amigos, eran breves como un relámpago:

—¿No se conocen?

—¿...?

—El señor Mengano y el señor Peral Logroño...

Todos escuchaban "Oroño". Peral Oroño le llamaban sus profesores; Peral Oroño era el nombre con que aparecía en las planillas de estudiante. El mismo error se consignó en su primer nombramiento de practicante interno, y siguió del mismo modo hasta el término de su carrera. Para todo el mundo, pues, el "Medalla de oro" de ese año fué el doctor José María Peral Oroño. Desde entonces, tanto él como su hermano León, ya consagrado ingeniero, y sus hermanas Rosa y Carmen adop-

(Continúa en la página 27)

Una CLASE de BELLEZA por SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

CUIDADOS QUE SE DEBEN PRESTAR A LA BELLEZA DURANTE EL VERANO

Aceites y cremas especiales para la protección de la piel, contra el sol y el viento



Coloque la pelota a su derecha, inclínese y recójala con ambas manos. Es un ejercicio espléndido para la cintura.



Después de levantar la pelota, álcela sobre la cabeza, estirando el cuerpo lo más posible.

SIEMPRE es verano en alguna parte del mundo! Y el verano, no importa dónde, es una estación de belleza, que ofrece a la mujer excelentes oportunidades para lucir un cuerpo hermoso y un cutis bien cuidado.

La joven segura de sí misma, con silueta de sílfide y piel suave, no teme lucirse en traje de baño ante las miradas críticas de mujeres menos afortunadas o menos cuidadosas. Cuando vemos, e instintivamente admiramos a una mujer poseedora de todos estos encantos femeninos, debemos llegar a una de estas dos conclusiones: la naturaleza ha sido muy pródiga con ella o ha aprendido que la belleza femenina puede adquirirse. En el último caso, muy frecuente, supo sacar provecho de sus conocimientos de belleza para lograr un cuerpo bien proporcionado y piel suave y clara.

Hay un punto vitalmente importante que debe recordarse cuando se lleva un traje de baño, y es que no podemos ocultar o cubrir imperfecciones femeninas o señales de descuido. El cuerpo debe ser bien proporcionado, la piel libre de impurezas, y toda otra faz de belleza física y del maquillage *deben* ser lo más perfectos posibles. El arreglo del rostro para la playa es un arte que puede dominarse en pocos minutos, pero para que el cuerpo presente las mejores condiciones posibles, se requiere mucho más tiempo, de modo que comenzaré explicando algunas de las maneras más importantes para obtener belleza corporal.

Como ya he dicho, la hermosura puede adquirirse, pero debemos trabajar, y a veces trabajar mucho para remover caderas desproporcionadas o para suavizar la piel. Algunas de ustedes hallarán que con el ejercicio diario conseguirán ambas cosas, puesto que los ejercicios necesarios para reducir el cuerpo estimulan también la circulación, y todas sabemos que la estimulación aclara y purifica el cutis.

Uno de los mejores ejercicios de playa y que reporta más beneficios, es el jugar a la pelota. La de un kilo y medio es la más recomendable; al elevarla alto sobre la cabeza, los músculos abdominales, los de las piernas y los de la parte superior del cuerpo se ponen tensos. Cuando se tira la pelota, los músculos se aflojan. ¿Pueden imaginarse un modo más agradable de reducir? Resulta excelente hacer ejercicios con dos o tres pelotas de diferente peso, pero si tiene una sola, elija, por supuesto, la de un kilo y medio (más o menos), porque ofrece una mayor variedad de ejercicios.

Seré más explícita: coloque la pelota en frente suyo, como a diez y ocho centímetros. Párese derecha con los pies bien separados, de manera que esté bien equilibrado el peso del cuerpo. Luego, inclínese hacia adelante y tome firmemente la pelota con ambas manos, sin mover los pies, y asuma la primera posición lentamente, con la pelota en alto; incline el cuerpo levemente hacia atrás, luego lance la pelota hacia el frente, dando al movimiento suficiente entusiasmo como para hacerla llegar a su destino.

Cuando haya hecho esto como diez veces, coloque la pelota a su *derecha* y repita el mismo procedimiento, luego a la *izquierda*. Observe al hacer estos ejercicios que los músculos están obligados a entrar en actividad. Cuando se inclina hacia adelante, todos los músculos entran en juego, pero los abdominales son los que recogen mayor beneficio. El levantar la pelota y lanzarla resulta muy desalentador para los tejidos adiposos que se han estado juntando con alegría alrededor de su cintura, caderas y hombros. Si practica estos ejercicios quince o veinte minutos todos los días, o por lo menos tres o cuatro veces a la semana, puede tener la seguridad de que su figura mejorará mucho. Y se quedará asombrada del porte natural y gracioso que adquirirá.



Por supuesto, sabemos que este ejercicio significa trabajo, pero ¿acaso no vale la pena?

Es un hecho muy conocido que si una posee un cuerpo hermoso, piel clara y ojos brillantes, las pequeñas artificialidades femeninas no son tomadas en cuenta por la mujer deportiva, que se inclina a ignorar los arreglos que tan a menudo señalan la diferencia entre el tipo de joven masculina y la delicadamente femenina.

El arreglo del rostro es tan importante en la playa como en el salón de baile, pero debe tenerse cuidado de que el primero no parezca demasiado artificial. Para obtener esa naturalidad tan agradable y necesaria siga mis consejos: hay



Una caja que contiene todos los accesorios de belleza necesarios para la playa, y que puede llevarse fácilmente en un bolso.

No olvide de extender una cantidad generosa de aceite especial sobre todas las partes del cuerpo expuestas al sol y al aire.



Si desea broncearse sin sufrir las consecuencias desagradables y a veces hasta peligrosas del sol, no olvida de pasarse aceite por las piernas, tanto como por los brazos, hombros, cuello y rostro.

muchos productos en venta fabricados especialmente para usar en la playa, y estoy segura que encontrará entre todos ellos las preparaciones que convengan a su cutis.

El procedimiento para aplicarse un arreglo de playa duradero (por pequeño que sea) y uno que parece muy natural, consiste en aplicarse primero aceite, para evitar la quemadura del sol, luego el lápiz de los labios y quizá un poco de sombra en los párpados. Tíñase las cejas y pestañas para suprimir durante un tiempo la necesidad del rimmel. El rouge para las mejillas debe usarse después de salir del agua. Use el aceite generosamente sobre todas las partes expuestas del cuerpo, sin olvidarse de las piernas. Evita la quemadura de sol, pero permite que se broncee la piel. Después que se ha pasado aceite por el rostro, remueva el exceso con una toallita de papel, y el cutis quedará fresco y limpio. Luego use el lápiz de los labios, pero sin pasar el contorno natural. No se ponga demasiado; una sola aplicación bien esfumada, de rouge indeleble, será suficiente para animar el rostro.

Las gorras de baño son cada vez más originales. Si está cansada de su cabellera rubia, castaña o negra, pruebe una de las nuevas gorras que imitan cabello ondulado, y que se fabrican de goma, en colores de cabello natural.

Las uñas de los pies esmaltadas son historia vieja, y no hay nada nuevo sobre ellas. Por lo tanto, todo lo que les diré sobre este adorno del pie, es que aún se lleva y es muy sentador cuando se posee un pie bonito y el esmalte armoniza con el color del ensemble de playa, o cuando desea animar un traje de baño obscuro con accesorios de color.

Para terminar les contaré la última novedad del momento, que ha causado, y con razón, sensación en las playas. El hermoso pijama, saco y sombrero que enseñamos en uno de los grabados están hechos con una especie de seda gomosa, que evita la quemadura de sol, pero no impide que se broncee la piel, porque deja pasar los rayos ultravioletas y rechaza los infrarrojos. Al mismo tiempo, es completamente impermeable y se consigue en los colores de moda, además de ser lavable y poder plancharse.

El sombrero es ideal si desea broncearse el rostro; si el cutis tostado no sienta a su tipo, puede usar uno grande, de piqué, hilo o paja. Usted debe decidir qué conviene más a su tipo, pero si piensa broncearse, le ruego que lo haga parejamente.

FIN

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 25)

taron en sus firmas el segundo apellido, que venía a darles un impensado barniz tradicional, ya que él tenía sus raíces profundas en la historia del país y culminaba en esos momentos con la figura austera del doctor Nicasio Oroño, que en el Senado Nacional hacía escuchar su palabra apasionada y ardorosa.

¡Con qué orgullo, con qué inmenso halago asistía don José Peral a la consagración definitiva de su hijo! Cuando le llegó el turno de estrechar la mano del presidente de la República, que había querido entregar personalmente el diploma a los veinte nuevos médicos, don José Peral sintió sus ojos velados por la emoción. Ganas tenía de gritar ahí mismo que aquel era su hijo y que él, su padre, había sido pulpero, y que llegó al país sin saber casi leer... En medio del aturdimiento que había aletargado sus sentidos, impidiéndole coordinar una idea, don José Peral vió cómo su hijo, puesto de pie frente al núcleo de las autoridades más representativas del país, pronunciaba en nombre de sus camaradas el discurso de despedida. Poco logró entender aquel lenguaje pulido y académico, y cuando las manos de todos se agitaron para aplaudir, también hizo lo propio don José Peral. A su lado, como una sombra, su fiel María secaba sus ojos desbordantes de llanto. Rosa y Carmen, convertidas en señoritas, elegantes como las que más, traducían su júbilo en el batir de sus manos contentas.

¡Ah! Esa tarde memorable no la olvidaría nunca el bueno de don José Peral. Ya podía morirse tranquilo, porque consideraba finalizada su misión en la vida. José María, médico; León, ingeniero, y las muchachas — mujeres educadas para el hogar — eran maestras, tocaban el piano y sabían idiomas. ¿Qué más quería? Su almacén de "La Banderita" tenía su sede central en Buenos Aires, una sucursal en Azul y la otra en el paraje primitivo de su fundación. Dueño de una "casa mayorista", don José supo dar impulso a sus negocios y "La Banderita" fué su marca de fábrica en los tercios de yerba que se difundieron por todo el país, en las alpargatas que calzaron los criollos para reemplazar definitivamente las botas de potro. Su prosperidad marchaba sobre rieles, pareja al ritmo ascendente que señalaba el país en su progreso. Don José Peral fué requerido para ocupar cargos en los directorios de las sociedades anónimas. Su experiencia alcanzaba el valor de un consejo siempre oportuno y se le buscaba porque se le sabía dotado de un raro equilibrio para el análisis de los negocios.

El propio don León Rosales ya no tuvo para él, desde entonces, sus empaques de gran señor. Don León había comenzado a envejecer, vencido, más que por los años, por un decaimiento moral cuyo origen fuera tal vez atribuído a la conducta de sus hijos. Porque en París seguía Pancho haciendo de las suyas, porque su primogénito había invertido "lo que no tenía" en la organización de la estancia que le legara y porque Lisandro no salía de las mesas de juego en los grandes clubs de la ciudad.

Ahora tenía don León verdadero halago en recibir a su antiguo peón. Ya había cesado en su mandato de senador provincial y poco le interesaba la política, sin duda porque cada vez se le hacía más difícil entenderla. Nuevas teorías y procedimientos se iban incorporando a los hábitos de su tiempo, complicándolo todo. Además, él era de los que creían que el gobierno estaba reservado para los hombres de experiencia y no para los jóvenes que ahora aspiraban a escalar de un salto las posiciones que hasta entonces habían ocupado los procónsules de la república.

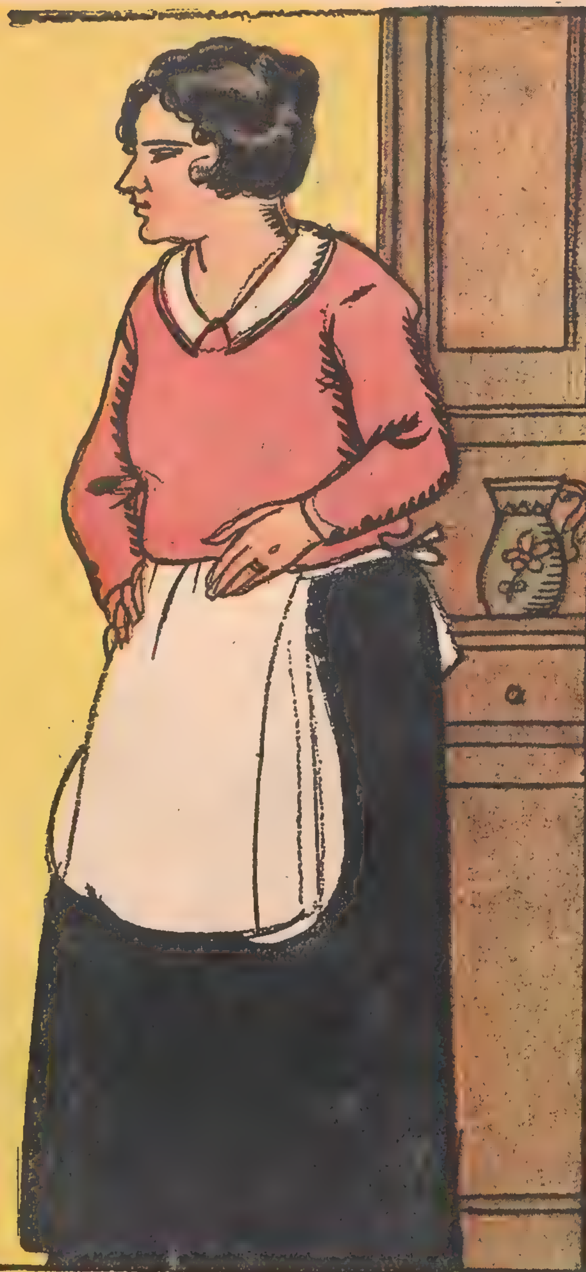
—¡Vamos mal, muy mal! — monologaba. — ¡Todo se derrumba, todo desaparece! La tradición, el prestigio, el decoro... Ya se sientan en el Congreso diputados que tienen recién la edad reglamentaria y en cuyos diplomas universitarios no se ha secado la tinta de quienes los firman...

Era en vano que don José Peral le

(Continúa en la página 43)

Los cuentos de MAMA NONA





VIEJAS NARRACIONES *de un* MINUTO

El libro con que Juan premió a los niños el día que dieron descanso a Brígida y Rulito realizó todos los trabajos de la casa y Roque y Blas hicieron aquel delicioso licor que nos sirvieron con el café, es un contenido de bellas historias breves y curiosas.

Hoy, de sobremesa, Roque ha leído en alta voz, y yo me complazco en repetir a mis pequeños lectores estas historias llenas de utilidad, como ejemplo de bondad y nobleza.

EL QUE GANABA EL PAN

"Trabajaban padre e hijo en lo alto de un andamio, cuando éste crujió y quebróse en forma tal, que sólo a uno de los dos podía sostener.

"—¡Adiós, padre! — exclamó el hijo. — Tú eres el que gana el pan. Yo me dejaré caer.

"Y así murió el hijo, para salvar la vida de su padre, que era el sostén de la familia."

EL QUE PERDIO EL SOL POR UNA MONEDA DE ORO

"Cierto día un hombre encontró en la calle una moneda de oro, y desde entonces anduvo siempre con la cabeza baja, mirando al suelo para ver si encontraba otra.

"No volvió a encontrar ninguna moneda más; pero, en cambio, por su ambición, tampoco volvió a ver el sol."

EL HIJO QUE SIRVIO A SU PADRE

"Cuando el pequeño Iván perdió a su madre, se propuso ser desde entonces más que nunca un fiel y amante hijo para su padre.

"Como era verano y el calor intenso, el padre no podía dormir, porque además de estar muy apenado, sufría de mal de corazón y sentía asfixia. Entonces el hijo se levantaba sigilosamente de su cama, e inclinándose sobre la de su padre, con una pantalla, pasaba la noche dándole aire. Esto lo hizo durante todo el verano; al llegar el invierno tendíase durante una hora cada noche en la cama del padre para calentarla."

EL PEZ DEL LAGO

"Un niño llamado Lan, huérfano de madre, tenía una madrastra que le trataba mal; a todo cuanto él hacía le hallaba faltas y lo criticaba cruelmente.

"A pesar de ello, Lan no abandonó nunca el sendero del deber y del respeto. En toda forma se esforzaba en

(Continúa en la página 65)



"Mundo Argentino" en ROSARIO



Con un torneo de tiro a la paloma el Club Diana celebró el vigésimo aniversario de su fundación. Los ganadores se clasificaron en el siguiente orden: señores C. A. Albadalejo, R. Shieleper (hijo), F. Boglione y B. Tivano.



Al campeón argentino de boxeo Alfredo Bilanzone le fué entregado un cinturón de oro. El consejero de la embajada británica Millington Drake, damas y caballeros de la colectividad británica durante el acto efectuado en el estadio de Newell's Old Boys, recientemente.



El campeón Bilanzone con Mr. Millington Drake, los doctores Ivancich y Torino y otras personas, en el acto de la entrega del cinturón de oro al pugilista.



Alfredo Bilanzone recibe el cinturón de manos del consejero de la embajada británica. El boxeador no puede ocultar la emoción que siente al recibir el trofeo.

Fotos Flores Toledo



Lunch ofrecido a la distinguida actriz Lola Membrives por la Asociación "Ana María Benito" en la Escuela Normal número 2. En este acto se pusieron de manifiesto las simpatías que la celebrada artista cuenta en el seno de la mencionada institución.



Conmemoró el Centro Castilla el 18° aniversario de su fundación. Parte de la selecta concurrencia que asistió a la fiesta realizada en honor de sus muchos asociados.







Un conflicto político: la destitución del intendente por el concejo y su reposición más tarde por el más alto tribunal de justicia ha provocado en La Plata una situación de hecho que se ha traducido en una huelga violenta. El vecindario, víctima de esta baja politiquería, arroja entretanto sus basuras a la calle, que ofrecen un triste espectáculo.

LA POLITICA LLENA de BASURA LAS CALLES de la CIUDAD MAS LIMPIA



Escenas como esta se ven por centenares en la capital de la provincia, que pudo a justo título hacer alarde de ser la ciudad más limpia del país. Ahora sus calles están convertidas en depósitos de residuos, sin que la autoridad municipal logre encarrilar la organización de los servicios.



Los vecinos han adoptado todos la misma actitud; ellos pagan los impuestos con regularidad, pero el Estado no cumple con su deber, porque se halla en conflicto consigo mismo. Entretanto, las calles de La Plata son un permanente vaciadero de basuras, con grave riesgo para la salud pública.

Los huelguistas se han hecho dueños de las calles de La Plata. Asaltan, atacan y parecen dispuestos a mantener su intransigencia hasta quién sabe cuándo. El intendente se queja de la falta de amparo de la autoridad encargada de mantener el orden y acude al ministro del Interior; éste le habla de federalismo, y las calles despiden cada día un olor más fuerte.

Los carros recolectores de basura permanecen alineados en los corralones municipales, a la espera de los hombres que hayan de ponerlos en acción. Como el intendente carece de garantías para asegurar la vida de los que están dispuestos a trabajar, atacados en las calles por los huelguistas, ha decidido dejar que las cosas sigan como están, a la espera, sin duda, de que se declare una peste en la capital de la provincia...

Fotos de Meía

ACTUALIDAD GRAFICA DE LA CAPITAL



Parte de los asistentes a la reunión realizada en la Isla Sarmiento, con motivo del homenaje tributado al patricio del mismo nombre, por la comisión del Club de Empleados del Consejo Nacional de Educación.



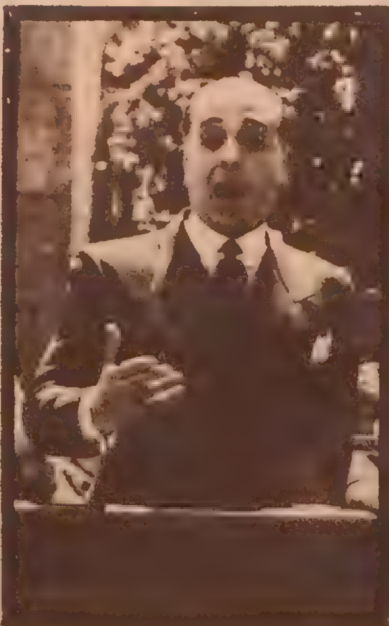
Recientemente se realizó en el salón "La Argentina" un interesante concierto, en el que intervinieron las señoritas Susana Areco Basaldúa, Haydée Báncora y los señores Pastor Rodríguez Avila, Mauricio Soitstein, Roberto Locatelli y Miguel Francese.



El presidente del Club de Empleados del Consejo Nacional de Educación, señor J. Benjamín Medina, en compañía de los vocales, doctores J. A. Quirno Costa y Nicolás A. Avellaneda, pronunciando su discurso durante el homenaje tributado a Domingo Faustino Sarmiento.



Alumnas de la Escuela Normal Nº 6, que tomaron parte en la fiesta al doctor Enrique Larreta, con motivo de celebrarse el 25º aniversario de la aparición de "La gloria de don Ramiro".



El doctor Arturo F. Gonzáles, durante el discurso que pronunció ante la tumba de doña Remedios Escalada de San Martín, el día que se fijó para honrar la memoria de los muertos ilustres.

Fotografías de "Mundo Argentino"

Santa Paula venció a Los Indios en el primer cotejo del Campeonato de Polo











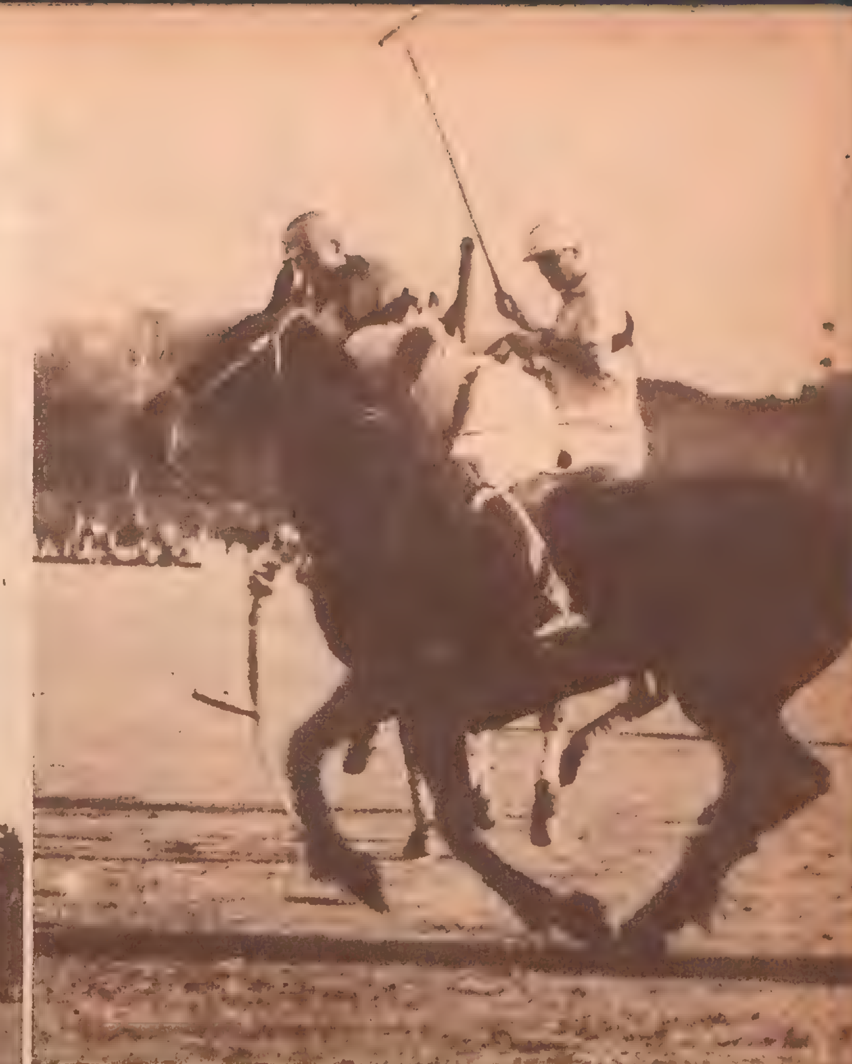


Frente al arco de Santa Paula y cuando Gazzotti intentaba pegar a la pelota para marcar el tanto, se interpone con éxito José C. Reynal, quien con un leve tacazo anula la acción de su rival desviando la bocha, que luego envía al centro del campo. Están a la expectativa Juan J. Reynal, Juan Mac Call y Manuel Andrada.



El cuarteto de Santa Paula, integrado por Manuel Andrada, José C. Reynal, Juan J. Reynal y Martín J. Reynal, que en el partido inicial del campeonato argentino de polo se impuso a Los Indios por 12 a 5, tras lucha plena de interesantes alternativas.





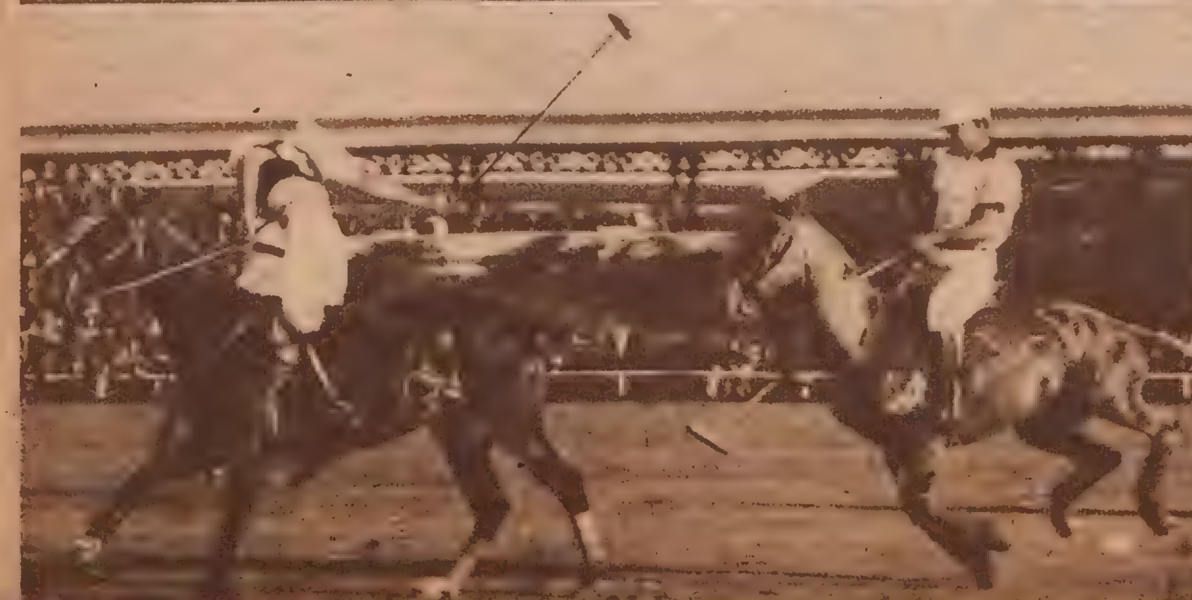
Andrés Gazzotti, José Reynal y Juan Mac Call. Los tres luchan para entrar en posesión de la bocha. José Reynal, cuando se dispone a pegar, encuentra serio obstáculo en el taco de Mac Call, que le impide salir airoso en su intento.



El equipo de Los Indios, que al ser batido por Santa Paula, quedó eliminado del certamen máximo de nuestro polo, que este año, al igual que el anterior, ha despertado interés, por la participación del cuarteto de Sud Africa, que por vez primera actúa entre nosotros. Lo integran (de izquierda a derecha): A. Gazzotti, C. N. Land, J. Mac Call y R. Videla Dorna.



Manuel Andrada, el popular y arrojado back de Santa Paula, en plena acción en el medio de la cancha. Desplegó en este cotejo el juego eficaz de siempre, y sus intervenciones en los dos últimos períodos arrancaron aplausos de la concurrencia, por el vigor y energía que puso en ellos.



El back de Los Indios, Ramón Videla Dorna, bien montado, saca ventaja ya a Manuel Andrada que lo perseguía con tenacidad, y logra aplicar un fuerte tacazo a la bocha, dando así ocasión a sus compañeros para que inicien una rápida incursión por el campo de los rivales en busca del ansiado goal.

SAN LORENZO SE PERFILA COMO CAMPEON







TRES INTERVENCIONES OPORTUNAS DEL ARQUERO BOQUENSE

Frente a un shot alto de ARRIETA, cuando PETRONHILO y GARCIA arremetían para alcanzar la pelota, el arquero salta con el fin de apoderarse de ella en la misma línea del arco. ECHEVERRI y más atrás ARICO SUAREZ observan los efectos de la intervención de aquél, que resultó eficaz.

El arquero suplente de Boca Juniors, MENA, fué el primero en entrar en acción durante el cotejo decisivo que su club disputó con San Lorenzo. Frente a un shot de ARRIETA, abandona su valla y entra en poder de la pelota, en circunstancias que GARCIA arremete obstaculizado por VIOLA, mientras ECHEVERRI hace lo propio con PETRONHILO.

MENA debió emplearse en muchas oportunidades para evitar la caída de su valla. En esta escena abandona el arco para apoderarse de la pelota, que logra alcanzar a pesar de que GARCIA lo obstaculiza en su labor. MARTINEZ, a la expectativa, espera el resultado de la jugada.



ECHEVERRI, que se distinguió por su juego recio, desde el suelo pretende anular la acción de GARCIA. Ninguno pudo por ello, apoderarse de la pelota, que al seguir su trayectoria fué alcanzada por M. SILVEYRA. El triunfo merecido de San Lorenzo, por 2 a 0, lo coloca en condiciones muy ventajosas para poder lucir el título de campeón profesional de la temporada de 1933.





La defensa de Boca Juniors debió emplearse a fondo. Esta escena nos muestra a MARTIN SILVEYRA interceptando un pase, y a ECHEVERRI, que también se disponía a entrar en acción, para evitar que la pelota llegara a poder de CANTELLI, que esperaba el pase.

CHERRO frente a un centro de SANCHEZ pretendió entrar en juego, mas como no lo logró detuvo la pelota con la mano y la hizo con esta infracción pasar sobre el arco. PACHECO intervino en la acción, con SCAVONE, que aparece en el fondo y que fué el hombre del field con FOSSA.

SE DESPEJA EL PORVENIR?



El sabio. — *A través de este telescopio ultramoderno alcanzo a ver mucho del futuro... Distingo perfectamente la sociedad en que nos tocará vivir: una sociedad donde no existan ni el extremismo ni los caudillos políticos, y donde los partidos concierten sus actividades para asegurar el bienestar nacional... Una sociedad en la que tenga estabilidad el empleado público..., en fin, en que se cumplan los más elementales principios de justicia... Todo lo veo clarito, muy clarito...*

Juan Pueblo. — *Yo, en cambio, ¡lo veo todo cada vez más turbio!*

La noticia, difundida por todos los diarios, de que en Texas se ha descubierto un nuevo telescopio tan poderoso que permite fotografiar estrellas un millón de veces más pequeñas que las percibidas a simple vista, ha inspirado al dibujante la presente caricatura, donde se refleja la ansiedad del pueblo por descubrir, entre sobresaltos, el secreto del futuro.

Una FIESTA INFANTIL *en* QUILMES



Otro núcleo de niñas que tomaron parte en la misma fiesta, y que corresponde al cuadro "Las luciérnagas".



"La danza de las adelfas" resultó uno de los cuadros más interesantes, en el que se destacó un buen conjunto de bailarinas.



Grupo de niñas que intervinieron en el cuadro titulado "La noche y las estrellas".



El hada Ilusión aparece aquí con su varita mágica y sus pajes. Pertenece este cuadro al cuento de "El sueño de Rolita y Luisón".



Hebe Mancebo en el rol de Colombina; Martha Ricagno, en el de Pierrot y Lía Mancebo, en el de Arlequín. He aquí las tres figuras simbólicas que fueron muy celebradas en la fiesta.



"Las muñecas pintadas" fué otro de los cuadros en el que se destacaron varias niñas conocidas de esta localidad. Pertenece, también, al cuento titulado "El sueño de Rolita y Luisón".



Las figuras de antaño fueron evocadas con singular gracia por este otro núcleo de niñas que encarnaron personajes románticos.



Angélica Parodi y Lucía Franco, que sobresalieron en una danza típica de las islas de Hawai.



Grupo de niñas que intervino en "Los copos de nieve", cuadro que estuvo a cargo de un núcleo de criaturas de muy corta edad.

Fotografías de de la Fuente

Una fiesta en honor d patrón de los a

San Cristóbal, patrono de los automovilistas, a quien se acaba de honrar en Niza, según lo refiere esta nota, es uno de los mártires cristianos cuya historia aparece más confusa. Tanto es esto verdad que, sin temor a incurrir en exageración, puede decirse que San Cristóbal no tiene historia. Sin embargo, por algo será que se le distingue como patrono de los automovilistas, y hasta de los aviadores, y este algo se basa en una leyenda. Oídla:

"San Cristóbal nació en Siria o en Palestina y murió el año 254, más o menos, de nuestra era. Nuestro buen Cristóbal se ocupaba de trasladar viajeros a través de un torrente. Tenía muy buenas espaldas y se los echaba encima no más cuando había que afrontar la corriente. En cierta ocasión, tuvo que transportar a un niño que llevaba una bola en la mano. Un niño liviano como una pluma y con una bola de oro entre los dedos sonrosados. Cristóbal sonrió y, como tantas otras veces, afrontó la correntada. Más he aquí que, poco a poco,



En esta medalla, San Cristóbal, patrón de los automovilistas, aparece trasladando al Niño Jesús a través de un torrente, suceso que le valió la gracia eterna. Los automovilistas suelen llevar la medalla junto al parabrisa.



En Niza se celebró hace poco la primera fiesta en honor de San Cristóbal. La foto presenta a una de las competidoras en momentos de someterse al examen del jurado.



La bendición de los coches fué uno de los actos más solemnes que se llevaron a cabo durante la fiesta en honor de San Cristóbal. Ved aquí al cura en momentos de rociar con agua bendita uno de los coches.

de SAN CRISTOBAL, automovilistas

el escaso peso fué haciéndose abrumador. El niño pesaba como un adulto, el niño se agigantaba y agobiaba al fuerte Cristóbal, que nunca se había visto en semejante trance. Sudoroso y fatigado, no pudo éste más en mitad de la corriente, y preguntó:

"—Niño: ¿cómo es que pesas tanto?...

"Y el Niño, mirando la bola que sostenía entre los dedos, le respondió:

"—Tiene que ser así. ¿No ves que llevo el mundo entre las manos?...

"Fué así cómo el Niño Jesús se le apareció a San Cristóbal con el fin de convertirlo a la fe cristiana. Y termina la leyenda diciendo que no bien llegados a la orilla, San Cristóbal apoyó en la tierra la vara que le servía para tantear el vado. Y la vara floreció.

De entonces acá, el santo ha ganado innumerables devotos. Y estas son las horas en que todo lo que se mueve, y en particular los automóviles y los aviones, están bajo su bondadosa tutela."



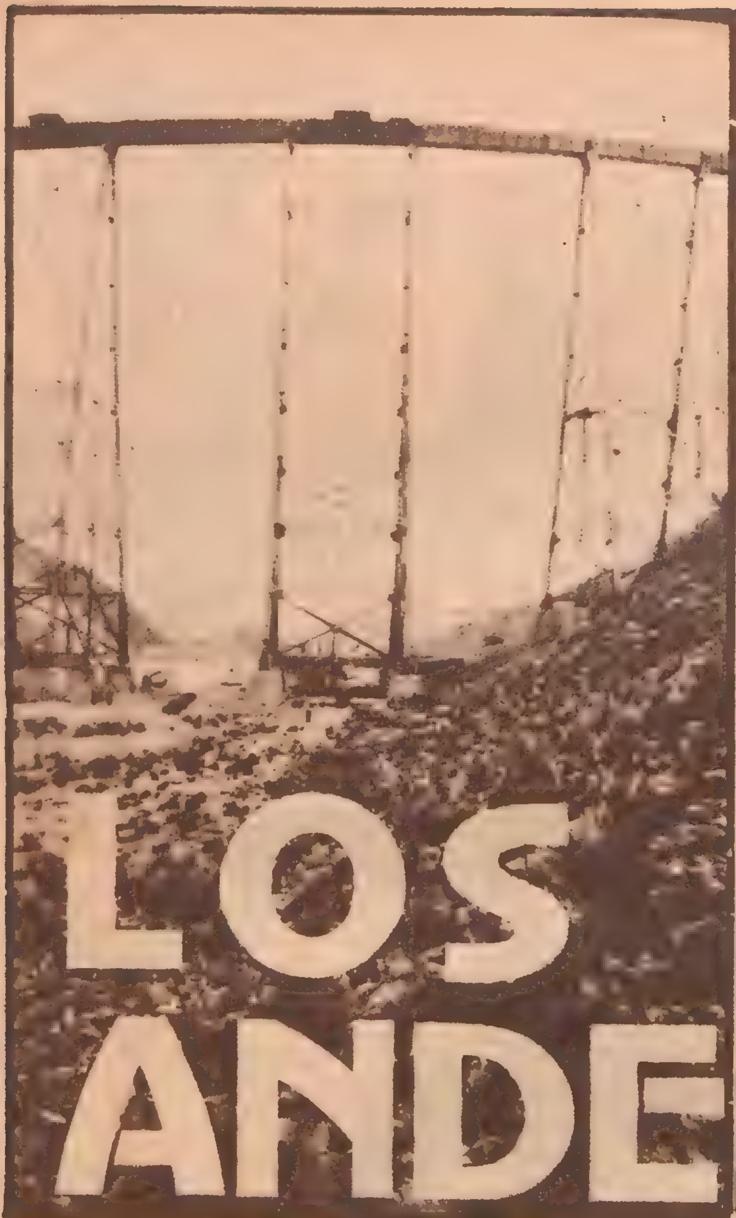
Una devota del vértigo sobre cuatro ruedas con llantas, aparece en esta fotografía fijando en el interior de su coche la protectora imagen de San Cristóbal.



Este es uno de los palcos que se alquilaron para presenciar la fiesta. Aparecen en él, de izquierda a derecha, la princesa Antonieta, y los príncipes Luis y Rainier de Mónaco.



El desfile de los automóviles fué un espectáculo verdaderamente magnífico. Como se ve en la fotografía, los coches fueron cubiertos completamente de flores y presentaban un aspecto admirable.



LOS ANDES:

UN PEDAZO DE PATRIA COMPLETAMENTE OLVIDADO

Puente "Polvorilla" se llama éste del ferrocarril a Socompa, que cruza el territorio de Los Andes y que le dará vida a la población cuando comience a funcionar regularmente. Es la única esperanza del territorio.



En el camino a Socompa, el auto ha quedado aprisionado entre la nieve a causa de un desperfecto del motor. El automovilista está en aquel desierto sin más compañía que su perro.



Dentro de su rústica sencillez, es conmovedora una procesión en Cobres, capital de la gobernación de Los Andes. Las mujeres, los hombres y los niños se dirigen en religioso silencio hacia el humilde santuario.

Niñas y niños de la localidad de Cobres. Calzan sus "ojotas" (especie de sandalias) y visten con la extrema pobreza que claramente se advierte en esta fotografía.

La gobernación de Los Andes es un rincón argentino del que nadie se acuerda. Sus pocos habitantes viven aislados, sin más horizonte que sus cerros, en habitaciones primitivas, teniendo por todo lecho unos cueros de oveja o de llama. Estos infelices compatriotas viven en una triste promiscuidad, sumidos en la más profunda ignorancia y desconociendo las más elementales reglas de higiene. En todo el territorio no existe un solo médico, ni siquiera una humilde enfermería o botiquín. Miseria, aislamiento, ignorancia: he aquí los tres fantasmas que se ciernen sobre esta tierra inhospitalaria, olvidada de todos, y que pertenece, sin embargo, a la República Argentina. ¿Por qué no hacemos algo para que sea menos penosa la vida de esos compatriotas que luchan con las inclemencias de una naturaleza hostil y la indiferencia de quienes deberían protegerlos? ¿Por qué no nos preocupamos de esos pobladores argentinos?



Una vista panorámica de Socompa, que adquirirá cierta importancia cuando comience a funcionar el ferrocarril a Antofagasta, cuyas vías férreas ya están tendidas.

Por una ley inexorable, todos los hombres están condenados a ser juguetes de...

SU DESTINO

CUENTO

Por

MARIANO A. VILLA

TARDE de domingo, llena de sol, de principios de la primavera. Por la calle Darragueira, entre la de Güemes y Santa Fe, se pasean dos jóvenes. Están en la flor de la vida y, naturalmente, es posible que sientan hormiguearle el amor por todo el cuerpo.

Así es, en efecto; uno de ellos anda al acecho de un balcón en el que ha visto asomada más de una vez a una preciosa chica que lo tiene soliviantado. Hasta ahora ha cambiado con ella simples saludos y sonrisitas más o menos prometedoras.

Es indudable que este es el prólogo: el eterno prólogo de un noviazgo cuyo fin es imposible prever, pero que, lógicamente, debe tener un fin.

Ambos jóvenes no cesan de pasearse de una esquina a la otra, espiando el balcón de marras, que permanece cerrado. Esto, desde luego, provoca diferentes sensaciones en ellos: de ansiedad en el enamorado; de malestar e indiferencia en su acompañante, que dice:

— Convéncete, Enrique, de que estamos haciendo un papel ridículo. ¿Qué pensarán de nosotros los que están viéndonos pasear desde hace cerca de una hora?

— Por mí que piensen lo que quieran, Alberto — responde el enamorado. — Cada uno es dueño de sus pensamientos.

— ¡Ah, claro! Tú tienes un motivo, un capricho para seguir haciendo el papel del tonto, y yo no. Vamos a dar una vuelta por Plaza Italia y volveremos después.

— ¿Y si mientras tanto se asoma ella y al no verme se retira molesta?

— Molesta, ¿por qué?

— Porque ella, acaso en este momento, está viendo por entre las celosías cómo paseo su calle. ¡Y esto, como es lógico, debe llenarla de inquietud y de emoción!

— Y a ti también, de sólo pensarlo.

— En efecto.

— Pues a mí no, que no tengo arte ni parte en este asunto.

Sin embargo, Enrique y Alberto siguen paseándose. Se sienten ágiles, satisfechos de la vida, quizá un poco afantasmados. En realidad no tienen ningún motivo para quejarse de la vida, que se lo da todo: juventud, salud, posición, esperanzas... En cuanto a la ansiedad que en esos momentos sacude el corazón de Enrique, es — ¡he aquí la paradoja! — un nuevo motivo de felicidad para él.

Realizan en este momento el décimo segundo paseo frente "al balcón de la felicidad", como diría, y con mucha justicia, un poeta, y el balcón sigue cerrado, sin que detrás de él ser humano alguno dé señales de vida. Es al iniciarse este nuevo paseo que Alberto vuelve a dirigirse a su amigo sobre el mismo tema:

— Pero, vamos a ver, Enrique, ¿es que te has enamorado de verdad de esa muchacha?

— ¿Que si me he enamorado de verdad?... ¡Qué ocurrencia! ¿Es que me crees tan loco?

— ¡Ah! ¿De modo que se trata de un pasatiempo?

— Pues..., naturalmente, de pasar el rato..., ¡y Dios dirá después! Pero, ¿echarme la soga al cuello? Antes prefiero pescar una pulmonía y que me lleve el diablo.

— Pero, ¿y no me has dicho que es un encanto?, ¿una mujer de una belleza sin igual?

— En efecto.

— ¿Y que parece buena como una santa?

— También, y acaso no me equivoque.

— Entonces, ¿por qué quieres burlarte de ella? Si no te tira el matrimonio, ¿a qué tratar de conquistarla? ¿No te apena llenarla de desilusiones y, acaso, de mortales angustias?

— No. Posiblemente lo diga con mucha crueldad, pero, ¿voy a detenerme yo en sentimentalismos? ¿Se detendrá ella, acaso, si su propósito es burlarse de mí?

— No se burlará. Tú mismo acabas de decirme que la consideras buena como una santa.

— También he considerado buenas a otras mujeres, y esas mujeres han angustiado mi corazón.

— Pero todas no son iguales, Enrique.

— Son todas iguales, Alberto; no te quepa duda.

Siguen paseándose; ya van por el décimo octavo paseo y las maderas del balcón continúan herméticamente cerradas; Alberto se siente inquieto, deseoso de acabar con esa situación tan poco airosa para él. Enrique no pierde la esperanza de verla asomarse de un momento a otro, aunque eso sí, su nerviosidad va en aumento. Y siguen charlando. Ahora es Enrique el que toma la palabra:

— ¿Tú no vas a ver a tu novia, Alberto?

— Hoy no; está ausente. Se ha ido con su madre y sus hermanas a visitar a unos parientes que viven allá por Pilar.

— ¿De modo que estás libre por todo el día?

— Así es.

— ¿Y tú, francamente, piensas casarte con ella?..., ¿o sólo quieres pasar el tiempo?

— Pienso casarme, y muy en serio. Ni por una vez siquiera se me ha ocurrido burlarme de ella.

— Ya me avisarás cuando sea la hora de los confites.

— No pases cuidado. No se salvará nadie del consabido regalo.

En este momento, milagrosamente, las persianas se abren como impulsadas por una mano; Enrique siente que su corazón le da un gran vuelco dentro del pecho. Se aparta de su amigo y se encamina presuroso hacia

(Continúa en la página 50)



¡DOMANDO FIERAS!!...

NO hace aún muchos años tenía yo que actuar en una pista circense realizando una función en la que intervenían nada menos que cinco pumas y otros tantos leopardos. Los directores del circo exigían casi continuamente pruebas originales, interesantes y que, por sobre todo, pudiesen transmitir al espectador una clara o inequívoca visión del peligro que corría el domador. Pensé y pensé, y al fin consideré la posibilidad de satisfacer tal deseo presentando una exhibición consistente en un leopardo que situado en un pedestal de tres metros de alto saltaba yendo a caer sobre mis espaldas. Yo debía colocarme a una distancia de cinco metros aproximadamente. El leopardo que preparé para tal efecto era Dixie, uno de los más inteligentes y también más peligrosos que tenía.

Comencé por enseñarle a saltar desde un pedestal de dos metros de alto a otro un poco más bajo haciéndole cruzar una distancia relativamente pequeña. Luego lo puse en otro pedestal más alto aumentando la distancia, y fué así que gradualmente logré habituarlo a la idea de lo que debía hacer. Al fin, ya con cierta seguridad le coloqué un pedestal cuya altura era igual a la de mis hombros.

Lo que yo debía hacer era darle la espalda, incitarlo a que saltara y recibirlo haciendo que apoyase sus dos patas delanteras sobre mis hombros. Al principio de la preparación yo colocaba sobre mi espalda una especie de saco protector de grueso cuero más fuerte aún en la parte que correspondía al cuello y los hombros, a efectos de impedir probables daños ocasionados por la fiera que aún no se encontraba muy práctica. Así las cosas llegó un momento en que Dixie realizaba salto tras salto con una limpieza única. Calculaba perfectamente la distancia y hasta tenía la habilidad de no hacerme sentir por entero el peso de su cuerpo. En pocas palabras, la fiera parecía hallarse ya en condiciones de realizar en público la prueba sin temor a un fracaso. Al principio arañaba un poco el cuero de los hombros pero más tarde, convencida tal vez de que con eso no lograba hacerme daño, ocultaba sus garras.



He aquí una idea aproximada de la peligrosa situación en que se encontró Clyde Beatty al fracasar el leopardo en el cálculo de su salto.



Una semana antes de la fecha que yo había fijado para el debut, decidí comenzar a realizar algo así como unos ensayos generales. Me hallaba convencido de la capacidad del gran gato y en consecuencia no dudaba del éxito de la exhibición, que era original y daba sin duda alguna gran sensación de peligro.

Mis ayudantes hicieron todos los preparativos necesarios y cuando llegó el momento propicio, Dixie y yo nos encontramos listos. Entró el leopardo en la jaula y sin que le hiciera insinuación alguna dió un salto colocándose sobre el pedestal. Yo me situé a la distancia requerida y me coloqué de espaldas a la fiera. Hago notar al lector que cuando mencioné el "ensayo general" quise dar a entender que yo realizaría la prueba tal cual habría de presentarme en público, es decir, sin protección de ninguna especie.

Me incliné un poco y di la señal acostumbrada incitándola al salto. Y el salto se produjo, y con él lo inesperado...

Pues fué precisamente en aquel momento en que yo me encontraba indefenso que el inconveniente se produjo. Cien, doscientas veces había Dixie realizado aquel salto calculando la distancia a la perfección. Y allí fracasó. Su salto fué un par de centímetros más corto que el acostumbrado. Instantáneamente al comprender el peligro eché mis brazos hacia atrás en un desesperado esfuerzo para alcanzar su patas y evitar que sus garras se enterraran en mis carnes. Pero fué tarde.

Al darse cuenta de que no había logrado aferrarse a mis hombros como de costumbre, el leopardo apeló a sus uñas y las hizo entrar en juego. Sentí algo así como un fuego que me quemara los hombros e intenté darme vuelta, pero con eso no hice otra cosa que agravar aun más la situación. Sus zarpas continuaban hincándose en mis carnes, y entonces opté por arrojarme al suelo.



Espléndido ejemplar de leopardo, animal casi tan peligroso como el tigre, que Clyde Beatty guarda en su circo para hacerlo actuar en sus funciones.

Con su acostumbrada amenidad habrá de narrarnos hoy Clyde Beatty, nuestro interesante amigo de todas las semanas, las incidencias de una prueba circense que efectuó en cierta oportunidad con Dixie, uno de sus más inteligentes y peligrosos leopardos. Durante muchos días ambos no encontraron inconveniente alguno en efectuar la exhibición, esto es, mientras Clyde Beatty se encontraba convenientemente protegido contra cualquier inesperado ataque de Dixie. Dijérase que la fatalidad se quisiera ensañar en el domador, ya que fué precisamente en el primer día de un ensayo general que lo inesperado aconteció, ya que entonces el mal calculado salto de la fiera provocó el desgraciado incidente que puso en serios apuros la estabilidad del valiente y joven domador.

Pero al hacerlo di vuelta la cabeza y casi inmediatamente sentí algo así como el filo de un cuchillo que pasara por sobre mi ojo derecho. Se me enturbió la vista y por unos instantes quedé enceguecido. Confieso que en aquellos momentos perdí el control de mis acciones, olvidé los muchos medios de defensa que todos los domadores tenemos para casos de emergencia similares y comencé a moverme furiosamente, ansioso de despedir aquel peso que sobre mis espaldas tenía. Lo conseguí en parte, pues sentí que lentamente la fiera

Una serie de EMOCIONANTES ALTERNATIVAS en la AZAROSA VIDA del GRAN DOMADOR CLYDE BEATTY

se deslizaba hacia abajo incapaz ya de encontrar un punto de apoyo.

Pero al hacerlo aún sus garras recorrieron una buena parte de mis espaldas. Creí que me partía en pedazos.

Al fin me sentí libre. Me di vuelta y desde el suelo quisé mirar al leopardo pero no pude. La sangre que manaba de la herida del ojo continuaba corriendo impidiéndome toda visual. Con largos palos lograron mis ayudantes arrinconar a la fiera primero y llevarla a su jaula después.

Yo me sentía debilitado, pues la sangre que había perdido era mucha. Lo que más me preocupaba era el ojo, pero afortunadamente un médico pudo constatar más tarde que las zarpas del leopardo no habían interesado parte importante alguna. La espalda era la que más había sufrido, pues al caer, la fiera se había aferrado con gran fuerza en su afán por hallar un punto de apoyo. Hoy es el día que aún conservo las cicatrices de aquella jornada tan desdichada, que aparte de dejarme casi imposibilitado por más de un mes, me hicieron desistir de actuar con Dixie en tal prueba.

Y aún ahora no he logrado explicarme cómo fué posible que tras de realizar el salto con suma precisión, fracasó el leopardo en aquel primer ensayo general. Si las fieras tuviesen entendimiento, creería yo que Dixie lo hizo de intento para aniquilarme. Pero en consideración a que pertenecía al mundo de los irracionales, lo mejor será achacar el incidente a la fatalidad o a la casualidad.

Que a todo está expuesto un domador de fieras...

FIN

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 27)

hablara de la evolución que ya comenzaba a marcar para el país derroteros impensados que lo llevarían a modificar totalmente sus características.

—Ustedes — hablaba don José — soñaron con una república de campesinos .. Los hacendados son y han de serlo hasta que Dios quiera una fuerza representativa de la riqueza y del poder. ¿No es así, don León? Pero no todos *habemos* de hacer lo mismo, ¡qué diantres!, porque maldito si yo sé cómo se engorda un novillo o se mestiza una hacienda... En cambio, oiga usted, don León: yo pude ver a través de los barrotes de mi pulpería que las botas de potro que usaban sus peonadas podían ser reemplazadas por las alpargatas de la tierra vasca... Y salieron de allí las que llevan mi marca: "La Banderita". Usted, don León Rosales, senador y político, ¿habría, acaso, distraído su tiempo en la atención de una fábrica de alpargatas? ¿Habría escuchado, como yo lo hice, a personas que vinieron a proponerme la compra de grandes cantidades de yerba para que yo las vendiera con mi marca? ¡No, pues! Cada cual lo suyo, ¿verdad? Y así todo, don León. Claro es que la estrella con la que cada uno venimos al mundo nos favorece.

—No se puede usted quejar, por cierto...

—¡Qué he de hacerle, don León! Si yo pudiera expresar con palabras toda la gratitud que siento hacia el país, sería capaz de conmover al mundo. Usted lo sabe bien.. Usted me conoce desde el día siguiente de mi llegada y sabe que fuí siempre un trabajador... Ahora mismo no dejo de trabajar un solo día. Ya he cumplido los sesenta, don León, y cada día es mayor el número de obligaciones y de responsabilidades...

—En cambio yo...

Sacudió el anciano su blanca cabeza y con sus manos sarmentosas acarició las hebras de su barba incipiente.

—¡Señor don León, no se entregue usted, que es hombre fuerte!

—¡Mis hijos!... — balbuceó apenas como una queja.

—Déjelos usted... Los hijos son una lotería, ya lo sabemos... Usted es muy rico, don León, muy rico, y los muchachos viven en su época... Nosotros no teníamos en qué gastar, ¿verdad? Pero ahora Buenos Aires tiene muchos atractivos; los viajes a Europa se hacen en menos de un mes... ¡Ya se cansarán de divertirse y cada cual retomará su tarea! No se inquiete usted, señor don León, y usted menos que nadie, porque usted ha dado un ejemplo que debieran imitar todos. Eso de distribuir en vida la fortuna entre los hijos, parecía sólo posible en los cuentos de brujerías...

Don León guardaba después largos silencios y desde su amplio sillón escarlata, sentado en el vano de la puerta que daba al balcón de la calle, asistía al incesante vaivén de las personas que en las horas de la tarde la iban llenando hasta darle el aspecto de un vasto salón animado y bullicioso.

XV

En una sucesión que tuvo todas las características de las impremeditaciones, se produjeron en casa de don León diversos acontecimientos que tuvieron la virtud de modificar en absoluto el ritmo de la vida en aquel hogar austero y patriarcal.

León, el primogénito, había resuelto casarse. No fué muy lejos para elegir su novia, porque en su prima Matilde halló la suma de encantos que constituían su ideal.

Idilio breve el suyo, había nacido entre las propias paredes de su casa, cuando ella iba a reunirse con las hermanas de León, Esther y Margarita. Con ellas concurría muchas noches a las veladas líricas de la Opera y a los grandes bailes en lo de Unzué, en lo de Casares, en lo de Frías, cuyos palacios señoriales se engalanaron cada vez para recibir a lo más encopetado de la sociedad porteña.

Matilde se parecía en todo a las propias hermanas de León. Pero León, como era natural, la miraba de otra manera, y así pudo advertir en ella un extraordinario fulgor en sus lindos ojos y una irresistible atracción en su sonrisa.

León se enamoró de Matilde con ese espíritu de travesura con que todos los muchachos juegan con sus primas, mucho más si son bonitas y coquetas. Cuando quiso reaccionar era tarde: Matilde había llegado a dominar la situación y era dueña absoluta de la voluntad del elegido.

Se casaron. Una ceremonia con gran pompa, tal si se tratara de un casamiento principesco, reunió en la Merced a todo el núcleo social dirigente. Desde el primer magistrado de la República, el gobernador de Buenos Aires y los ministros nacionales, hicieron acto de presencia, no sólo en el templo, sino también en la residencia de don León Rosales, donde tuvo lugar momentos después una grandiosa recepción.

Esa misma noche partieron para "Los Cardales", y a la mañana siguiente, en la "volanta nueva", les aguardaba "Míster Jonny" manejando dos yuntas de "hackneys" atados en cadeneros y que no tenían rivales en toda la comarca.

Don Leoncito volvía al campo, dispuesto a dar un nuevo impulso a la estancia. Ahora su responsabilidad era mayor, porque además de "Los Cardales", había recibido un campo de su mujer situado en Arrecifes y considerado como uno de los más valiosos de la zona. Le dominaba el entusiasmo casi infantil de los que rara vez tienen oportunidad de colocarse un traje nuevo. Transcurridas las emociones iniciales de su nueva vida, se dedicó de lleno a sus tareas.

Por pronta providencia, convino en que era necesario construir una casa "como la gente" en "La Matilde" — que así se llamaba el campo de su mujer — para que en cualquier momento fuera posible hacerse presente. Sería, para el caso, la "estancia chica", pero con todo el confort y la amplitud indispensable. Claro está que colocó un molino, instaló cañerías para una futura huerta y adquirió la misma máquina de fabricar gas que ya tenía en "Los Cardales".

(Continúa en la página 47)



Todos, por buenos que parezcamos, albergamos en el corazón muchos...

EGOISMOS

...que, al robarnos la felicidad de los que nos rodean, nos despojan también de la nuestra.

A los sesenta y seis años cumplidos, doña Elena de Urquijo seguía atada al yugo de la casa. No eran ciertamente muy pesadas sus tareas, pero a esa edad y después de haber criado seis hijos y soportado a su marido, tenía muy bien ganado un descanso, que no se decidía a tomarse.

De aquellos seis hijos sólo uno conservaba a su lado: Alcides, el menor, que contribuía al sostenimiento de la casa con su sueldo de empleado: esta ayuda permitíale ahorrar algo de la pensión que el Estado le había asignado a la muerte de su marido.

Alcides era para ella, en aquellos momentos, su única dicha, su único amparo. Y esperaba que seguiría siéndolo hasta que la muerte, implacable y oportuna, decidiera cerrarle los ojos para siempre. Sin embargo...

Un día, hallándose doña Elena terminando de preparar el almuerzo, Alcides, de su regreso del empleo, entró en la pequeña cocina alborozado como nunca.

—Buenos días, viejita. — Y después de besarla en la frente, agregó: — ¡Si vieras! ¡Vengo más contento que nunca!

—¿Más contento que nunca? — musitó doña Elena, dulcemente emocionada. — Más vale así. ¿Y a qué se debe ello, Alcides?

—Pues..., te lo diré durante el almuerzo.

En efecto, cuando madre e hijo estuvieron sentados en torno a la pequeña mesa, limpia y ordenada, aquélla empezó a servir la sopa.

—¡A ver! — dijo entretanto. — Dime, ¿qué es lo que te tiene tan contento?

—¡Una cosa que no esperas, mamá! ¡Que quizá no adivines!

—¿Qué? ¿Te han ascendido en la oficina?

—No; no es eso, mamá.

—¿Te han aumentado el sueldo?

—Tampoco. Es algo que sin duda no te imaginas, pero que no puede ser más natural, sin embargo... Algo que has hecho tú hace ya muchos años, que han hecho algunos de mis hermanos..., que hace todo el mundo.

Doña Elena sintió de pronto que el corazón le saltaba dentro del pecho, como sacudido por una emoción violentísima; había adivinado, desgraciadamente.

—Es que... ¿vas a casarte?

—Eso, mamita. Pero ¿tan mal efecto te ha causado la noticia?

—No, no — quiso mentir la madre. — Me alegra mucho, pero..., pero no la esperaba, hijo mío. — Y ahogada por la emoción y la angustia, continuó: — Pero debí sospechar que un día quisieras casarte..., a pesar de no querer que lo hicieras hasta después... de mi muerte...

—¡Mamá!

—Al menos.., tú me has dado muchas veces a entender que no me abandonarás nunca.

—Es verdad, pero... ¡Es que la quiero tanto a ella, a mi Juliana!... Yo no tengo la culpa, mamá. Es que el amor ha venido a llamar a mi corazón, y lo ha despertado... Son cosas de la vida, mamá; cosas inevitables.

—Será todo lo que tú quieras, Alcides; pero yo no esperaba esto de ti. Por lo menos tú no debiste fijarte en ninguna mujer hasta ser libre. Ahora te debes a mí, a tu madre... No quería reprochártelo, pero no me queda más remedio que hacerlo. Cuando se casó Abel y me quedaste tú solo, tú mismo con tu propio pañuelo, me enjugaste las lágrimas, diciendo: "—Vamos, mamá, no llores. ¿Qué te importa que te hayan dejado todos si todavía te quedo yo, que no te abandonaré jamás, por muchos años que vivas?.. "

—¡Mamá!

—Estas fueron tus palabras, Alcides; se me grabaron en el corazón y no podré olvidarlas nunca. ¡Y si vieras qué feliz me he sentido siempre, recordándolas, sabiendo que en mi vejez no me faltaría nunca tu apoyo, el del menor de mis hijos, que fué siempre mi niño mimado!...

—¡Mamá!... — volvió a implorar Alcides.

Una emoción intensa embargaba a la madre y al hijo, que continuaron comiendo si-

CUENTO
Por
ELENA S. MUÑOZ

lenciosamente. Por fin, como venciéndose a sí mismo, Alcides se encaró con su madre, pero sin osar levantar la voz:

— Será muy cierto eso que me reprochas, mamá; pero yo no creí que serías tan egoísta, que por ser yo el más bueno y el menor de tus hijos, ibas a imponerme el sacrificio de renunciar a una felicidad que ni le has prohibido ni siquiera reprochado a ninguno de mis otros hermanos.

— ¡Cómo, Alcides! ¿Me llamas egoísta, a mí, a tu madre? Pero ¿es que yo soy egoísta, acaso, yo que no he trepidado por cuidaros a todos; que no he conocido ninguna felicidad, ningún placer, con tal de que no os faltasen éstos a vosotros? No me esperaba esto de ti, Alcides; pero me lo merezco..., me lo merezco por haber sido siempre "demasiado madre". El pago que me han dado los otros, hoy me lo das tú también, ¡tú, en quien yo más creía y confiaba! Pero no importa. Dices que el amor ha llamado a las puertas de tu corazón...; es muy natural y es también muy humano. ¡Es una ley de la vida! No vayas a cerrarle las puertas de tu corazón, hijo; tú también tienes derecho a ser feliz. De mí no te preocupes. Yo cumpliré mi destino, tal como me ha sido señalado. Afortunadamente no seré una preocupación para ti; si algo bueno hizo tu padre en vida, fué no morirse hasta poder asegurarme esta vejez a que he llegado, para no verme en la triste necesidad de tener que recurrir a la caridad de nadie y menos aún a la de mis hijos...

Estas palabras hicieron sacudirse a Alcides, que trató de interrumpirla:

— ¡Mamá, no me tortures! ¡No me hables de esa manera, que me lastimas! He sido un hijo indigno que quería abandonarte para formarse un hogar y crearse una familia. No lo haré, mamá; renunciaré al amor y continuaré a tu lado, alegrando tu vida y defendiéndote de todas sus asechanzas... Le diré a Juliana...

— ¡No! ¡Cuidadito! Tú no le dirás nada, como no sea que lo has consultado conmigo... y que estoy muy conforme en que os unáis para siempre, ¡lo antes posible!, y que hago los más sinceros votos por que vuestra felicidad sea eterna y sin sombras... ¡Que no sea una felicidad como la de tus hermanos Gregorio, Abel y Paula! Ellos, los pobres, no han sabido elegir su compañero... Tú, ¿tú has sabido elegirla, Alcides?

— No sigas, mamá, te repito; Juliana ya no existe para mí. Sólo existes tú, tú, mi madrecita buena y querida... Romperé hoy mismo con ella para siempre...

Se alzó de su asiento, y, como en los inolvidables tiempos de su infancia, fué a sentarse en el regazo de su madre, que a duras penas contenía las lágrimas:

— Es todo inútil, Alcides — continuó la anciana. — Tú no harás eso. Si le has prometido hacerla tu esposa, mientras no tengas un motivo poderoso no debes romper con ella. ¡Te lo prohibo! Ningún hijo mío, por malo que haya sido conmigo, ha sido desleal a su palabra, y tú no lo serás tampoco. Te casarás con tu novia; ahora yo te lo mando.

— No, mamá; no lo haré. No lo haré por eso, porque me obligas.

— Es que yo soy tu madre aún; es que tengo derechos para mandarte.

— Para mandarme, sí, y yo seré muy gustoso en obedecerte; pero en esta circunstancia, no; ahora es distinto, no me mandas maternalmente, generosamente, amorosamente; lo haces por orgullo, por altivez, y yo soy tan altivo como tú, mamá, no olvides que soy también tu hijo.

Volvió a su sitio, frente a su madre, y terminó de comer; luego, al salir para el empleo, la besó como hasta entonces, en la frente:

— Hasta luego, mamá.

— Hasta luego, hijo...

Y doña Elena lo vió marcharse, sintiendo que se le desgarraba algo en las entrañas.

Soy una egoísta, ¡una gran egoísta! — se dijo en cuanto se halló a solas. — He destruído en su corazón la más grande de las ilusiones... Pero, no; no será. Él también tiene derecho a ser libre, a buscarse la felicidad, aunque no la encuentre, como no la encontraron sus hermanos. Yo he cumplido ya mi misión en la vida, después de darles el ser; la de criarlos, sacrificando todo por ellos. Ahora sólo me queda morir... ¡Morir!... ¡Morir sola y olvidada!... Pero no es a la muerte a lo que más temo, sino a la soledad... Es injusta esta soledad después de haber criado seis hijos... ¡Es injusta y horrible!...

Apoyada contra el marco de la puerta, gimiendo sin lágrimas, la pobre viejecita rememoraba toda su vida; su larga vida desde la hora de su matrimonio hasta ese momento en que el último de sus hijos se aprestaba a abandonarle: ni su marido ni sus hijos le habían deparado una sola ventura, salvo en aquel período de la infancia, en que sus hijos eran para ella una sencilla y profunda felicidad. No sospechaba ella entonces, meciéndolos en sus brazos, amamantándolos con amor y dolor, que un día, cuando más necesitase de ellos, la abandona-



—Ella fué quien rompió conmigo. Encontró otro hombre que le ofrecía otro porvenir más brillante...

rían: unos para volver al seno de la tierra; otros para entregarse al amor y no ser felices, y alguno — ¡el mayor de todos! — para ir a enterrar su juventud en una cárcel, por su mala cabeza.

Sin embargo, la pobre mujer, en medio de este calvario, había creído siempre que Alcides sería para ella un sostén y una alegría hasta que la muerte le cerrase los ojos; pero se había equivocado. Él también, como el pájaro que ya se siente con las alas fuertes, deseaba volar; él también, como todos los hombres, habíase dejado cautivar por una mirada de mujer... ¡Una mirada de mujer, que podía ser su eterna dicha o su eterna desgracia!

Al llegar a este punto de sus meditaciones le vino a la mente el recuerdo de sus nueras Eduvigis y Laura y el de su yerno Tomás. Éste había tenido la avilantez de arrojarla de su casa, porque ella — madre al fin — no había podido permanecer indiferente ante sus malos tratos para con la hija de sus entrañas, paciente y resignada, y había salido en su defensa. Tomás, que gustaba de empinar el codo, se había portado siempre mal con su Lucila; le hacía pasar hambres y vergüenzas. ¡Hasta llegó a levantarle la mano! ¡Y ella no podía intervenir! Era exasperar más a aquel mal hombre, y no tuvo más remedio que renunciar a visitar a su hija, para no tener que sufrir ningún nuevo dolor, ni procurarle un nuevo dolor a ella.

Esto en cuanto a su yerno. Por lo que se refería a sus nueras, no se diferenciaban en el fondo de Tomás: eran sus enemigas. Laura, que era la peor, la llamaba fría y despectivamente "suegra". ¡Y qué daño le hacía esta palabra! Era para la pobre viejecita algo así como un insulto. La primera vez que la oyó murmurar: "Ya está aquí esta suegra", doña Elena sintió que se le caía el alma a los pies. Si no hubiera sido porque ya sus nietecitos Jorge y Alina la habían tomado de las manos, a buen seguro que no hubiera transpuesto el umbral; pero aquellos dos angelitos, que al llevar en las venas la sangre de su hijo, llevaban su misma sangre, pudieron más que todas las fuerzas de su corazón. Pero aquella visita fué la última: al salir de aquella casa, no fué su nuera quien cerró las puertas tras ella, sino ella quien, digna siempre, a pesar de todo, se las cerró de golpe, herméticamente. Le costó muchas lágrimas aquel gesto, pero no esquivó el sacrificio. ¡Llevaba ya tantos hechos! ¡Se había sacrificado ya tanto en la vida! Pero se cuidó muy bien de decirle a su hijo Abel por qué no volvía por su casa. Las veces que él, al visitarla, se lo reprochó, ella lo achacó a sus años y a sus piernas, y a su cabeza, que no la obedecía.

— ¡Tengo miedo de salir! — se excusaba. — Me temo que el mejor día me ocurrirá algo en la calle... ¡Y Dios me libre de ello!

Abel, naturalmente, encontraba razonables los motivos y no insistía. ¡Y la pobre abuela tuvo que renunciar a seguir viendo a aquellos nietecitos que tanto la enorgullecían! Pudo decirle la verdad a su hijo, pero no era tan "suegra" como Laura la suponía. ¡Era incapaz de perturbar la paz de la casa de sus hijos, si en verdad reinaba ésta en alguna! Por eso calló; más aún: por eso mintió..., ¡y por eso estaba dispuesta a seguir mintiendo!... Con Eduvigis le había ocurrido lo mismo. Ella no le había llamado descaradamente "suegra" pero nunca la atendió con cariño, con un poco de ese cariño con que ella iba a su casa. Ni siquiera una sola vez le dijo a su hijita: "Anda, Lilí, ¡corre, que viene abuelita! Dale un beso". ¡Nunca se lo dijo, ¡y cuánto que le hubiera agradecido ella esta bondad!

Y dejó, igualmente, de visitar aquella casa. ¿A qué ir adonde no le interesaba; adonde su visita era una molestia?... Y tampoco a su hijo Gregorio le confesó la verdad de su deserción. ¡Tampoco a él!... Le dijo la misma mentira que al otro, y la que le decía frecuentemente a Alcides, para justificar su actitud.

— ¡Ah, no os lo imagináis! No puedo moverme de casa. ¡Estas piernas y esta cabeza no me responden ya!...

Por esa piadosa mentira veíase obligada a visitar a escondidas a su otro hijo, que estaba purgando una condena en la penitenciaría. ¡Pobre Ramón! Él era el más desventurado de todos, porque no gozaba de ninguna felicidad. Las malas compañías le habían perdido; le habían arrastrado al abismo del deshonor. No confiaba en que se regenerase.

— No lo reconquistaré nunca más — se decía, ahogada por las lágrimas, cada vez que volvía de visitarlo, y agregaba: — Los únicos felices son Roque y Adela, que Dios se los ha llevado, muy a pesar mío. ¡Ah! ¿Por qué Dios no se los llevó a todos? Así me evitarían este dolor de quedar sola, ¡sola y olvidada!, después de haber criado seis hijos y haberlos querido tanto... Pero no soy ya la única madre infeliz. ¡Somos tantas en el mundo, tantas!...

De pronto volvió a ocupar su mente el recuerdo de la escena que durante el almuerzo de ese día había tenido con Alcides, y se formuló esta terrible pregunta, temblando como si le hubiese atacado de pronto un gran frío:

— ¿Cuál será su actitud, Señor? ¿Cuál será?

Alcides no volvió a hablar de su novia, ni doña Elena tuvo valor para preguntarle por ella. Vivían madre e hijo en medio de una cordialidad estirada, artificiosa. ¿Habría él roto su compromiso, como le había jurado hacerlo? Este pensamiento, lejos de alegrarla, la acongojaba más: si lo había hecho, ella se convertía, sin quererlo — ¡sin quererlo, podía jurarlo!, — en el verdugo de la felicidad de su hijo. Esta creencia fué la que un día la llevó a preguntarle, mientras, sentados frente a frente cenaban en silencio:

— Dime, hijo, y perdona la pregunta, ¿cómo está Juliana, que no has vuelto a hablarme de ella?...

— Juliana — dijo Alcides con honda amargura — ya no existe, ya no es mi novia.

— ¡Cómo! Pero ¿es que has roto con ella por culpa mía?

— No, mamá. Fué ella quien rompió conmigo. Encontró otro hombre que le ofrecía un porvenir más brillante que el que yo podía ofrecerle, y me dejó por él. ¡Era una mala, mamá; una mujer sin corazón!

— ¿Es verdad esto que me dices, Alcides?

— Sí, mamá; la pura verdad.

— ¡A ver! Mírame a los ojos; mírame a los ojos y júramelo por Dios, o no te creeré.

Alcides clavó sus ojos en los de su madre, y cerrándolos en seguida, como para evitar que le saltaran las lágrimas, juró con la voz rota por la emoción:

— ¡Lo juro..., por Dios, mamá!

No volvieron a hablar ese día ni nunca más de aquella "desleal"; pero en los labios de Alcides se heló la sonrisa para siempre. Esto fué un nuevo dolor para la pobre madre. ¿Le había engañado su hijo? ¿No habría sido él el "desleal", el que había roto el compromiso? Y si era él, ¿cómo se atrevió a jurar en falso? ¡Ah! ¿Por qué no le dejó irse en pos de la felicidad?... Es verdad que entonces lo hubiera perdido, que se hubiera quedado sola, muy sola día y noche, porque aquella nueva "hija" seguramente sería como las otras, pero, ¿no era, acaso, más triste, más amarga, más angustiosa su vida al lado del hijo siempre triste, como sacrificado por el mayor de los egoísmos, su egoísmo de madre?

FIN



¡HOLA!...
¿Con quién hablo?

LA ACTRIZ. — *Después de tantas promesas, me parece falto de caballerosidad lo que han hecho.*

COMISARIO. — *No se exalte, señorita, y escuche: en mi ausencia el oficial de guardia recibió la visita de los periodistas, y como es un empleado nuevo, al cual nada se le había dicho, cometió la indiscreción.*

LA ACTRIZ. — *¿Y quién enteró a los periodistas?*

COMISARIO. — *Hasta eso no llegaron mis investigaciones. Cuando ocurre una cosa así, usted sabe que ellos disponen de mil medios para conseguir una nota periodística.*

LA ACTRIZ. — *Bien, señor comisario; pero le ruego que mientras no aparezca mi alhaja sigan guardando silencio. Me molestaría que alguien sospechara en mí un deseo de propaganda.*

COMISARIO. — *Usted está por encima de esa sospecha. Su nombre no necesita ya propaganda. Basta y sobra su arte.*

LA ACTRIZ. — *Muchas gracias, señor comisario; es usted muy amable. Buenas tardes.*

COMISARIO. — *Buenas tardes; hago votos por la aparición de la alhaja.*

LA ACTRIZ. — *Desplieguen ustedes sus magníficas condiciones detectivescas...*

. . . .

LA ACTRIZ. — *... Me dió mucha risa cuando leí el suelto.*

LA AMIGA. — *Figúrate que yo cenaba con José Alberto, y a duras penas pude contenerme cuando él abrió el diario. ¡Vieras su aflicción! "¡Pobre chica, con lo poco que le gusta que se mencione su nombre! ¡Pobre chica, que quiere pasar desapercibida!" En fin..., yo... conteniendo una carcajada que parecía irremediable.*

LA ACTRIZ. — *¡Si supieras la escenita que le hice al comisario! Lo reprendí y hasta le pregunté quién había avisado a los periodistas.*

LA AMIGA. — *Esa es otra. Llamé al diario y salió Totó al aparato ¡Los apuros para fingir la voz! ¡Y qué artículo, che; a tres columnas la foto!*

LA ACTRIZ. — *A estos cronistas teatrales hay que tratarlos así; se olvidan de uno, che.*

LA AMIGA. — *Ya sabes que el mes que viene desaparecerá mi broche de brillantes, ¿eh?*

LA ACTRIZ. — *Déjalo por mi cuenta.*

LA AMIGA. — *¡Si les diera a los de la policía por revisar la casa de las actrices de la compañía, voy muerta!*

LA ACTRIZ. — *¿Dónde lo tienes?*

LA AMIGA. — *Entre el pijama amarillo.*

LA ACTRIZ. — *¡No te aflijas! La policía es estúpida y no sospecha la treta. El mes que viene yo gratifico al pobre diablo que tú elijas. ¡Ja!, ¡ja! ¡ja!*

UNA VOZ. — *¡Qué vergüenza si un vigilante diera con su pijama amarillo, señorita San Piero!*

LA AMIGA. — *¿Eh?... ¿Cómo?*

LA VOZ. — *Parece mentira que dos chicas tan "vivas" y tan buenas amiguitas se olviden del detalle.*

LA ACTRIZ. — *¿De qué habla usted? ¿Qué detalle?*

LA VOZ. — *Que la policía, en casos como estos, hace ligar los teléfonos, señorita.*

LA ACTRIZ. — *¡Qué insolencia!*

LA VOZ. — *¡Qué quiere! Las partiquinas tienen la culpa; pierden joyas de valor todos los días. Estamos escamados; ahora les desconfiamos hasta a las primeras figuras.* (Corta y las dos muchachas hacen lo propio temblando, avergonzadas, por el plato que tendrían esa noche los periodistas.)

LA TELEFONISTA INDISCRETA.

Los últimos Rosales
(Continuación de la página 43)

La vida en el campo la entendía así don Leoncito. Se habían acabado "los tiempos de antes" en que "los viejos se conformaban con vivir en un rancho". Para él, la instalación de un baño con agua caliente era de fundamental importancia. Uno era poco: en "Los Cardales" había tres magníficamente presentados, sin contar los que había construído para el servicio y los peones. La buena mesa, una despensa surtida con los mejores elementos en conservas, una bodega donde había almacenado los vinos más añejos de Francia, completaban el confort de "Los Cardales".

—Lo que tú quieras... —había dicho León a Matilde.

Matilde quiso para ella un pequeño coche y una yunta de petisos para darse el placer de manejar alguna vez, cuando vinieran a visitarla. Iría a los puestos vecinos a conocer las familias que los habitaban, saldría a cazar perdices con su rifle y distraería así las tardes, cuando él anduviera en sus ocupaciones.

¡La vida feliz y sin zozobras que ella había soñado! ¿Qué más podía ambicionar para su dicha? Todo lo poseía. La estancia era, al decir de quienes tenían la oportunidad de visitarla, "una maravilla". En pocos años, "míster Jonny" la había convertido en una cabaña inglesa que podía citarse como modelo. De varias regiones del país llegaban los interesados para comprar toros de "pedigrée" y vacas de plantel. Sabían todos que la hacienda de "Los Cardales" era "de lo mejorcito" que había en la provincia, y lo atestiguaba el hecho de que cada vez en las exposiciones de Palermo sus animales alcanzaban las menciones más altas.

Don Leoncio no cejaba en su empeño de superarse en el esfuerzo. Desde Inglaterra don Emilio Casares le remitía los ejemplares más perfectos "Shorthorn" que podía hallar en sus excursiones por Irlanda. Después, el propio don Emilio le remitió algunos padrillos para el haras, y, por último, un "mail-coach" que había pertenecido a un célebre lord ya tronado... Todo fué a parar a "Los Cardales" menos el "mail", que guardó en Buenos Aires, junto con un "coupé" que usaba para el Colón, una "victoria" para sus paseos por Florida y el "dockart" de dos asientos con el que lucía por las avenidas de Palermo los "hackneys" nacidos en su cabaña.

Era así cómo León Rosales (hijo), disputaba supremacías con los Anchorenas y los Unzué, cada uno de los cuales, por su parte, hacía alarde de ser el dueño de "los mejores coches de Buenos Aires".

Cuando llegaba la época del corso de las flores, esperado con una ansiedad increíble, los rivales se presentaban a competir el derecho a los premios establecidos por la Sociedad de Beneficencia para aquellos que presentaban el mejor coche.

Un año —al siguiente de haberse casado con Matilde— presentó sus tres vehículos al certamen. El "mail-coach", que iría dirigido por él y ocupado por un grupo de matrimonios jóvenes. Cuatro "pur-sang", atalajados con guarniciones de bronce, ostentaría la "marca chice" de "Los Cardales", reservada para herrar los animales finos, y que tendría en la emergencia el símbolo de un escudo nobiliario, ya que ese haras era la cuna de los "más ilustres ejemplares". Luego León presentaría su "dockart", con la novedad de un cadenero; para ello, dejaría un momento las riendas a su cochero —un inglés que también le había mandado de Londres don Emilio— y ocuparía el pescante de su flamante cochecito. Le bastaría con dar un par de vueltas frente al jurado para merecer la recompensa.

Y por último, en la "victoria", ocupada por sus hermanas Esther y Margarita, a quienes acompañaría un poco a la fuerza Lisandro, León había resuelto presentar dos animales —los mejores de su haras,— que esa misma noche ofrecería de regalo al Presidente de la República, presente como era lógico en la gran fiesta de las señoras más copetudas de Buenos Aires.

Fué un triunfo rotundo el de León Rosales aquella noche. Sus tres coches merecieron los premios a que aspiraban y conquistó a su paso los aplausos entusiastas que en todos los palcos del trayecto le tributó la concurrencia.

Cuando enfrentó el palco de honor, ocupado por el Presidente de la República, ocupaba el pescante de su "mail". Se detuvo un instante, cediendo a la invitación que le fuera formulada, y entregando las riendas a su cochero, descendió.

El primer magistrado le tendió afectuosamente la mano y le dirigió breves palabras de estímulo. En tal instante, León Rosales habló:

—Como un recuerdo de esta noche memorable y en prueba de simpatía hacia V. E., me permito ofrecer para su coche la yunta de zainos que he presentado en la "victoria".

Casi no le dejaron terminar; una salva de aplausos que encabritó a los "puros" coronó sus palabras. El Presidente de la República asintió con la cabeza y volvió a tender la mano a León, esta vez con mayor efusividad y entusiasmo.

Una banda militar dejó oír los acordes de una marcha sonora y marcial, cuyas notas llenaron el aire de armonías vibrantes. ¡Noche inolvidable para la vanidad de León Rosales (hijo), que vió su nombre inscripto entre los grandes criadores de su tierra!

Días más tarde, León y Matilde se sentaban a la mesa del Presidente de la República, en una comida íntima y cordial. Quiso así el primer magistrado agradecer el obsequio.

—¡Estoy encantado con la yunta! —dijo cuando el tema llegó.

—Yo lo estoy mucho más, si ha sido de su agrado —respondió León.

—Si todos los estancieros imitaran su ejemplo —subrayó de inmediato el Presidente,— en pocos años el país se iría a las nubes.

Y en seguida, con esa fe sin límites que animaba a los hombres de su tiempo, añadió:

—Ahí está el porvenir de la patria: en el campo, en la mestización inteligente de las haciendas, en el refinamiento constante... Día vendrá en que el mundo fije en nosotros su atención y nos convirtamos en el centro productor más importante... Habrá también que pensar en traer muchos "gringos" para que los criollos aprendan a empuñar el arado... Necesitamos producir trigo, maíz, lino... ¡No deje usted el campo, amigo Rosales, trabaje, que allí está la fuente inagotable de la riqueza nacional. No habrá otra en esta república.

León Rosales le escuchaba con esa atención con que siempre se oye la palabra de un hombre que ocupa un alto destino y al que resulta difícil responder. Por otra parte, bien sabía él que el Presidente hablaba con perfecto conocimiento de causa, como que él mismo era uno de los grandes latifundistas de Buenos Aires. La política le absorbió de tal modo, que su estancia quedó relegada a segundo término. Nada de selección en rodeos; a la calidad se la reemplazaba con la cantidad. Y era así cómo llegaban periódicamente hasta los Corrales tropas que alguna vez reunieron mil quinientos novillos "flor". León sintió retemplado su entusiasmo, y ese verano se reintegró a "Los Cardales", y para que el "viejo" pudiera

(Continúa en la página 65)

Las peripecias de PANCHO



Transmite Radio Monada - Z. O. O.

Vuelto los ojos...
(Continuación de la página 19)

vado toda la tierra aurífera la "cuna" queda llena de un barro seco y pedregoso. Entonces viene la segunda parte de la faena: el "achicamiento". Se lava diestramente el barro contenido en el "peinecillo" y en la canaleta, extrayéndose una arenilla negruzca, en la cual fulgen algunas lejanas chispitas de oro. Lleva después esa arena a la "chaya", un plato cóncavo, en el que mediante un hábil movimiento de rotación hace escurrir la arena mojada, mientras quedan en el fondo los granitos de un oro que, cuando es pesado y cobrizo, los mineros lo llaman "muy granado".

Este sistema tan elemental es el único practicable en Andacollo, donde el agua es escasa. Viene a ser, en realidad, el mismo que usaron hace cuatro siglos españoles e indígenas. El minero extrae el agua de la misma tierra escavando pozos especiales o comprándola en el pueblo cuando quiere intensificar la faena.

Hay hombre que hacen su fortuna extrayendo con suerte puñados de pellas de más de treinta gramos, o logran juntar el oro en polvo en frascos y buches de aves. Los demás esperan con resignación contentándose con ganar el peso del sustento con "cien gotas de sangre y el doble de sudor". Pero saben que algún día aparecerá la "pepa" de la felicidad que le ha de dar la Virgen o el genio mítico de sus supersticiones mineras.

FIN

La sonrisa de la semana

EL AMOR Y LA MARATON

En la Exposición de Chicago se organizó hace poco, con mucho éxito de público, una curiosa Maratón para parejas de ambos sexos: la del beso. Consistía, como todas las maratones, en resistir más que nadie a la prueba, y no era óbice presentarse al concurso acompañado de la novia. Por supuesto, que cada pareja de enamorados se encontraba capaz de ganar el concurso. ¿Cuál es el amante que cambiado el primer beso con la amada no manifiesta su seria decisión de abandonar todas sus actividades para condensar en la práctica osculatoria todas sus vitales energías?

De las ciento sesenta y tres parejas que se presentaron a la prueba, doce se retiraron apresuradamente a los cinco minutos; treinta y cuatro, a los veinte, sonriéndose y haciendo proyectos matrimoniales; sesenta y tres alcanzaron a la media hora. De las cincuenta y cuatro que quedaban, diez y siete abandonaron la prueba a las catorce horas, separándose a la puerta de la Exposición sin despedirse; veinte más, se marcharon una hora después, dando señales de mutuo disgusto y acusándose recíprocamente del fracaso. "Si no tuviese usted unos dientes tan largos", decía una joven a su compañero. "Calle usted; si yo hubiera sabido que se ponía usted "rouge" de quince céntimos, ¡cualquier día la hago partícipe!" A las veinticuatro horas no quedaban sino tres parejas; a las treinta y seis, sólo dos resistían ya. ¿Los más ardientes? No, los más necesitados. Ellos rodeaban con el brazo el talle de ellas, y ellas habían echado el suyo en torno al cuello de ellos. Sus labios aplastados unos contra otros estaban fríos e insensibles de lo prolongado de la obligada presión, pero aún les alentaba la idea de que gracias al dinero cobrado, si vencían a la otra pareja, podrían realizar



su sueño matrimonial siempre dilatado por cuestiones de dinero. De cuando en cuando separaban unos instantes la cabeza con laxitud, alargaban los labios como si fuesen a tomar mate, los volvían a aplastar unos contra otros, los abrían con fuerza y se oía un chasquido monótono. Entre ambas bocas había un equitativo intercambio de microbios — bacilos de Ebert y neumococos — y los ojos de los besadores se cerraban, no al voluptuoso influjo de la caricia, sino con la irresistible fatiga del tedio. Cada tres horas se apartaban para tomar una taza de caldo con dos yemas o unas sopas de ajo, se enjuagaban con un buche de agua mentolada y volvían a prensarse los labios. Lo malo fué que las barbas de ellos empezaron a crecer, incrustando sus agresivos cañones en la fina piel de sus compañeras. A las cuarenta y ocho horas una de las muchachas chilló, dió una bofetada a su compañero y abandonó el local. La otra pareja, la de los vencedores, aguardó aún dos minutos y se separó dignamente.

No fueron, como al principio habían pensado, a reclamar el premio a nombre de él. Cada uno cobró su parte.

— Tú, ¿adónde vas? — interrogó él.

— A casa..., y mira, te agradeceré que no vengas esta noche.

— Precisamente iba a decirte que pienso aprovechar este dinero en hacer un viaje a Nueva York.

— Pues que te diviertas.

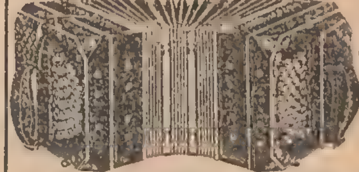
— Gracias, igualmente.

Y no han vuelto a verse en su vida.

El amor, caprichoso y delicado, no resiste maratones de ninguna especie. Por eso tras de la luna de miel suele morirse de fatiga.

Miss Gironda







SU DESTINO

(Continuación de la página 41)

el balcón. Al llegar junto a él se le cae el alma a los pies; en lugar de ver tras los vidrios a su enamorada, ve, con gran desencanto suyo, el rostro apergaminado de una vieja pegado a ellos.

Maldiciendo su suerte vuelve al lado de su amigo, que lo recibe con una carcajada:

—Bien merecido lo tienes — le dice. — ¿Quién te manda hacer el tonto tanto tiempo? Me hubieras hecho caso cuando te dije que nos fuésemos. Ahora no tendrías que lamentar esta desilusión.

—No me calientes la sangre, Alberto, que bastante desesperado estoy.

—¿Piensas seguir paseándote?

—Sí.

—¡Eres un estúpido!

—Muchas gracias.

—Y mereces muchas burlas como esta que acabas de recibir.

—¿Qué dices? ¿Es que tú supones esto una burla?

—¿Y no podría serlo, acaso? Ella, tu enamorada, más astuta o más inteligente que tú, después de haberse reído a sus anchas viéndote pasear — viéndonos pasear, que es peor, — ha querido gastarte, sobre la broma de no haberse dejado ver, la de que tus ojos, en lugar de encontrarse con su rostro encantador detrás de los vidrios, se encontraran con el apergaminado de su abuela. ¡Pues sí que te la ha gastado buena!

Callan un momento, sin cesar en sus paseos. Enrique parece preocupado, rabioso, desilusionado; Alberto, en cambio, está como satisfecho; le mira con el rabillo del ojo y lo ve morderse los labios.

—¿Sabes que tienes razón? — dice por fin.—"Ella" es más cínica que yo. Se está burlando de mí. No merece mis respetos. Ahora sí que me obstinaré en conquistarla, para hacerle pagar esta burla como se merece.

—Y harías bien: ahora sí que apruebo tu propósito de reirte de ella; de darle su merecido..., y dime una cosa, Enrique, ¿vas a seguir paseándote por frente a su balcón como un tonto, siendo la risa de cuantos saben tu enamoramiento y de cuantos están enterados de su burla?

—No. Pero volveré, y ya nos veremos. Vamos.

Al llegar a Santa Fe, se disponen a tomar hacia Plaza Italia. Antes de desaparecer, Enrique dirige una mirada al balcón, ya no de sus amores, sino de sus desilusiones. Pero ella no está. No quiere dejarse ver. ¿No será que...? Instantáneamente ha surgido como una luz una idea en su mente: "¿No será — se dice — que me ha visto pasearme acompañado y esto le ha sabido mal, pues ha supuesto, y muy cuerdamente por cierto, que quiero exhibirla a mis amigos?"

No bien ha concebido este pensamiento se disculpa de Alberto, rogándole que le espere más tarde en un lugar convenido, y se vuelve para seguir paseándose incansable por frente al balcón de su enamorada.

Ahora sus ojos ansiosos ven en el balcón, en lugar de la cara apergaminada de la vieja pegada a los vidrios, otra cara; una cara llena de juventud, de belleza, de colores saludables, en la que relucen dos ojos como dos carbones encendidos. ¡Es ella! ¡Ella! ¡Su ideal! ¡Su enamorada!... ¡Su capricho de un momento!

Han pasado meses... Ocho, diez, quince... Quizá dos años. Alberto y Enrique, por imperios de la vida, han dejado de verse. Ni siquiera se han escrito; pero una tarde de principios de verano, accidentalmente se encuentran en una calle central. Y los dos tienen el mismo aspecto de hombres derrotados.

Al verse se echan los brazos al cuello, llenos de júbilo; llenos de ese júbilo que experimentan los buenos amigos al encontrarse después de una larga ausencia. Cosa natural, lo primero que se preguntan es "qué tal les va". A esta pregunta de Alberto, Enrique se muerde los labios y responde:

—¿Qué cómo me va, me preguntas? ¡Ah! ¡No lo quieras saber, Alberto! Jamás me ha ido peor.

—¿Es que estás enfermo?

—Peor todavía.

—¿Se te ha muerto alguien?

—No.

—¿Han perdido tus padres su capital? ¿No tienes trabajo?

—No, querido, no; no es por ahí por donde se llega a mi terrible drama. El camino es otro; acaso el más trillado, el más estúpido, el más ridículo.

—¡Ah! ¡Ya caigo! ¡Te has casado!

—Sí.

—¿Y no eres feliz?

—¡Qué pregunta! Pero, ¿no me ves? ¿Tengo yo cara, apariencia siquiera, de ser feliz? Pues no lo soy, no. Soy el hombre más desgraciado que pisa la tierra.

—¿Tanto?

—No puedes imaginártelo.

—Lo eres, como lo soy yo también, porque quieres, porque tú podrías romper esas cadenas.

—Es verdad; pero soy un cobarde. ¡El más cobarde de todos! No me atrevo.

—¿Y ella? ¿Quién es ella?

—¿No lo adivinas? ¡Te sería tan fácil adivinarlo!...

Alberto lo mira un momento. En seguida se da una palmada en la frente, exclamando:

—¡Ah, sí! ¡Cómo no voy a adivinarlo! Ella es la de la calle Gurruchaga. ¿Es ella, en efecto?

—Es ella.

—Pero, ¿no la rondabas con el sólo propósito de pasar el tiempo, de...

—Ese era mi propósito; pero Dios me castigó. Fuí por lana... Ya puedes figurarte. Yo fuí el burlado. No pensaba casarme, no; te lo juro por la salvación de mi alma; pero ella, la muy artista, supo ganarme la voluntad, torcer mis propósitos, jugar conmigo como habría jugado con un muñeco.

—Así son las cosas de la vida. La casualidad, la fatalidad, el destino, disponen las cosas a su manera; esto es, al revés de como uno las ha dispuesto previamente. A mí me ha ocurrido exactamente lo que a ti. ¿Te acuerdas de que yo tenía novia por aquel entonces?

—Sí, y que ibas a casarte con ella.

—Y que iba a casarme con ella; es verdad; pero... Lo que te he dicho: el destino y la fatalidad se cruzaron en nuestro camino. Nos arrastraron a cometer una locura... Una locura que no queríamos cometer, porque le teníamos mucho miedo..., y no nos casamos. Y ya no nos casaremos más.

—¿Te emociona el recuerdo, Alberto?

—¿Cómo no ha de emocionarme, Enrique, si el destino no ha querido que fuésemos felices eternamente?, ¿si el destino hizo que viviéramos en sólo un momento esa felicidad que debió durar toda la vida? No me consolaré jamás, no, porque si tu drama está en haberte casado, el mío está en no haberlo hecho antes de que ya fuera tarde; antes de que ya hubiera gustado la infinita emoción del amor...

Siguen hablando, lamentándose de su suerte, hasta que por fin se despiden. Al hacerlo, en sus ojos brillan las lágrimas: son lágrimas de dolor, de desencanto, arrancadas a ellos por su destino... que seguirá riéndose de ellos, con su risa odiosa, acaso por toda su vida.

F I N





Llevaba consigo dos maletas. Antes de tomar el tren compró cuanta cosa se le ocurrió...

Hasta para el hombre más desalmado...

La MADRE

... está sobre todas las cosas de la tierra.

CUENTO

Por

GERARDO R. ACUÑA

OCHO, diez, acaso quince, eran los años que habían transcurrido desde que Eusebio, el hijo único, por una diferencia surgida con el padre había abandonado el hogar para irse a la ciudad lejana. La pobre viejecita, postrada en un sillón tan achacoso como ella, no podía precisar cuánto tiempo llevaba ausente su hijo adorado. Y era que los años no habían pasado para ella en lo que se refería a los recuerdos; le parecía que era la víspera cuando se había marchado; que era la víspera cuando ella le acariciaba la ensortijada cabecita, e iba por las noches a su cuarto, para taparle, si era invierno, y para espantarle los mosquitos si era verano.

En cambio, para el padre severo y duro, aquel tiempo transcurrido lejos de constreñirse, de anularse, habíase deslizado lento y monótono. Para él eran muchos, muchísimos más años que los transcurridos los que se imaginaba que llevaba ausente. Pero a él el recuerdo del hijo no le enternecía, no le preocupaba. A su natural despegado habíanse unido las referencias que le llegaban del hijo. No era un hombre de bien como hubiera deseado que fuera, sino un perdulario, un burlador de mujeres indefensas... ¡y hasta ladrón!

Cuando salía a relucir el hijo y el padre abominaba de él, la madre, desde su sillón de inválida, le defendía y le disculpaba:

—¡Calla, Alejandro! — le decía temblorosa de angustia. — ¡No hables así de tu hijo! ¡Es un crimen!

—¡Es verdad! — rugía él. — Eusebio no es mi hijo..., no puede ser hijo mío...

—Es tuyo, sin embargo — le replicaba la viejecita llorosa. — ¡Qué daño me haces, Alejandro, con tus palabras!

—Perdóname, Adelaida; pero no lo digo por ofenderte a ti, que has sido siempre una santa, sino porque no concibo que pueda ser yo padre de un perdulario semejante.

Esperando siempre noticias del hijo, ella, la pobre, interrogaba todos los días a su marido:

—Dime, Alejandro, ¿no llegaron noticias de nuestro Eusebio?

—No; no ha llegado ninguna.

Entonces ella se encogía en su sillón y dejaba volar su pensamiento infatigable por los días lejanos del pasado. ¡Y cómo se consolaba con el recuerdo! Era como si, en efecto, ella se volviera a aquel tiempo que no envejecía, que no se borraba de su imaginación, que como una cinta cinematográfica pasaba ante sus ojos, nítida, sugerente, llena de ternuras y de emociones, una y otra vez y siempre, siempre igual.

Y seguía preguntando poseída siempre de la misma ansiedad, con el mismo temblor en la voz y en el cuerpo:

—Dime, Alejandro, ¿no han llegado noticias de él?

Y a los "no" de un día y otro, un día por fin seguía un "sí" que era más amargo y más desconsolador que todos los "no" repetidos hasta entonces con sequedad y hasta con odio.

—Sí; ha llegado carta de Rillote.

Al oír este nombre el rostro de la anciana se ensombrecía en lugar de alegrarse.

—¿Por qué nos escribirá ese hombre? Más valdría que no lo hiciera. A sus cartas hirientes y terribles prefiero mil veces el silencio y el dolor de la incertidumbre. Debe quererlo mal ese hombre.

—¡Qué ha de quererlo mal, mujer! ¡Nos habla de él! Nos dice la verdad. ¿O qué quisieras? ¿Que nos dijera mentiras?

—Quizá fuera más humano, Alejandro. Pero no importa. Las ofensas de ese hombre no me llegan al corazón, aunque es verdad que me lo desgarran. Dame la carta. Quiero leerla.

El viejo la sacaba del bolsillo, arrugada, y se la dejaba caer en la falda. Doña Adelaida la tomaba en seguida y con sus manos temblorosas la extendía ante sus ojos. Hecho esto, mediante un gran esfuerzo conseguía leer la hoja, que decía:

"Amigo Alejandro: Como siempre, cumplo dándote noticias de tu hijo. Según tengo entendido, el pájaro está en estos momentos enjaulado. Se dice que ha desvalijado a un pobre hombre de mala manera y que le han aplicado su merecido. Pero esta gente tiene una suerte loca, y no es raro que pronto vuelva a recobrar la libertad y con ella a poner en peligro la tranquilidad de otro pacífico y confiado vecino."

A medida que los ojos de la viejecita recorrían estas líneas, una gran alegría invadía su corazón. No veía la pobre madre el lado malo de la vida del hijo, sino el lado bueno; que vivía aún, que era lo principal; que pronto volvería a ser libre. Ni por un momento pensaba en su conducta, en el daño que hacía a la sociedad, de la que parecía ser el más acérrimo enemigo. Al fin y al cabo, ¿de qué otra manera podía pensar una madre?

Y pasaban más días, y doña Adelaida, desde su sillón, seguía preguntando a su marido:

—Dime, Alejandro, ¿ha llegado carta?

—No.

Y al otro día.

—¡Por favor, Alejandro, no me lo ocultes! ¿Ha llegado carta?

Y vuelta a responder:

—No.

Por fin, al cabo de un tiempo, una nueva carta de aquel amigo, que parecía complacerse en hablar mal del hijo ausente, ponía un poco de paz y de alegría en el espíritu de la pobre madre.

—Aquí tienes una nueva carta de Rillote — decía él, arrojándole una hoja de papel,

(Continúa en la página 57)

¿Tienen alma e inteli

QUÉ diferencia esencial existe entre el hombre y el animal?

La filosofía actual, basada en experiencias e hipótesis rigurosamente científicas — especialmente biológicas, — concede a los animales inteligencia y alma. Max Sheler llega a decir ("El puesto del hombre en el cosmos") que entre un chimpancé listo y Edison — tomado éste sólo como técnico — no existe más que una *diferencia de grado.*

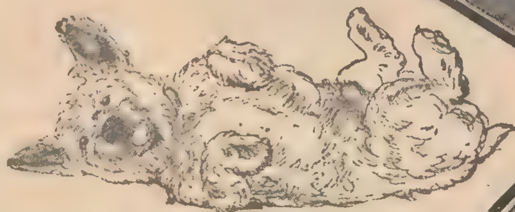
Luego, si los animales poseen alma, y algunas especies también demuestran inteligencia, ¿qué diferencia esencial y definitiva puede establecerse entre éstos y los seres humanos? La escuela materialista inglesa — Locke, Hume — y la sensualista francesa — Condillac, La Metrie — contestarían afirmando que no existe diferencia sino distancia: el molusco, la mariposa, el perro, el canario, el hombre, son eslabones de una misma cadena, grados de una misma escala.

En esta valoración o jerarquía zoológica coinciden también los místicos de todos los tiempos. El concepto de que todos los seres vivientes son criaturas de Dios — y, por lo tanto, partícipes en cierto grado de su divina esencia, — encendía en el alma de los místicos un religioso amor por todos los animales. En éstos veían sólo a *hermanos menores.* El dulce grito: "¡hermano lobo!", del seráfico penitente de Asís, parece surgir de las profundidades del Eros platónico; por su belleza y pasión se diría inspirado en *el alma del Todo,* de Plotino, aquel místico de Alejandría que *veía a Dios.*



La actriz Pepita Bataglia, percibe en los gatos inteligencia y alma de mujer.

La primera actriz nacional Carmen Giménez, dice que los canarios tienen alma de payadores malevos.



El género humano ha rendido en todos los tiempos un fervoroso culto a los animales. La zoolatría vive en la esencia y en los símbolos de todas las religiones. Ni el cristianismo se ha librado de la divinización zoológica. Cristo es llamado cordero y en figura de tal fué adorado por los primeros cristianos: el Espíritu Santo baja a la Tierra en forma de paloma. Todos sabéis que el "Apocalipsis" de San Juan es un espantoso y simbólico bestiario.

Tenemos el espacio estrellado poblado de animales: casi todos los signos del Zodíaco son zoológicos.

El hombre no necesitaba, ciertamente, que la filosofía y las ciencias experimentales otorgaran alma e inteligencia a los animales. La sabiduría innata de que todos — más o menos — estamos dotados ha percibido siempre el alma y la inteligencia de los otros seres vivos. Y nuestra conducta y trato con ellos se basan en el conocimiento y percepción del elemento psíquico e intelectivo de los animales. Hablamos con nuestro gato y éste nos escucha y obedece como si entendiera nuestro lenguaje articulado. Con sólo mirar a nuestro perro, éste sabe lo que queremos.

Todo esto nos sugiere una inquietante pregunta: y nosotros, vanidosos seres humanos, ¿entendemos a los animales? Aparte de que existen, ¿qué sabemos de su alma y de su inteligencia?

Muy poco..., ¡casi nada! Preguntad a los domesticadores profesionales, a los domadores de fieras — cuyos instrumentos y métodos educativos son el látigo y el terror — y os convenceréis. Todo lo que hasta aquí se ha hecho y obtenido es que el animal se adapte a las formas de la inteligencia humana. Algo tan absurdo como si una tribu de águilas raptase niños para enseñarlos a volar, y a cinco mil metros de altura los lanzasen al espacio para que se adaptaran a él y les nacieran alas...



La celebrada cancionista Tania, cuenta la anécdota de un perro tan inteligente que... hasta sabía leer.

Casi todas las artistas tienen un animal favorito, al que miman y regalan. Suele ser su compañero, su confidente y su mascota. ¿Quién mejor que ellas podría decirnos algo interesante acerca del alma y de la inteligencia de los animales?

La celebrada cancionista Tania, que acaba de revelarse como actriz cómica en "Wunder-Bar", nos dice:

—Yo tenía un perro tan inteligente que sólo le faltaba hablar. Le voy a contar a us-



gencia los animales?

ted algo que no querrá creerlo. Estaba mi perrito en el camarín, echado sobre un periódico en el sofá. De pronto para las orejas, se lanza hacia la puerta y comienza a ladrar: ¡guau, guau, guau! ¿A quién ladrará este cuzco?, pensé. Me asomé y vi pasar al crítico de un diario. ¿Por qué le ladrará hoy?, me pregunté, intrigada. Toma el diario en que aquél escribía... ¡y me topo con una crítica en que me ponía verde! El perro se había enterado antes que yo...

Una graciosa bailarina del elenco, a quien acaba de presentarnos Tania, cuenta otra historia de perro:

Mucho es lo que se ha hablado acerca de si los animales tienen o no alma, sin que, a ciencia cierta, se puedan ofrecer pruebas terminantes de que una u otra cosa responda a la verdad. En esta nota, Joaquín Linares da, junto con su opinión, la de algunas de nuestras más destacadas actrices, en cuyos labios la inteligencia y la gracia de los animales domésticos adquieren un brillo extraordinario. Juzgue, si no, el lector.



—Yo tenía un novio que me hizo una vez tal "perrería", que resolví no llamarlo más por su nombre. Lo chiflaba...

La gentil actriz Pepita Bataglia, del teatro Buenos Aires, nos habla, enternecida, de la perra "Milonguita", famosa en el ambiente teatral.

—Los signos del alma y de la inteligencia eran patentes en "Milonguita". Alma toda amor e inteligencia, capaz de valorar la responsabilidad de sus actos. "Milonguita" tuvo cachorros. Uno de éstos fué regalado a una familia que distaba muchas cuadras de la casa de "Milonguita". Pues bien: la inteligente perra cruzaba medio Buenos Aires, sola, dos veces todos los días para ir a amamantar y limpiar a su amado cachorro...

Pepita Bataglia acaricia a su hermoso gato de Angora, y termina diciendo:

—Yo amo a los gatos por su clara inteligencia, su sentido conservador de las cosas, su astucia, su delicadeza, su egoísmo. Tienen alma e inteligencia de mujer...

Yo creo que un animal ha influído poderosamente en mi vocación artística — nos confiesa la espiritual "vedette" Paquita Garzón. — Era yo muy niña. Viajaba con mi familia por las admirables serranías de Jaén. Usted sabe que por allí los únicos medios de transporte son las mulas y los burros. Tuvimos que hacer noche en plena Sierra Morena. Atamos las cabalgaduras a los troncos de las encinas, tendimos las mantas y nos acostamos.

—¿Usted ha dormido en Sierra Morena?

ESTA ES LA PREGUNTA QUE SE RESPONDE AQUI A JOAQUIN LINARES

Pero... ¿y el Candelas, el Pernales, el Vivillo...?

—Bandidos muy caballeros. No nos molestaron. Continúo: era una deliciosa noche de primavera. Toda la Naturaleza parecía palpitar, prodigiosamente viva. La innumerable orquesta de los grillos era el fondo sonoro de la noche, sobre el que fluía el rumor del agua entre las peñas, el cantar de las chicharras, el graznar de los buhos y los mochuelos, el rebuzno de los asnos. Yo miraba el cielo cuajado de estrellas, sin poder dormir, embriagada por la perfumada brisa serrana y los efluvios empapados de música... En ese instante escuché algo divino, imposible de expresar con palabras. Era la música de Dios, el alma lírica del Universo, desgranada en gorjeos y en trinos de belleza y melodía incomparables. Un ruiseñor, en una rama, muy cerca de mí, le cantaba a su amada, que empollaba en el nido. Era un himno de amor. Callaron los grillos, enmudeció el agua de los torrentes; chicharras, buhos, asnos... toda la naturaleza viva se hundió en el silencio para recoger el divino regalo lírico. Las arañas melómanas, suspendidas en sus telas —de rama en rama— parecían desmayadas de gozo en los rayos de luna... ¡Qué auditorio reverente e infinito tenía aquel artista lírico!...

—¡Y qué barata era la entrada! Aquí cuesta un ojo de la cara escuchar a Gigli...

La célebre actriz del teatro Buenos

(Continúa en la página 60)



La vedette Paquita Garzón, con su perro y su canario.





Carmen Valdés, espiritual dama joven, tiene una linda gata que se llama "Greta Garbo", y habla de una perra inteligentísima que respondía al dulce nombre de "Milonguita".

Lo que SE LLEVARA



6. — Juvenil es este modelo de vestido. Está confeccionado en organdí estampado, sentadoramente adornado con mangas y cuello de organdí liso.

7. — Traje de corte muy sencillo. Está confeccionado en seda amarilla. La blusa lleva una capa que se prolonga en una bonita écharpe.

1. — Vestido combinado. La blusa es de seda acresponada, color azul, de corte muy sentador. La pollera es blanca, de la misma tela, y con dos recortes sobre las caderas.

2. — Este vestido es muy sencillo; su corte se presta para ser ejecutado en una tela lisa, blanca, y es apropiado para sport. En el modelo es de seda estampada con fondo rojo.

3. — Encantador modelo de vestido, confeccionado en seda acresponada, color verde nilo. El cuello y las mangas son muy novedosos y están adornados con plissé, muy de moda.

4. — Trajecito muy sentador y práctico. Se puede confeccionar en géneros de hilo, de color claro o en piqué. La blusa es de seda, color obscuro, original y sentador contraste.

5. — Traje para la tarde; está confeccionado en crêpe celeste. Las mangas son de corte muy original. La blusa tiene el escote drapeado y sostenido con un gran moño.

ESTE VERANO



11 12 13 14 15

8 9 10

8. — De corte muy sencillo es este traje de piqué de seda blanco, novedosamente adornado con seda azul. Este adorno consiste en un ancho bies, que desde el hombro cae hasta la cintura, donde se sujeta en el cinturón, también de seda.

9. — Sencillo vestido de sport; puede utilizarse también para playa, pues su corte deja gran parte de la espalda al descubierto. Está adornado de género a cuadros rojo y blanco. De la misma tela es la pequeña chaqueta que lo acompaña.

10. — Los vestidos de sport vienen este año sumamente escotados en la espalda. Este modelo, de corte muy entallado, es de género de hilo, color arena. La tira del escote, que se prolonga atrás hasta la cintura, es de la misma tela, en color marrón. Los volados, en los hombros dan la impresión de mangas.

11. — Vestido para niñas, de corte muy sencillo; está adornado con tablas y el gran cuello es de piqué blanco.

12. — Elegante vestido para niñas, combinado en gris y verde. Las mangas las forman dos pequeños volados.

13. — Vestido de organdí, adornado con cinta color naranja; el doble cuello berta está ribeteado de voladitos plissé.

14. — Vestido muy práctico, confeccionado en seda verde, y adornado con cuello y botones blancos.

15. — Vestido para niñas, confeccionado en brin de hilo celeste, adornado con recortes de la misma tela, amarillos.

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

CHACARERA. — He aquí una fórmula buena, o mejor dicho, un procedimiento que da buen resultado, con respecto a la cola para objetos de madera que deben mantener un contacto continuo con el agua u otros líquidos: "Mézclese la cola común con aceite de linaza rancio. Ahora bien, en el momento de encolarse la madera deberá calentarse bien la parte que desee pegarse, como operación previa a cualquier otra. Inmediatamente se aplica la cola caliente y se le deja secar bien."

• •

TAPADO. — Diríjase a la secretaría de cualquier colegio nacional de la capital, cuya dirección encontrará en la guía telefónica, y allí le darán todos los datos y pormenores que nos solicita.

• •

HABITANTE DE LANUS. — Ricardo Rojas se ha referido a Belgrano en varios de sus libros y tiene un estudio sobre él en "Los arquetipos", pero el libro "El santo de la espada" se refiere a la vida del general San Martín.


Doctor Ricardo Rojas (caricatura de O. Soldatti.)

• •

CORTO DE GENIO. TABACAL. — *El hecho de que ese niño sea exclusivamente vergonzoso, se debe a procesos del carácter y de la vida espiritual que no pueden ser en estas páginas objetos de un estudio. La frecuentación del trato de la gente, la adquisición de conocimientos generales, etc., pueden contribuir a que desaparezcan esas manifestaciones excesivas. 2º No existe ningún procedimiento capaz de evitar el crecimiento violento del chico, cuya edad, 15 años, es sumamente crítica, pues coincide con un mayor desarrollo.*

• •

CUIDADOSO DEL IDIOMA. — La expresión pollino deriva de pollo y se le aplica al asno joven y cerril. Por extensión se le llama pollino a cualquier borrico.

• •

PERSEO. — Su profesor de literatura está absolutamente equivocado. Casi estaríamos por creer que ha interpretado usted mal sus palabras. Nadie que haya leído comentarios sobre los poemas de Homero, o que haya leído, simplemente, "La Ilíada", dejará de saber que con cierta frecuencia los dioses adoptaban una figura humana para tomar parte en las luchas o en las discusiones. Neptuno, bajo la figura del adivino Calcas, incita a los ayaces a combatir. Otras veces los dioses intervenían con su investitura tal como el caso de Apolo, cuando, sin transformación alguna, advierte a Héctor, acercándose al héroe, que no se separe de sus tropas.



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

MISTERIOSO. — *Hay cuatro formas fundamentales, perfectamente definidas, de practicar el tatuaje. Por punción, con aguja o con punzón, lezna, espina o instrumentos con mucha punta. Los pinchazos son pequeños, poco profundos, y la materia colorante (hollín, carbón vegetal en polvo, tinta china, cinabrio, etc.), se introduce simultáneamente o se frota después. "Diccionario Enciclopédico Espasa". También se conoce el sistema "moko" que consiste en teñir dibujos cortados en la piel con un arma sumamente filosa. El procedimiento de cicatrices es por simples cortes, como su mismo nombre lo establece, sin intervención de materias colorantes de ninguna especie. El sistema "queloides" consiste en heridas que se mantienen abiertas hasta que forman cicatrices convexas o en forma de botones. En cuanto a la naturaleza de los dibujos de los tatuajes, ellos responden al espíritu del que se hizo tatuar, a lo que desee significar a través de los mismos, a razones de linaje, a costumbres raciales, etc. Los hay eróticos, con los emblemas e inscripciones gramaticales del caso, los hay religiosos, mágicos, industriales, etc.*

• •

AVIADOR J. S. T. ISLA VERDE. — Diríjase a la Escuela de Aviación. El Palomar, F. C. P.

• •

MAGNOLIA DE MUÑIZ. *No damos direcciones particulares. Escriba a ese artista a cargo de la administración del teatro en que trabaja.*

TINIEBLAS. — Si recién conoce a su novia, puede regalarle ramos de flores o bombones. Es lo más apropiado en los comienzos de un noviazgo. 2º En la secretaría de la Escuela de Comercio Carlos Pellegrini, calle Charcas entre Callao y Río Bamba, le darán los datos que nos solicita.

• •

NO SE MAS. SAN NICOLAS. — Le aconsejaríamos recurrir a un fotógrafo para la restauración de esas fotografías que amarillean. No obstante, si usted no quiere adoptar este temperamento, sumerja la fotografía, después de haberla desglosado de los soportes de cartulina, sobres, marcos de papel, etc., que la acompañaban, en el siguiente baño:

Acido clorhídrico..	2 cm. cúbicos
Cloruro de sodio...	8 gramos
Bicarbonato de potasa	8 „
Agua destilada....	250 cm. cúbicos

Se enjuaga con agua y se trata con un revelador muy diluído.

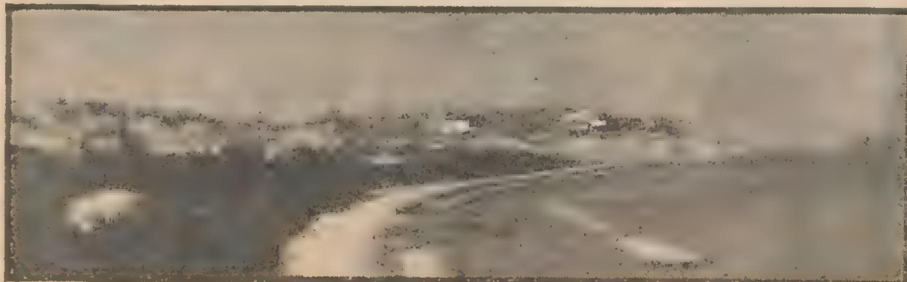
• •

CORRENTINITA. — *Consulte en cualquier biblioteca pública de Corrientes un tratado de escritura y caligrafía.*

• •

EL PATO DE LA BARRA. — Si usted canta flor y su contrario canta también flor, se anota seis tantos el que la tenga más alta. Si usted canta flor, su contrario le echa la contraflor y usted se achica, su contrario debe anotarse cuatro tantos a su favor.

• •


Vista parcial de Nápoles

GERTRUDIS. — Nápoles fué capital del reino de ese nombre, pero no capital de Italia. Es una extraordinaria ciudad, de origen griego.

EL ARTE DE CONTESTAR

PEDRO RAMIREZ. AVELLANEDA. — No se conoce un remedio que sea realmente eficaz y procure la curación completa de las aves atacadas por la gota. Debe, sí, prevenirse esa afección, que proviene de la humedad de los gallineros y del poco ejercicio de las aves cuando están encerradas en sitios estrechos. Se aconseja, en estos casos, tener a los animales enfermos en un sitio bien abrigado, más bien caliente y seco, y suministrarles, en cambio, alimentos refrescantes. Es bueno envolverlos en paños calientes y aplicárseles fricciones con 30 gramos de alcanfor en polvo y 100 de manteca de cerdo.

• •

MENDOCINO. — *Hay teorías definidas sobre esos fenómenos, cuya causa se conoce y no así el modo de evitarlos, o por lo menos anticiparse convenientemente a sus efectos destructivos. Fritz Frech dice al respecto que los fenómenos sísmicos y volcánicos hay que concebirlos como verdaderas reacciones de la masa interna del globo contra la superficie, pero en sí mismo tienen pocas propiedades comunes. Los sismos ocurren donde la corteza está surcada por dislocaciones y las erupciones volcánicas utilizan las fracturas producidas por aquéllos: sin embargo, en la subida a presión de las lavas originanse extremecimientos de carácter local muy restringidos.*

• •

UN CARIOCA. — Nadie ignora el gran valor alimenticio que tiene la leche, pero ya que es usted amigo de las cifras, le diremos que 150 gramos de leche equivalen a la fuerza nutritiva de un huevo de gallina o a 50 gramos de carne. En cuanto a la leche esterilizada, no es la leche hervida como usted cree. Tomamos de un tratado especializado en estas cosas, la siguiente explicación, que reputamos exacta: "Se dice que un líquido está esterilizado cuando, valiéndose de medios apropiados, se han destruído los gérmenes, microbios, etc., que contenía; como gran número de dichos gérmenes son patógenos, etc., que pueden ocasionar enfermedades, conviene librar a la leche de tan funestos habitantes." Quedamos, pues, en que un simple hervor no libra a la leche de ciertos microbios. La esterilización casera puede usted hacerla en la siguiente forma: "Colóquese la leche en botellitas de cuello estrecho, cerrado con un tapón de gutapercha agujereado. En este orificio se coloca un tubo de vidrio. Se ponen las botellas así arregladas en un depósito, que contenga agua hasta el nivel de sus cuellos, y en cuyo fondo se haya puesto un poco de esparto o de paja. Se lleva todo a la ebullición cinco minutos, y, mientras dure, se cierran los tubitos de vidrio. Se continúa después la ebullición unos cuarenta minutos, y se deja enfriar."


Comprobando el valor nutritivo de la leche.

La madre
(Continuación de la página 51)

arrugada, sobre el regazo. — Entérate. Te da buenas noticias de tu hijo.

—Lo dices con retintín, Alejandro; pero para mí, siempre son buenas.

Y se ponía a leer la carta ávidamente, palpitándole el corazón de felicidad.

"Amigo Alejandro: Cumplo, como siempre, en darte noticias de tu hijo. Acaban de informarme de un nuevo atentado contra una pobre mujer. Le ha hecho abandonar el hogar paterno, y luego la ha arrojado a la calle.

"¡Esto es abominable, Alejandro! ¡Es para morirse de vergüenza el tener hijos así, tan desalmados!"

Si bien el primer párrafo no afectaba su ceguera de madre, el final de la carta la conmovía profundamente. Fugazmente, para olvidarla en seguida, cruzaba por su cerebro una frase de condenación para el hijo malo: "¡Es una fiera! — se decía. — ¿Es posible que yo haya concebido tal hijo?" Pero pasado ese momento, la seguridad de que su hijo vivía aún la llenaba de una dicha sin límites.

"¿Por qué no vendrá un día a verme? — se decía a solas, hundida en su sillón. — ¡Qué malo debe ser que ni me escribe, ni se acuerda de mí! Si viniera a verme, yo le bendeciría; pero no viene, no vendrá; es lo que dice ese malvado Rillote: un hijo sin entrañas. ¡Un hombre abominable!"

No obstante después de habérselo dicho, se signaba horrorizada.

Rillote, el viejo amigo de don Alejandro, veíase frecuentemente con Eusebio, quien, como decía en sus cartas, vivía al margen de la ley y de la sociedad. Cuando esto ocurría, Eusebio le formulaba la eterna pregunta:

—¿Recibió usted carta del viejo? —

Y si la respuesta era afirmativa, continuaba: — ¿Qué le dice de mí?

—No me dice nada. Por lo visto no le interesas. Como haces esta vida tan abominable...

—¿Usted le ha dicho algo?

—¿Yo? Dios me libre.

—¿Dice algo de mi madre?

—Nada.

Quedábase Eusebio pensativo un momento y luego pasábase la mano por la frente, como para barrer de ella los pensamientos que debían torturarle, y no se acordaba más de su familia.

Así meses y años. Complicado en hechos delictuosos, algunas veces horribles, Eusebio Santerán hacía frecuentes visitas a la cárcel; pero tenía una suerte loca, porque casi siempre salía a poco de ingresar.

Vivía con mujeres de dudosa moralidad, con las que no gastaba consideraciones. Las trataba a veces a golpes, y las infelices, lejos de despreciarle, se rendían a sus caprichos en medio de una repugnante voluptuosidad.

Puesto a delinquir, no se compadecía jamás de la víctima. Si debía defenderse, no le importaba atacar a ancianos indefensos. Era, ciertamente, un hombre despreciable, un hijo de quien debían renegar siempre sus padres. Desde este punto de vista, don Alejandro estaba en su razón. Ese hijo, que ya de chico había tenido extrañas rebeldías frente a él, había venido al mundo con el espíritu de un malvado.

Habituado a su vida, ni una sola vez sintió Eusebio vergüenza de ser como era; ni una vez tampoco sintió deseos de correr al hogar paterno. Las veces que éste se le apareció en la mente, se encogió de hombros, murmurando:

—El hogar... ¡Bah! ¡Tonterías!

Un día Rillote buscó a Eusebio Santerán, y en cuanto le halló le dió la noticia que acababa de recibir:

—Tu padre me escribe, diciéndome que tu madre está bastante enferma.

—¿Mi madre enferma? — exclamó Santerán, palideciendo. — ¿Y le dice a usted que me lo comunique?

—No me dice nada.

—¡No le dice nada!...

Sin embargo, ese mismo día, en el tren que salía al anochecer, Eusebio Santerán se embarcó rumbo a la casa paterna. No pensó si debía o no ir, ni si su padre y su madre le recibirían. No le importaba. Su madrecita estaba enferma, y su deber de hijo era correr a su lado, olvidando todo rencor y exponiéndose a todos los peligros y a todas las humillaciones. Llevaba consigo dos grandes maletas. Antes de tomar el tren había comprado cuanta cosa se le había ocurrido, para su madre.

A cada momento su inquietud le llevaba a consultar el reloj. A pesar de la velocidad con que el tren iba devorando las distancias, le parecía que el monstruo de acero no adelantaba un ápice en su camino; que se encontraba siempre en el mismo lugar.

Cuando, con mano temblorosa, empujó la puerta de la empalizada de la casa paterna, que no se le había borrado de la imaginación y que encontraba exactamente igual, sin cambio alguno, una gran emoción le hizo palidecer. ¿Cómo sería recibido?

A una muchachona, sirvienta de sus padres seguramente, que le salió al paso, le preguntó por su madre. La muchacha se quedó un momento indecisa frente a aquel hombre cargado con dos maletas, y por fin se excusó:

—Yo no sé si podrá usted verla; ¡como la pobre está tan delicada!...

—Creo que podré verla. Soy su hijo.

—¡Usted... su hijo! — exclamó la muchacha con sorpresa. — Yo no sabía que la señora tenga un hijo. Pase.

Le guió, sin embargo, como si fuera un extraño; como si no supiera él cuál era el cuarto de su madre. ¡Y lo tenía tan fijo en la mente!

Detenido junto a la puerta, aguardando a que la muchacha avisara a su madre de su llegada, una nueva y más viva inquietud se había apoderado de él. Aguzó el oído para oír la voz de la anciana, y cuando la oyó decir, temblorosa y palpitante: "que pase; que pase en seguida", no se hizo esperar. Tiró las maletas y entró en la habitación, y fué a echarse en los brazos siempre amorosos de su madre, que se alzó del lecho haciendo un gran esfuerzo para recibirlo en ellos.

—¡Hijo! ¡Hijo mío!

—¡Madre de mi corazón!

Temblaban, y lloraban y reían los dos a un mismo tiempo, confundidos en un abrazo interminable. Las caras, la una rugosa y afiebrada, y la otra ríspida, juntas, muy juntas, se humedecían con el llanto que brotaba de sus ojos.

—¿Cómo has venido, hijo?

—He sabido que estabas mal, mamá, y he corrido a echarme en tus brazos.

—¡Para devolverme la vida! ¡Porque me has devuelto la vida, hijo mío, con tu regreso!

Al separarse ambos, sus ojos asombrados se encontraron con don Alejandro, que permanecía parado junto a la puerta. Al ver a su padre, Eusebio inclinó la cabeza respetuoso. Y doña Adelaida, dirigiéndose a él le dijo, anhelante, feliz en medio de sus males:

—¡Aquí está nuestro hijo! ¡El mal hijo, el hombre pérfido, canalla, impío, según tu amigo Rillote! Y te pregunto yo, Alejandro, ¿puede ser tan malo un hijo que se acuerda de su madre? ¿Que sabe que está enferma y corre a ella?

Don Alejandro no le respondió, pero se convenció, a pesar suyo, de que la madre está por sobre todas las cosas, aun en el corazón de hiena de todos los bandidos del mundo.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR























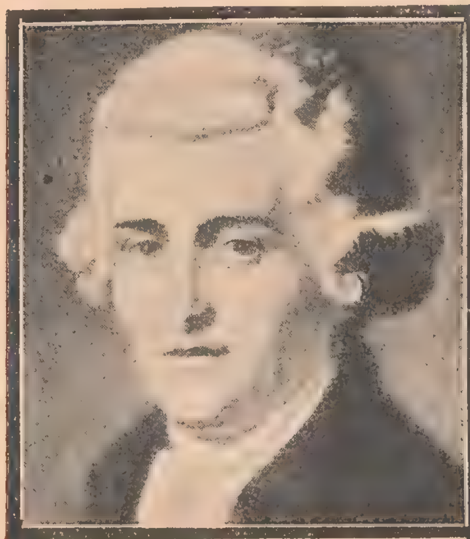


Peregrina HISTORIA de un CRANEO AMBULANTE

AL VASO CEREBRAL DEL FAMOSO COMPOSITOR HAYDN LO PERSIGUE LA FATAL AGITACION, PRIVILEGIO DEL TALENTO, AUN DESPUES DE MUERTO

***Tal nos revela en esta nota* MAESTRE WILKINSON**

Entre los hechos de más resonancia ocupa un lugar destacado el que se relaciona con la posesión del cráneo de Haydn. Como se sabe, hace ya más de un siglo que dicho cráneo fué robado del féretro que guardaba los restos del célebre músico, sin haberse podido descubrir nunca quién era el ladrón. Posteriormente apareció el cráneo en poder de un antiguo servidor de un príncipe austríaco. Desde la lejana hora de la muerte del genio hasta el presente son innumerables los litigios entablados por la posesión de sus restos. Podría decirse que, por una ironía del destino, ni después de muerto el gran Haydn halló el descanso.



Haydn, el gran compositor, cuando estaba en el apogeo de su gloria.

QUIÉN se acuerda hoy de Haydn? ¿Del prolífico cerebro del compositor sinfónico y maestro de Beethoven y otros grandes artistas de la música, Franz Joseph Haydn? ¿Siquiera del Haydn octogenario, casi ciego, que se empeña en estropear sus obras maestras con retoques trémulos, que sus discípulos aplauden piadosamente y luego borran en silencio?

Haydn nació en la villa Rohrau (Austria), el 31 de marzo de 1732. Hizo su debut musical en un coro de niños, a la edad de nueve años, en la catedral de Viena. Poco tiempo después, en ocasión en que la emperatriz de Austria estaba presente, cantó un solo. No le gustó a ella la voz de Haydn, y dijo: "Haydn canta como un gallo." Y Haydn fué desechado inmediatamente.

DE LA MISERIA A LA GLORIA

Viviendo casi de la caridad pública, Haydn tocaba el violín en bailes y otras festividades, ganando lo indispensable para comer. A la edad de veinte años compuso su primera misa, y unos años después su primera sinfonía. Desde esa fecha su fama fué en aumento. En 1761 fué nombrado segundo director de la orquesta del príncipe Antón Esterhazy. Poco después, bajo la égida del príncipe Nicolás, era nombrado primer director. En 1770 murió su protector y entonces Haydn se dirigió a Londres, donde recibió los más grandes honores a que en aquel entonces podía aspirar un artista.

DANDO LECCIONES A BEETHOVEN A RAZÓN DE VEINTE CENTAVOS POR HORA.

De regreso de Londres a Viena, encontróse en esta última capital con un joven que se le presentó solicitando le diese algunas lecciones de música. Haydn aceptó, cobrando a su discípulo su enseñanza a razón de veinte centavos por hora.

Fachada de la casa en la cual murió el maestro Haydn. Esto ocurría en aquellos momentos en que Napoleón bombardeaba la ciudad.

Quizá debido a que Haydn podía obtener más dinero enseñando a los novicios no prestó mucha atención a Beethoven. Es así cómo poco tiempo después, este joven que estaba llamado a ser más famoso aun que su maestro, se hizo independiente y empezó a hacer sus propias composiciones.

—¡Alcornoque! —exclamó Haydn cuando supo que Beethoven estaba haciendo nuevas composiciones.

OCTOGENARIO, HAYDN ENTRA EN EL PERÍODO DE LA MEGALOMANÍA

En sus últimos años, Haydn, al igual que Handel, creyó que sus dones musicales eran obra de inspiración divina; esto lo mostró durante la ejecución de su "Creación", en su oratorio, un poco antes de su muerte. El día que se llevó a cabo la función estaba nublado. Cuando se pronunciaron las palabras "Hágase la luz, y hubo luz", contenidas en la composición, el sol apareció radiante y sus rayos inundaron todo el oratorio. La audiencia quedó asombrada porque más bien aquello parecía deberse a un arreglo escénico. Cuando cesó la ovación, el viejo compositor se levantó, y alzando una mano hacia el cielo, dijo solemnemente:

—Todo vino de allá...



El cráneo del maestro fué encontrado en un baúl, después de muchos años de haber desaparecido y cuando todos menos lo esperaban.

Desde entonces Haydn continuó sus composiciones, pero su entusiasmo comenzó a declinar. Su salud empezó a decaer y sus últimos años los pasó casi en completa inactividad. Todavía siguió conservando en su estudio su clavicordio, y en cierta ocasión se le vió recorriendo su teclado con sus nudosos dedos, al mismo tiempo que tarareaba composiciones de género mas ligero que las habituales en él.

Los Esterhazy siguieron brindándole su amistad durante sus últimos años, pero los intereses musicales de estos nobles estaban ahora concentrados en la nueva generación de músicos, más que en el veterano que, al igual que su clavicordio, había pasado de moda.



Esta es la tumba donde se guardan los restos mortales de Haydn, que, por una fatalidad, aún no han logrado conquistar su eterno reposo.

(Continúa en la pág. siguiente)

¿QUIÉN MÁS Y MEJOR QUE HAYDN PODRÍA EXCLAMAR QUE "YA NI EN LA PAZ DE LOS SEPULCROS CREE"?

Hace 124 años que el inspirado cerebro de este maestro de música, una vez muerto el cuerpo que lo animaba, no conoce descanso. Cuando aún no hacía un año que su cuerpo había bajado a la tumba, se inició una serie de litigios por la posesión de sus restos. Hasta el presente éstos no han tenido fin desde aquella época. Un resumen de las minutas oficiales parece un capítulo de extravagante novela. Actualmente se sigue ventilando en los tribunales austríacos el más curioso de los litigios. El príncipe Esterhazy, de la noble familia célebre por sus riquezas y extravagancias, ha demandado a la "Sociedad Vienesa de Amigos de la Música", que conserva la blanca reliquia en un cuarto blindado, vigilado de día y de noche en el museo, por la posesión del cráneo que contuvo el cerebro de Haydn.

El príncipe Esterhazy, que es uno de los más grandes terratenientes de Austria y Hungría, y cuyos antecesores datan de muchas generaciones atrás, proyecta erigir en su vasta propiedad de Einsestad, Burgueland, un mausoleo donde los restos del gran músico puedan encontrar descanso eterno. El segundo centenario de Haydn fué conmemorado en 1932, y el príncipe pensaba tener el mausoleo listo con anticipación al homenaje a Haydn. Parece que este deseo no pudo llevarse a cabo.

Curioso como es el litigio, difícilmente puede compararse a los hechos relacionados con la macabra reliquia. Por más de un siglo el cráneo de Haydn ha sido objeto de mutilación del esqueleto a que pertenecía, y de substracción secreta de su lugar de descanso por los ladrones de tumbas.

CÓMO SE INICIA LA PEREGRINA HISTORIA

Los restos de Haydn fueron enterrados en el pequeño cementerio de Hunsdtrum, y el primer esfuerzo para turbar su calma, al igual que el reciente litigio para obtener la posesión de sus restos, fué originado también por un príncipe Esterhazy. Hace 124 años, ya era intención de la familia Esterhazy hacer que los restos de Haydn reposaran en un mausoleo digno de la distinción del gran músico.

La solicitud correspondiente se hizo ante las autoridades austríacas, que quedaron impresionados con la petición, que dieron el permiso necesario para la exhumación de los restos.

El 7 de noviembre de 1820 se extrajo el féretro y se transportó a Einsestad, donde en presencia de médicos y autoridades locales se levantó la tapa del sarcófago. Los que asistían a la ceremonia retrocedieron asombrados. El esqueleto y la amarillenta mortaja se encontraban allí, no así el cráneo. La ondulante peluca que en vida adornó la cabeza del gran músico, también estaba allí.

El jefe de policía, Seldnitzky, ordenó una investigación inmediata para descubrir en qué circunstancias se había separado el cráneo de Haydn del resto de su cuerpo, así como para tratar de arrestar al culpable. Agentes secretos trabajaron en el caso por varios días entrevistando a cuanto ser viviente alguna vez había estado relacionado con Haydn, veladores del cementerio, agentes de inhumaciones, enterradores, etc. Habiendo fallado esas investigaciones, los agentes del servicio secreto pusieron su atención en el palacio de los Esterhazy.

Entre los sospechosos se encontraba un tal Karl Rosenbaum, que había estado varios años al servicio del príncipe, y que al ser arrestado se fingía su secretario particular. Después de haber sido interrogado durante algunas horas confesó que, efectivamente, había tomado parte en la mutilación del cuerpo de Haydn. Fué más explícito: dijo que una maniobra para profanar las tumbas de personas ilustres había sido inspirada por un distinguido frenologista de la época, el profesor Gaal, quien deseaba los cráneos para investigaciones científicas. Según la historia relatada por Karl, el superintendente de las prisiones oficiales, Johann Peter, le había ayudado en su macabra tarea.

Se ordenó a Rosenbaum entregara el cráneo de Haydn. Pretendió hacer esto, pero el cráneo que entregó no era el del músico. La policía, sin embargo, no notó el engaño.

EL CRÁNEO DE HAYDN NUEVAMENTE EN DANZA

Con el paso de los años cesó todo el interés sobre el asunto. Rosenbaum, fuera del servicio de los Esterhazy, se había hecho viejo. Un día tuvo un ataque al corazón. Llamó a su esposa y le ordenó hiciera comparecer a cierto príncipe Roktausky, de quien era muy amigo. Cuando el príncipe estuvo a su lado, Rosenbaum le dijo que tenía el presentimiento de que pronto iba a morir y que deseaba confesar que él había tenido oculto durante muchos años el cráneo de Haydn en el ático de su casa, y que esperaba ponerlo en manos de una persona que le asegurara lo guardaría. El cráneo fué encontrado en un baúl. Roktausky comunicó el descubrimiento de la reliquia al empresario de la orquesta sinfónica, y se hicieron los arreglos necesarios para obsequiarlo a la Sociedad Vienesa de Amigos de la Música.

¿Por qué no dejar tranquilo a Haydn siquiera después de muerto? ¿Es que la familia Esterhazy pretende que detrás del oropel brillante se puede encontrar otra cosa que no sean dolor y cenizas? Como se ve, la gloria posee un sabor amargo; aparece en la realidad mucho más descolorida que en las páginas de Montaigne, iluminada por ese candor escéptico que penetra en las almas como un ensueño de ultratumba... La gloria es "asno que agoniza al pie de los hechos universales más insignificantes"...

FIN

Hojeando los últimos Libros

COMENTARIOS por ANIBAL PONCE

PEDRO R. PILLER: "INFANCIA EN CRUZ"

Por su intensa emoción humana, por su fondo desolado y trágico, por la angustia que deja su lectura, este libro del señor Pedro R. Piller merece un sitio aparte entre el montón de libros que llega a nuestra mesa. La literatura en torno al drama de los niños — a sus problemas, a sus dolores, a sus mortificaciones, — que ya tiene en "Les enfants terribles" de Cocteau una pequeña obra de maestro, ha inspirado entre nosotros algunos fáciles relatos de la señora Brumana y cuatro o cinco cuentos vigorosos de Castelnuovo y Yunque.



En la producción nacional, el libro del señor Piller tiene, sin embargo, un perfil bien singular. Relato autobiográfico — según dice el autor, — conserva desde la primera página hasta la última un tono tal de sinceridad, de reflejo vívido, de sentimiento auténtico, que se apodera del lector sin darle aliento.

El recuerdo de Jules Vallés, que el mismo señor Piller trae en dos ocasiones, pasa en efecto más de una vez, no precisamente como un modelo literario, sino como ejemplo de otra infancia torturada y miserable. Pero por la crueldad refinada que la madre emplea en el tormento, por el sadismo sutil en que se complace, por el humorismo dramático con que a veces envuelve el castigo o la venganza, surge también en la memoria del lector el magro perfil de aquella madame Lepic que Jules Renard hizo inmortal en su "Poil de Carotte". En los dos casos, el pobre chico vive bajo la angustia de un poder superior, infinitamente cruel, que conoce de antemano todos sus pensamientos, que adivina en el acto sus proyectos, que despista de inmediato el más oculto de sus planes. A punto tal que el muchacho admite como algo imposible de remediar su condición humillante, desesperada y sin alivio. Pero en los dos casos también — el héroe de Renard y el del señor Piller — guardan en el fondo del alma un caudal tan grande de ternuras insatisfechas, que cada minuto de tregua en aquella guerra incesante les lleva a creer en la posibilidad de un cambio brusco: "Era tan dulce el más breve alto en ese trato habitual — dice el señor Piller — que la satisfacción de gozar de él me hacía olvidar todo rencor." Pero instantáneamente y por sorpresa, cuando más sólido parecía el armisticio, el rayo de la guerra estallaba otra vez, feroz y vengativo. ¿Cómo dar una impresión siquiera de esta novela o de estas memorias, con su inacabable serie de torturas, desesperaciones, golpes, rebeldías inútiles, injusticias desesperantes? Sólo la dulce silueta de Mamá Vannier y el perfil un poco borroso del padre — menos protector que Lepic, menos sarcástico también, — ponen algunas notas suaves en este relato terrible al que sólo hubiera bastado un poco más de orden y de equilibrio para transformarlo en una obra de méritos, en verdad, poco comunes.

En el prefacio de su libro el señor Piller asegura que "un libro como éste no es una obra de arte", sino "el grito de dolor de un hombre", y que mal puede compararse la narración de la vida verdadera con la novela imaginada "en que la inteligencia equilibra las diferentes partes y sitúa a su gusto a sus personajes". Mucho hay de verdad en lo que dice, pero la huella verdadera del escritor de raza se descubre precisamente en esa capacidad para levantar hasta un plano de belleza a los humildes sucesos de la vida diaria, a los accidentes y peripecias de las crónicas vulgares.

Sin proponérselo, seguramente, el señor Piller lo ha conseguido en su libro más de una vez, y aunque en él prima, conscientemente por lo menos, la preocupación social, no ha comprometido por eso, ni mucho menos, el soplo vigoroso que lo anima.

En nuestra literatura, este niño doliente ha venido sin bulla y sin "réclame" a ocupar el lugar que le corresponde entre tantos otros niños que tuvieron un destino distinto o similar: heterogénea caravana que comienza quizá con el Tini, de Eduardo Wilde, y a la cual se incorpora hoy este otro chico extranjero, pero que ha expresado en nuestra lengua sus dolores sin consuelo.

Aníbal Ponce

¿Tienen alma e inteligencia los animales?

(Continuación de la página 53)

Aires, Carmen Giménez nos habla también del alma lírica de los pájaros.

—Los canarios, cuando se saben buenos cantores — afirma la actriz, — tienen almas de payadores malevos. Se desafían a cantar, como cuando dos payadores de mucha fama en sus pagos se encuentran en una pulpería... No hay nada tan emocionante y delicioso como esos contrapuntos de canarios. Cantan hasta que uno de los rivales enmudece para siempre, vencido... Los demás pájaros de las jaulas los escuchan, los alientan y hasta parece que los aplauden, como la paisanada en las pulperías... Sólo les falta pedir otra caña...

Le preguntamos a la inteligente dama joven Carmen Valdés, si alguna vez había tenido en su casa animales salvajes — como nos habían contado, — y nos contesta con un mohín muy cómico:

—Nunca he tenido relaciones peligrosas... La única fiera que me ha puesto alguna vez en apuros ha sido el público, en las noches de estreno... No soy muy observadora, pero creo que mi gatita es una maravilla de inteligencia, elegancia y coquetería. Adopta "poses" llenas de seducción y misterio... ¡Tiene mucho "Garbo"!

FIN

Buenos Aires es una ciudad muy mal abastecida

(Continuación de la página 3)

Llega el chacarero con sus lienzos de lechuga al mercado de concentración. Son quince o veinte lienzos. El mayorista ofrece levantárselos a sesenta o setenta centavos cada uno. Se cierra la operación. Y el mayorista en la misma plaza empieza la reventa a los puesteros que compran uno o dos lienzos cada uno, pagando a razón de un peso cincuenta y un peso sesenta cada lienzo de lechuga. Vale decir que este simple traspaso representa un beneficio del ciento por ciento — si no más — para el primer intermediario. ¿Cómo se descarta el mayorista? Alega que vende al fiado a los puesteros, que tiene desperdicios que computar y créditos que no cobrará nunca.

Sea como fuere, el productor es la primera víctima de la falta de organización racional que comentamos.

Las otras irán apareciendo en el curso de estas notas que "Mundo Argentino" inicia.

FIN

BIBLIOTECA TEATRAL DE "MUNDO ARGENTINO"

BLASON DE FUEGO

Comedia dramática en tres actos de

José León Pagano

Estrenada por la compañía Blanca Podestá-José Gómez, en el teatro Corrientes, el 1º de septiembre de 1933.

LOS DOS PRIMEROS ACTOS DE ESTA OBRA SE PUBLICARON EN LOS NÚMEROS ANTERIORES.

ACTO III

En Petrogrado. Antesala de un hospital. Muros blancos. Al fondo, galería acristalada. Puertas en primer término, a derecha y a izquierda. Muebles claros.

ESCENA I. — ALEJANDRA. TATIANA.

ALEJANDRA. — *(Dejando un libro sobre la mesa.)* ¡Y Valodia que no llega!
TATIANA. — Tampoco vuelve Martín.
ALEJANDRA. — ¿Fueron a lo mismo?
TATIANA. — ¿No lo sabías?
ALEJANDRA. — Sabía de Valodia.
TATIANA. — ¡Chis! *(Indicando silencio.)*
ALEJANDRA. — De Yegor.
TATIANA. — Martín da por segura la noticia.
ALEJANDRA. — ¿De suerte que el tratado de paz...?
TATIANA. — Se firma hoy. El estado de guerra cesa entre Alemania, Austria, Turquía y Bulgaria por una parte, y Rusia por otra.
ALEJANDRA. — Pero después de esto aún falta confirmar...
TATIANA. — ¿Lo relativo a Finlandia? Va incluído en el tratado. Finlandia y las islas Aland serán evacuadas inmediatamente.
ALEJANDRA. — ¿De modo que nuestro adiós a Rusia es cuestión de horas?
TATIANA. — Mañana o pasado a más tardar. *(Pausa.)* Comprendo tu agitación. Pronto, muy pronto, volveremos a ver a los nuestras. A tía Lisa, a tío Miguel...
ALEJANDRA. — A Sergio.
TATIANA. — No lo olvido. Como tampoco olvido a mi cuñado Alejandro.
ALEJANDRA. — Sería mucha ingratitud. Gracias a él salvamos buena parte de nuestra fortuna personal.
TATIANA. — Y Gracias a Martín hemos podido comunicarnos con Alejandro.

ESCENA II. — DICHAS y DENEIEFF.

DENEIEFF. — *(Por la derecha.)* ¿Ha salido el doctor Prilicoff?
ALEJANDRA. — No tardará en volver. Así encargó que se dijera si alguien preguntaba por él.
DENEIEFF. — Muy bien. *(Inicia el mutis.)*
ALEJANDRA. — Doctor Deneieff, he mandado que entreguen a usted los análisis del laboratorio y el boletín del día.
DENEIEFF. — *(Seco.)* Yo no le había encomendado a usted esa tarea. No tengo por qué agradecerle el que se haya excedido usted en ser comedida. *(A Tatiana, violento.)* No se ponga usted a mi espalda. Quiero ver de frente a mis interlocutores.
TATIANA. — Como no hablaba usted conmigo...
ALEJANDRA. — Permítame una aclaración. doctor Deneieff. No creo haberme tomado atribuciones.
DENEIEFF. — En lo mío, sí.
ALEJANDRA. — Lo hice en interés de los enfermos.
DENEIEFF. — ¿Usted? Si en verdad le preocupan los enfermos, ¿por qué no empieza por evitarle quebrantos al que debiera estar más cerca de su corazón? Corazón... Pero ¿qué sabe usted de eso?... *(Vuelve brusco las espaldas, y vase por la derecha. Alejandra y Tatiana quedan perplejas.)*

ESCENA III. — DICHAS, menos DENEIEFF.

ALEJANDRA. — ¿Qué dice este hombre?
TATIANA. — ¡Hombre! Este es un oso cavernario.
ALEJANDRA. — Pero, ¿a qué entendió aludir con sus palabras?
TATIANA. — A qué aludió... no sé. Una cosa es evidente: que nos detesta y que no se toma el trabajo de disimularlo.
ALEJANDRA. — Algo más todavía. Que no pierde ocasión de manifestar lo mucho que nos aprecia.
TATIANA. — Al principio no era así.
ALEJANDRA. — Eso digo. A poco de llegar nos colmó de atenciones. Luego, sin que mediara causa aparente alguna, las finezas que acabamos de oír.
TATIANA. — *(Toma el libro, lo abre por donde hay una señal, lee y dice a Alejandra.)* ¿Tú leías esto? *(Alejandra asiente con la cabeza.)* ¿Y esta señal?
ALEJANDRA. — Yo la dejé... impensadamente.
TATIANA. — *(Leyendo.)* "La vida del célebre bacteriólogo Ricardo Pfeiffer se inicia con un capítulo de novela. Huérfano de madre. el padre lo envía para que se críe junto a unos parientes alsacianos. Eran éstos tan menesterosos, que para luchar contra la pobreza se dedicaban a ir por los pueblos de la baja Lorena y de la Alsacia dando funciones de circo y haciendo de titiriteros con unos cuantos animales amaestrados y una compañía de clowns... Y el futuro descubridor del bacilo de la gripe, el discípulo predilecto de Koch, fué a su vez acróbata y vivió familiarmente entre monos y osos." *(Tatiana levanta la cabeza, mira a Alejandra en silencio. Luego lee el título del libro:)* "Vidas de hombres célebres". Es curiosa la semejanza de estos datos biográficos, ¿verdad?
ALEJANDRA. — Sí.
TATIANA. — ¡Qué misterios encierra la vida!
ALEJANDRA. — Mira, cuando llegamos aquí, tuve la impresión que venía a sepultarme en un presidio. Tú has visto lo que yo sufrí. Todo me atormentaba, todo, seres y cosas. El aire mismo venía a herirme, el sol me lastimaba, todo. Creí que no resistiría mucho. Ese era mi consuelo. Los únicos instantes de sosiego, venidos de fuera, me los traía Valodia. Sólo tú sabes cómo he vivido. Después, no sé, un cambio se fué operando en mí, poco a poco, hasta creo que dulcemente. No es que desapareciese mi tristeza, no. Pero... ¿qué tienes? ¿Por qué miras así?
TATIANA. — Me impresiona oírte decir cosas que yo diría de mí si me obligaran a explicar mi estado de ánimo.
ALEJANDRA. — ¿Verdad que esto ya no se mira con la hostilidad de los primeros días?
TATIANA. — Casi te diré que...
ALEJANDRA. — ¿Qué?
TATIANA. — ¿Verdad que no dejamos esto con indiferencia?
ALEJANDRA. — No sé...
TATIANA. — Acaso salgamos de Rusia para siempre, y ocultándonos, además. Todo se lo debemos a Martín... Tu modo de pensar ha cambiado a su respecto...
ALEJANDRA. — Tengo que reconocerlo.
TATIANA. — Su conducta es irreprochable.
ALEJANDRA. — No cabe negarlo. ¿Quieres que te haga una confidencia?
TATIANA. — ¿No la merezco?
ALEJANDRA. — No te rías. He llegado a sentirme pequeña ante él.
TATIANA. — Pues no me río, no. Sabes qué me dijo Yegor ayer, refiriéndose a Martín: "¡Demonio de hombre, por momentos me cohibe!"
ALEJANDRA. — Eso, eso mismo. Hasta me siento avergonzada. Si tú supieras con qué angustia he vivido yo aquí los primeros tiempos. Me creí cercada por él, me consideré su prisionera. A cada instante temí la agresión del vencedor, del más fuerte. Pensé que me espiaba, que acechaba la ocasión propicia para rebajarme en el ultraje brutal. Y mientras yo temía esto, defendiéndome hasta en el sueño, ese hombre que yo veía transfigurado en un monstruo traído a flote por la revolución, ese hombre extremaba su delicadeza, hurtándose a mis ojos, como si temiese herirme con su sola presencia. No hay un rasgo suyo, un ademán, una palabra, en que no se manifieste la probidad de su conducta. ¿Qué palabras pronunciaré al estrechar su mano y al despedirme de él?
TATIANA. — Y no crees que debieras decirle algo de todo esto antes de irnos de aquí para siempre. Imagínate cómo te agradecería al saber que hoy le juzgas en conformidad con su nobleza.
ALEJANDRA. — Repítelo, repite esa palabra.
TATIANA. — Nobleza.
ALEJANDRA. — Nobleza. No hay otra más apropiada.
TATIANA. — Díselo. Es tu deber.
ALEJANDRA. — Nobleza, deber.
TATIANA. — Van juntos. En ellos fundó su razón de ser la estirpe de los nuestros.
ALEJANDRA. — ¡Los nuestros!... Recuerda el blasón de fuego.
TATIANA. — No se excluyen.
ALEJANDRA. — ¿Lo dices por Martín?
TATIANA. — Tú lo dices y él lo refrenda con una vida ejemplar.
ALEJANDRA. — Nos educaron mal. Vivimos engañándonos desde la cuna. Nos deforman el espíritu enseñándonos a ser crueles. Tú lo has visto. Yo levanté el látigo para cruzar la cara de un hombre, de un ser humano, igual que yo, ¡mejor que yo! Y ese hombre responde a la injuria arriesgando su vida para salvar la mía. Siervos, hijos de la gleba, almas, en fin, almas negadas por nosotros, deformadas por nosotros, muertas por nosotros.

ESCENA IV. — Dichas, dos médicos; luego varios practicantes y algunos enfermos. Más tarde Deneieff.

(Dos médicos vienen por el fondo derecha. Traen un diario. Luego, inmediatamente, llegan practicantes, enfermeros — hombres y mujeres. Vienen ansiosos. Chane entre ellos.)

MÉDICO. — *(A Sacha.)* ¡Camarada Prilicoff! La paz. Se ha firmado la paz.
CHANE. — Lo trae el periódico.
UN ENFERMERO. — ¡La paz!
MÉDICO. — Los nuestros vuelven.
CHANE. — ¡Por fin!
MÉDICO. — Aquí está la firma. *(Todos acuden.)*
SACHA. — *(Lee.)* Sokolnikov.
TATIANA. — *(Leyendo.)* Tchicherin.
MÉDICO. — Petrovsky...
(Llega del interior del hospital el comienzo de canciones y gritos de júbilo. Primero confusos. Luego más claros. Son canciones populares de ritmo acelerado. Cunden luego, se propagan, se mezclan, se confunden. En cada uno de los pabellones se entonan canciones diversas, con igual entusiasmo, a ratos frenético. Se unen a ellas voces de:)
VOCES. — Los nuestros vuelven. La paz. La paz.
DENEIEFF. — *(Por la derecha, enfurecido.)* ¡Canallas! *(A los que están en escena.)* ¡Manden callar a esos canallas! ¿Estamos en una taberna de borrachos o en un hospital? A cumplir cada uno con su deber. ¿Qué hace usted aquí? ¿Y usted? ¡Manden callar a esos

En el próximo número publicaremos:

EL CAMINO del INFIERNO

Comedia en un acto y tres cuadros de JOSE GONZALEZ CASTILLO y ALEJANDRO E. BERRUTI

Estrenada en el teatro Buenos Aires por la compañía Muiño - Alippi.

Espacio para encuadernar

lobos hambrientos, he dicho! *(Algunos van saliendo, y luego los demás a medida que lo indique el texto.)* Mañana se dará de alta a esos holgazanes. Si tienen bríos para cantar, que vayan a desgajar árboles o a comer tierra. ¡Canallas! Y usted ¿qué hace aquí. *(A Tatiana.)* Y ustedes también. *(A Alejandra.)* Usted... haga lo que mejor le parezca.

ESCENA V. — ALEJANDRA y DENEIEFF.

ALEJANDRA. — Desearía hablar con usted, doctor Deneieff. *(Mutis Tatiana.)*
Deneieff. — Elige un mal momento.
(Las canciones y el vocerío se van atenuando poco a poco.)
ALEJANDRA.—Tenga usted la amabilidad de concederme algunos minutos. Se lo ruego.
DENEIEFF. — No tengo ningún interés en ser amable con usted, señora. Pero como la situación creada por usted va a terminar muy pronto, la escucharé. Confío en que será usted muy breve.
ALEJANDRA. — No deseo otra cosa.
DENEIEFF. — Encantado.
ALEJANDRA. — Cuando llegamos aquí mi prima y yo nos recibió usted con la mayor cordialidad.
DENEIEFF. — Exacto.
ALEJANDRA. — Luego, poco después, se mostró esquivo con nosotras y nos trató con... poca simpatía.
DENEIEFF. — Con ninguna, diga usted. Porque esa es la verdad.
ALEJANDRA. — Y no ha dejado usted de zaherirme con su... modo de ser... ¿A qué se debe ese cambio, doctor Deneieff?
DENEIEFF. — Voy a contestarle con una pregunta: ¿sabe usted quién es el doctor Prilicoff?
ALEJANDRA. — Creo saberlo.
DENEIEFF. — Yo no pregunto lo que usted cree. Ya comprenderá que al preguntarlo digo claramente que usted lo ignora.
ALEJANDRA. — Es posible.
DENEIEFF. — ¿Qué mujer es usted? ¿De dónde viene? ¿Cuáles son sus sentimientos? ¿En qué cree usted? Nunca se la vió sonreír.
ALEJANDRA. — ¿Me ha espiado usted?
DENEIEFF. — Sí. Yo y otros designados por mí. ¿Quién es usted? ¿Qué busca usted aquí? ¿Por qué ha venido? ¿No comprende usted que su presencia lastima?
ALEJANDRA. — ¿Por qué me habla usted así, doctor Deneieff?
DENEIEFF. — ¿Por qué?
ALEJANDRA. — Sí, ¿por qué olvida usted que se dirige a una mujer?
DENEIEFF.—¿Por qué, pregunta usted por qué?
ALEJANDRA. — ¿Por qué me mortifica con sus crudezas? ¿Por qué? ¿Qué motivos tiene usted para recurrir a esos extremos?
DENEIEFF. — Voy a contestarle a usted pronunciando de nuevo el nombre de Prilicoff. ¿Lo entiende usted ahora?
ALEJANDRA. — No.
DENEIEFF. — ¿No?
ALEJANDRA. — No; no lo entiendo.
DENEIEFF. — Entonces me arrepiento de haber escuchado a Prilicoff y de no haber procedido por mi cuenta cuando me lo propuse. Esto hubiera terminado desde hace rato.
ALEJANDRA. — Pero, ¿qué quiere usted decir? ¡Explíquese usted en nombre del cielo! Se lo suplico.
DENEIEFF. — Yo vuelvo a preguntarme a mí mismo qué clase de mujer es usted si todavía no ha comprendido el significado de mis palabras.
ALEJANDRA. — ¿Tan claro es para usted?
DENEIEFF. — Tanto como su crueldad. No finja usted conmigo. De nada le sirve ese ardid. Quiero demasiado a Prilicoff para no haber visto cómo le hiere usted en su desvío. ¿Por qué se queda usted aquí? ¿Qué se propone, vuelvo a preguntar? Yo sé cómo viven ustedes. No como marido y mujer. Viven ustedes separados desde que llegaron. Apenas si se dirigen la palabra. No es la de usted indiferencia para con él. Es hostilidad. ¿Por qué no se fué usted de aquí? Prilicoff era un hombre destinado a realizar grandes cosas. Yo lo conozco más que usted y mejor que usted. Fuí su condiscípulo en Berlín. Usted lo está malogrando. Hay en él, había en él, intuiciones geniales. Era el orgullo de sus profesores. Mírelo usted ahora. Es la sombra de sí mismo.
ALEJANDRA. — ¿Por mi culpa?
DENEIEFF. — ¡Por su culpa! ¿Por qué se casó usted con Prilicoff si no le amaba? ¿Es vida lo que ustedes llevan aquí? Y otro hombre no hay, otro hombre que se haya interpuesto entre Prilicoff y usted. Me consta. Ya le he dicho que la hice vigilar. ¿Qué se propone, pregunto de nuevo? Usted no ha salido de aquí desde su llegada. Todo su andar se ha reducido a bien poco. Desde las salas del hospital al pequeño pabellón que ocupan ustedes al otro extremo del jardín. Cincuenta metros a lo sumo. No habla usted con nadie, o cambia usted con todos muy pocas palabras. Visitas, no recibe, a no ser la del capitán Yegor Mironow, a quien también hice espiar. ¿Es vivir esto? Dígamelo usted, señora.
ALEJANDRA. — No es vivir, no. Una pregunta, doctor Deneieff, una sola. Se lo ruego. ¿A qué se refería al decir que iba usted a proceder por su propia cuenta?
DENEIEFF. — ¿Con toda franqueza?
ALEJANDRA. — Sí.
DENEIEFF. — Pues me proponía alejarla de aquí.
ALEJANDRA. — ¿Por la violencia?
DENEIEFF. — ¡Por la violencia! Secuestrarla y mandarla lejos, lejos. Quería salvar a Prilicoff. Está aniquilando usted a uno de los cerebros mejor organizados de nuestra tierra.
ALEJANDRA. — ¿Quién le impidió realizar su proyecto, doctor Deneieff?
DENEIEFF. — Quién iba a ser: él, Prilicoff. Al sólo anuncio de cuanto yo me proponía, vi reflejarse en su rostro una expresión de terror. Ese hombre que luchó como un bravo y que sonrió al caer herido en un avance contra los austríacos, tembló de terror a la sola idea de que la separase a usted de su lado. Aún me sobrecogen sus palabras, las únicas que profirió al conocer mi propósito. "¡Deneieff! Si quieres matarme, óyelo bien, si quieres matarme, aleja de mi lado a esa mujer." Y brilló en sus ojos una luz que a mí también me dió miedo. ¿Comprende usted ahora por qué no siento por usted ninguna simpatía? *(Alejandra está como transportada. Largo silencio.)* Y ahora una súplica. Sé que Prilicoff ha obtenido un salvoconducto para que usted salga de Rusia y visite a sus parientes en el extranjero. No regrese usted aquí. El desgarrón será horrible, pero será de una vez por todas. Prilicoff se debe a la ciencia. No vuelva usted a Rusia. No digo más. Creo que nuestra conversación ha terminado. *(Viéndolo venir a Yegor.)* Todo pasa y todo vuelve. ¿No es así, capitán Mironow?

ESCENA VI. — DICHOS. YEGOR.

YEGOR. — Y la humanidad camina.
DENEIEFF. — ¿A pesar de ser el mundo redondo?
YEGOR. — Caminar significa a veces...
DENEIEFF. — ¿Rodar?
YEGOR. — Girar sobre sí mismo.
DENEIEFF. — Eso es moverse, no avanzar.
YEGOR. — ¿Qué más da? Nos afanamos para olvidar que somos prisioneros.
DENEIEFF. — ¿Todos?
YEGOR. — Todo, para ser más exacto. Todo. El mundo es prisionero del espacio. Es un vagabundo sideral. El más romántico de todos. Se alimenta de lo azul, y gira, y da vueltas, y siempre hace el mismo recorrido, milenio tras milenio regido por la celeste armonía de los números. Permítame evocar los manes del divino Pitágoras, el mayor de los poetas.
DENEIEFF. — El mundo prisionero del espacio.
YEGOR. — Como nosotros de la tierra, que también gira y no avanza. Como el alma lo es de nosotros. También es ella nuestra vagabunda. Trae al nacer todas las añoranzas. Es triste o alegre, callada o tumultuosa. Brinca, juega, ríe, llora, se exalta, se deprime y en desazón continua nos mueve, nos impulsa y tras mucho vagar y mucho correr allí está donde estamos nosotros, para repetirnos con el maravilloso descubridor: la tierra es pequeña. ¿No es así, doctor Deneieff?
DENEIEFF. — Me agrada escucharle.
YEGOR. — Pues hasta que usted me dé la voz de alto.
DENEIEFF. — Por mí no ha de ser.
YEGOR. — Aprendí a meditar en un largo viaje que hice en compañía de un pensador eminente.
DENEIEFF. — ¿Dónde hizo usted ese viaje?
YEGOR. — Alrededor de una celda.
DENEIEFF. — ¿En un convento?
YEGOR. — Llamémosle convento, provisionalmente.
DENEIEFF. — ¡Ah!...
YEGOR. — Gracias, doctor Deneieff. Verdad que ese viaje vino a desarrollar facultades innatas. Sí. Cuando yo era niño iba a detenerme, no sé por qué, frente a la jaula que encerraba en el zoológico a los leones. Son magníficos, ¿verdad? No atacan sino para subsistir. Obedecen a una exigencia de la vida.
DENEIEFF. — Así es.
YEGOR. — Me atraía uno de ellos, de soberbia pujanza. La fiera admirable iba y venía a lo ancho de su jaula, con pasos iguales, rítmicos diría, sin cuidarse de quiénes le observábamos. Yo seguía sus movimientos como arrobado. Una vez pregunté al hombre que cuidaba a las fieras cuántas horas andaba ese león. Ocho horas, me dijo. En el colegio me habían dado un problema de aritmética. Y yo tuve la pobre idea de reducir ese espectáculo maravilloso a un mísero ejercicio de números. Verdad que era yo un niño.
DENEIEFF. — ¿Qué le dijeron a usted los números?
YEGOR. — Que ese león andaba todos los días varias leguas sin abandonar su jaula. ¿Es usted aficionado a las matemáticas celestes, doctor?
DENEIEFF. — Algo.
YEGOR.—Le propongo este problema. ¿Qué recorrido hace a cada hora de dolor el alma de la humanidad?
DENEIEFF. — ¿No es reducir el problema?
YEGOR. — O resolverlo en la imposibilidad. Ya está contestado.
DENEIEFF. — ¿Por usted?
YEGOR. — Por los dos. Y gracias por su indulgencia. Y gracias también por haberme levantado la vigilancia.
DENEIEFF. — ¿Sabía usted?
YEGOR. — Y me alegré de verdad, créamelo usted. Porque hubiera sido para mí una contrariedad tener que fusilarlo.
DENEIEFF. — ¡Eh! ¿Hubiera usted hecho eso conmigo?
YEGOR. — *(Sonriente.)* Recuerde usted qué nos dice el león. La muerte se alimenta de la vida.
DENEIEFF. — Eso es entre las fieras, capitán Mironow.
YEGOR. — *(Sonriente.)* Y entre los hombres también, doctor Deneieff. *(En voz baja.)* ¿Valemos más? *(Alto.)* Que siga usted bien, camarada. Y no estorbe usted el curso de la historia, así sea la de algunos seres pequeños, pequeños o grandes, grandes como una esperanza, y hermosa como un ideal.
(Lo empuja suavemente y le obliga a hacer mutis.)

ESCENA VII. — YEGOR y ALEJANDRA.

ALEJANDRA. — ¿Sabías?
YEGOR. — Sí. Y tuve que indicarlo como sospechoso para resguardarte. ¡Pues no es nada lo que se proponía el tal Deneieff!
ALEJANDRA. — Me supone casada con Martín...
YEGOR. —Y cree que el matrimonio no se lleva bien.
ALEJANDRA. — Por mi desamor... *(Sonríe.)* Pero, dime, Yegor, ¿cómo podía él intentar semejante cosa?
YEGOR. — Valiéndose de influencias, que yo he neutralizado.
ALEJANDRA. — ¿Así se vive en Rusia?
YEGOR. — Desde hace rato, camarada. No lo olvides, Ana Prilicoff. ¿Y Senia Fomin? *(Sonríe.)*
ALEJANDRA. — Aquí estaba hace un momento. *(Una pausa.)*
YEGOR. — Te miro con asombro, Sacha, Sachurka. Sí. Te veo como en una aureola.
ALEJANDRA. — ¡A mí!
YEGOR. — Recuerda: *(Bajando mucho la voz.)* "Por la entereza de tus mujeres."
ALEJANDRA. — Así dice nuestra oración.
YEGOR. — Y tú no la desmientes. ¡Te veo tan valerosa, tan sufrida. Sacha, mi Sachurka! Después de la guerra, esto.
ALEJANDRA. — El dolor me conoce. Sin embargo, aquí es llevadero. Este hospital es menos triste que otros. Los enfermos son dóciles.
YEGOR. — ¿Y los sanos?
ALEJANDRA. — *(Sonriendo.)* No se parecen al doctor Deneieff.

ESCENA VIII. — DICHOS y TATIANA.

TATIANA. — *(Por el foro, derecha.)* A Dios gracias.
YEGOR. — Senia Fomin, he preguntado por ti.
TATIANA. — Se agradece. ¿Has visto a Martín?
YEGOR. — A entrevistarme con él vengo.
ALEJANDRA. — ¿Para nuestro viaje?
YEGOR. — Te noto algo inquieta, Sacha.
TATIANA. — Yo también lo estoy.
YEGOR. — Pronto, muy pronto será la liberación.
TATIANA. — ¡Dios lo quiera!
(Chane y un hombre barbado, por el foro, izquierda.)

ESCENA IX. — DICHOS y CHANE.

YEGOR. — ¡Chane! Tanto bueno.
CHANE. — *(Riendo, hace la venia.)* A la orden, camarada capitán. *(Al hombre barbado.)* Voy en seguida. Espérame ahí. *(Le indica la puerta de la izquierda. Luego a Yegor, riendo.)* Es mi marido.
ALEJANDRA. — ¿Cómo?...
TATIANA. — Pero ¿no es tu cuñado?
CHANE. — Lo era esta mañana.
YEGOR. — A ver; cuéntanos eso.
CHANE. — Pues es muy sencillo. Me casé con él esta tarde.
YEGOR. — Más claro.
CHANE. — Mi marido y yo nos queremos mucho.
YEGOR. — ¡No digas!
CHANE. — A él le gustaba su cuñada. A mí me gustaba su hermano. ¿Verdad que es interesante?
ALEJANDRA. — Muy interesante.

Espacio para encuadernar

CHANE. — Pues fuimos los cuatro al registro. Tuvimos que hacer cola y esperar.
YEGOR. — ¿Mucha gente deseando lo mismo?
CHANE. — Y nos divorciamos. Después, para no perder el turno, nos hicimos casar allí mismo.
YEGOR. — ¿Tú con tu cuñado?
CHANE. — Y mi marido con su cuñada. ¿No es interesante?
YEGOR. — ¡Mucho!
CHANE. — Ya hacía dos meses que vivíamos juntos mi marido y yo.
YEGOR. — ¿El de esta mañana?
CHANE. — ¡Oh, el primero está lejos, lejos!... *(Ríen.)* No íbamos a ser nosotras menos que las señoras de la pantalla.
YEGOR. — ¿Menos qué?
CHANE. — Hombre..., menos independientes.
YEGOR. — ¿Se llama así ahora eso?
CHANE. — ¡Camarada capitán!
YEGOR. — Camarada...
CHANE. — ¿Quiere que pida su mano?
YEGOR. — Estoy comprometido. Tengo que casarme hoy con una.
CHANE. — ¿Y mañana?
YEGOR. — Con otra.
CHANE. — ¿Y pasado?
YEGOR. — Con dos.
CHANE. — Es mucho esperar. Camarada capitán, a la orden. Y a la compañía. *(Inicia el mutis.)* (1)
YEGOR. — Y de ser posible, modera la afición a eso que tú llamas independencia.
ALEJANDRA. — ¿Así se vive hoy en Rusia?
YEGOR. — Así.
ALEJANDRA. — Voy a respirar un poco. *(Vase por foro, derecha.)*

ESCENA X. — YEGOR y TATIANA.

TATIANA. — *(Indicando la puerta por donde se fué Chane.)* ¿Te gusta eso?
YEGOR. — Es un animalito gracioso. Todo instinto. Me divierte.
TATIANA. — Pues ahí lo tienes, al alcance de la mano.
YEGOR. — Pensar que esa le tenía miedo a los hombres. ¿Cómo ha venido a dar en enfermera?
TATIANA. — ¡Qué sé yo!
YEGOR. — ¿Quieres que te diga una cosa, Senia Fomin?
TATIANA. — No la digas, Yegor Mironow.
YEGOR. — Pues ahí va.
TATIANA. — No la digas.
YEGOR. — ¿De modo que te vas?
TATIANA. — Eso no es decir una cosa, sino preguntar otra.
YEGOR. — Es la misma. ¿Te vas, Senia Fomin?
TATIANA. — No.
YEGOR. — ¿Te quedas?
TATIANA. — Tampoco.
YEGOR. — ¿No te vas ni te quedas? A ver: explícame esa charada.
TATIANA. — Pues está muy claro. Me preguntas: "¿Te vas, Senia Fomin?" Y yo contesto: "No." Luego me preguntas: "¿Te quedas?"...
YEGOR. — Y tú respondes: "No." Y yo digo que las dos cosas son imposibles. O te marchas o te quedas.
TATIANA. — Según se mire, me voy y me quedo.
YEGOR. — Explícame eso.
TATIANA. — Mañana, yéndome yo — Tatiana Mallavin — dejo aquí para siempre jamás, a Senia Fomin. Ella es la que se queda, o, mejor, se desvanece. ¿Lo entiendes ahora?
YEGOR. — Está claro. Tienes razón. Viajarás. Irás a París, a Italia.
TATIANA. — ¿Has estado en Venecia, Yegor? *(Yegor responde a esta pregunta con una carcajada. Tatiana algo cortada.)* ¿Encuentras tan chistosa mi pregunta?
YEGOR. — *(Riendo.)* Verás. Un día, conversando con una mujer...

(1) Esta escena pareció arbitraria en algunos sectores críticos. He aquí el documento que da validez a su contenido histórico: "Deux frères communistes du nom Teslenke se présentèrent, accompagnés de leurs femmes réciproques. Les deux ménages déclarèrent vouloir divorcer. Ils reçurent leur certificat de divorce en un quart d'heure. De suite, pour ne pas perdre leur place dans la file des gens attendant leur tour ils déclarèrent vouloir épouser chacun la ci-devant femme de son frère. C'était simplement un échange de femmes légitimes.
Je m'approchai d'eux aussitot apres ce mariage civil en leur demandant la cause de cet échange. Alors, le plus tranquillement du monde, comme s'il s'agissait de la chose la plus naturelle, ils me répondirent: "Nous cohabitions avec nos femmes déja depuis deux mois. Cela començait a nous ennuyer. Alors, pour changer et varier nos plaisirs, nous avons fait l'échange." *Joseph Douillet — ancien Consul de Belgique en Russie — "Moscou sans voiles"*, pág. 128-29. Douillet vivió veintiséis años en la Rusia de los zares y nueve bajo el régimen de los soviets.

TATIANA. — ¿Señora?
YEGOR. — No.
TATIANA. — ¿Señorita?
YEGOR. — Mujer, y muy mujer. Era una deportada.
TATIANA. — ¡Ah!...
YEGOR. — Me refería impresiones de viaje. "En Venecia — me dijo — estuve tres noches con mi amante." ¿Y los días de esas noches no los pasaste en Venecia? — le pregunté. "¡Oh! — contestó ella. De día íbamos a ver museos, a visitar palacios: eso no cuenta." Para ella sólo contaba...
TATIANA. — *(Interrumpiéndolo.)* ¡Enterada!
YEGOR. — Eso mismo.
TATIANA. — ¿Evoca otros recuerdos de Venecia?
YEGOR. — Personales, ninguno, Senia.
TATIANA. — ¿Qué era tu pregunta?
YEGOR. — Se me hace difícil. ¡Caramba! Es que tienes una manera de truncar las frases.
TATIANA. — ¿Te intimido?
YEGOR. — Mira, sí; lo confieso.
TATIANA. — ¿De modo que te has vuelto tímido?
YEGOR. — *(Exagerado.)* ¡Compadéceme!
TATIANA. — *(En el mismo tono.)* ¡Pobrecito! *(Ambos ríen.)*
YEGOR. — Si yo no fuese tímido, si yo me atreviera...
TATIANA. — ¿Qué?
YEGOR. — Te tomaría de las manos así *(Le toma las manos.)* y te diría bajito: Te quiero, Tatiana. Después, tomaría tu cabeza entre mis manos *(Ejecuta.)* con mucho cariño, te besaría así *(La besa.)* Pero como soy tímido, no me atrevo. ¡Qué le vamos a hacer!
TATIANA. — *(Con dulzura.)* Es una lástima, Valodia. Porque mira, si tú me tomases de las manos así *(Le toma las manos.)* y me besaras de este modo *(Lo besa.)* acaso yo... Pero como no te atreves... ¡Que le vamos a hacer!
YEGOR. — / TATIANA. — *(A un tiempo.)* { ¡Tatiana! / ¡Valodia!
TATIANA. — ¿Has estado en Venecia?
YEGOR. — De día, Tatiana; siempre de día. Pero cuando vuelva...
TATIANA. — *(Imponiéndole silencio.)* ¡Yegor Mironow!
YEGOR. — Esas dos palabras acaban de precipitarme a otra realidad. Bien. Y puesto que no podemos olvidar que todavía estamos en Rusia, escúchame, Senia Fomin. No tardará en llegar Martín. Cuando venga, déjame solo con él. De lo que conversemos dependen muchas cosas.
TATIANA. — ¿Graves?
YEGOR. — Allá veremos. No dejes venir a Sacha hasta dentro de un rato largo. Luego dile que la espero aquí.
TATIANA. — ¿Se puede saber?
MARTÍN. — *(Por la izquierda, primer término.)* Buenas tardes.
TATIANA. — Muy buenas, Martín.
MARTÍN. — *(A Tatiana.)* Dígale a Sacha, se lo suplico, que todo quedó arreglado para el viaje de ustedes.
TATIANA. — Voy. Gracias, Martín. Hasta luego.
YEGOR. — Hasta muy pronto.
(Vase Tatiana, fondo derecha.)

ESCENA XI. — YEGOR Y MARTIN

YEGOR. — Al fin llegas.
MARTÍN. — ¿Te pareció larga mi ausencia?
YEGOR. — Un poco.
MARTÍN. — He tenido que arreglar otro asunto. Aquí están los documentos de Sacha y de Tatiana. El viaje ha de ser mañana. *(Mirándolo atentamente.)* ¿Lo tuyo?
YEGOR. — Todo listo.
MARTÍN. — ¿Todo?
YEGOR. — Sí.
MARTÍN. — ¿Irás de uniforme?
YEGOR. — Hasta donde sea prudente. En mí va el ejército rojo. Como si dijéramos toda la fuerza de Rusia.
MARTÍN. — La fuerza, el dominio. *(Bajando la voz.)* ¿Y la opresión no? *(Se vuelven a oír dentro las canciones de los enfermos, pero más atenuadas. Luego van cesando a medida que avanza el diálogo.)* ¡Oyelos! Así acogen la noticia de la paz. Es necesario ver las calles céntricas de la ciudad. La muchedumbre se desborda movida por ímpetus que pueden encerrar una grave lección. Se enardecen en un miraje de paz. Frente al Palacio de Invierno los vítores tenían no sé qué de aullido. Paz, paz. Créeme, Yegor, la muchedumbre más parecía invocarla que vitorearla. ¿Lo comprenderán nuestros hombres de gobierno, Yegor? ¿Lo comprenderán?
YEGOR. — Vienes nervioso. Martín.
MARTÍN. — Un poco, no lo niego. Mira, Yegor: estamos ante una Rusia devastada y desmoralizada. Remover, transformar, sí, pero destruir...
YEGOR. — Son los tiempos, Martín.
MARTÍN. — Pero, ¿qué es esto, Yegor? ¿Es la enorme convulsión que precede al nacimiento de algo grande? ¿Debemos ver en el sacrificio una de sus leyes necesarias? ¿Tú crees esto, Yegor; tú crees esto?
YEGOR. — Todo está en la naturaleza ordenando a un fin.
MARTÍN. — Pero ¿a qué se tiende ahora? Como ayer, existen hoy oprimidos y opresores. Hoy también hay quien sufre, quien gime, quien muere.
YEGOR. — En lo humano el orden supone gobierno. Siempre habrá quien mande y quien obedezca. Desde la forma de agrupación más rudimentaria. En el clam y en la tribu. Siempre. No busquemos paridad en los componentes sociales.
MARTÍN. — Es malo que esto viniese después de la guerra, Yegor; es malo. *(Pausa breve.)* Nos afanamos tras la libertad: ¡glorificada sea ella en buena hora! Pero libertad en el deber.
YEGOR. — En el de todos.
MARTÍN. — Hemos proclamado los derechos del hombre ¿Qué adelantamos con ello? Miremos en torno. La respuesta es terrible. Más digno hubiera sido proclamar los "deberes" del hombre.
YEGOR. — De todos.
MARTÍN. — Comprendo, Yegor. Los poderosos no fueron inteligentes; la plutocracia fué torpe y sensual.
YEGOR. — ¡Por ahí! ¡Por ahí! ¿Qué han hecho juntos para evitar esto?
MARTÍN. — Han pecado contra el espíritu.
YEGOR. — Para darle gusto a la carne.
MARTÍN. — Y se precipitaron en su propio egoísmo. Pero ahora, Yegor, es necesario ver en nuestros semejantes almas, no cosas, almas, Yegor, almas.
YEGOR. — Nada cambia; todo se repite.
MARTÍN. — ¡Y todo se desvanece! *(Con rabia.)*
YEGOR. — Esas palabras me llenarían de asombro si yo no conociera la causa que las dicta.
MARTÍN. — ¿Qué quierse decir, Yegor?
YEGOR. — Trata de serenarte. Es necesario hablar de nosotros, o, más concretamente, de ti.
MARTÍN. — No comprendo.
YEGOR. — Martín, de hombre a hombre, óyeme bien: de hombre a hombre. ¿Cuáles son tus proyectos?
MARTÍN. — No los tengo.
YEGOR. — No, Martín, no es esa la respuesta que yo espero de ti. ¿Qué te propones?
MARTÍN. — ¿Qué me propongo?
YEGOR. — Sí. Sacha y Tatiana se van. Yo las acompaño. ¿Y tú?
MARTÍN. — ¿Qué me quieres preguntar, Yegor Mironow?
YEGOR. — ¿Qué te propones ocultarme, Martín Prillicoff?
MARTÍN. — Nada.
YEGOR. — ¿Vienes con nosotros?
MARTÍN. — No puedo.
YEGOR. — ¿Qué te retiene aquí? Estás solo. Eres libre. ¿Tu ciencia? La servirás mejor en una atmósfera más grata. ¿Luego?
MARTÍN. — No puedo.
YEGOR. — ¿Es tu última palabra?
MARTÍN. — Sí, Yegor.
YEGOR. — Está bien. Tu negativa modifica un poco mi plan. ¿Tú sales esta noche?
MARTÍN. — Voy a Moscú. He pedido traslado. Ya lo comprenderás: no deseo quedarme aquí...
YEGOR. — Sí; los recuerdos. Sólo nos resta hablar de nuestra despedida. Definitiva respecto a Sacha y a Tatiana. Lo que a mí se refiere...
MARTÍN. — *(Cortándole la frase.)* También será definitivo.
YEGOR. — *(Enérgico.)* Dejo Petrogrado por breve temporada.
MARTÍN. — *(Afirmativo.)* Abandonas Petrogrado para siempre.
YEGOR. — ¡Martín Prillicoff!
MARTÍN. — Vladimiro Ivanowsky! *(Se miran como escrutándose.)*
YEGOR. — ¿Qué sabes tú de lo que yo haré en lo futuro?
MARTÍN. — *(Secamente.)* Una vez más: que huyes de Rusia.
YEGOR. — ¿Quién te dijo eso?
MARTÍN. — Mi instinto de adivinación. Como otras veces. Y sospecho que no te vas pobre.
YEGOR. — Hubiera sido una estupidez. He rescatado para mí algo de lo mucho que la revolución arrebató a los míos. Me hablas como un rival, como un enemigo.
MARTÍN. — *(Se pasa la mano por la frente.)* No. Yo no puedo ser tu enemigo, Yegor. Nunca, en ningún caso. Nos unen horas inolvidables. En grado diverso hemos sufrido tú y yo un instante supremo. Uno de esos instantes que bastan por sí solos para colmar una vida y hacerla desbordar.
YEGOR. — ¿Aludes...?
MARTÍN. — Tú me has comprendido. Lo veo en tu mirada.
YEGOR. — ¿Te refieres a mi encuentro con Sacha?

MARTÍN. — Lo he visto escrito en tus ojos, Yegor.

YEGOR. — ¿A qué recordarlo ahora?

MARTÍN. — Yegor. De hombre a hombre. *(Bajando la voz, con tono ronco, ahogado por la emoción.)* Tú no hubieras permitido que Sacha fuese a la muralla.

YEGOR. — *(Dominado por la emoción, le toma las manos, las oprime, acercándose mucho a Martín. Una pausa.)*

MARTÍN. — Dos hombres que pasaron por la eternidad de esos minutos, ¿pueden tener secretos el uno para el otro? Yegor, me ha hecho mucho daño tu falta de confianza.

YEGOR. — Pero viniendo a lo tuyo, a lo de ahora, tú me has creído capaz de algo horrible, Martín. Te perdono porque sufres. No me conoces, o me conoces mal. Confundes en uno solo a Yegor Mironow y a Vladimiro Ivanowsky. Es esta la primera vez que te veo desfallecer. Has creído que yo podía... Tu dolor debe ser muy grande para que llegaras a ofuscarte hasta ese extremo.

MARTÍN. — Yegor...

YEGOR. — Soy un soldado. Obtengo una licencia para acompañar a la que todos suponen tu mujer y a la que será mía.

MARTÍN. — ¿Tatiana?

YEGOR. — Sí. Amo a Tatiana, como tú amas a Sacha.

MARTÍN. — *(Con un grito.)* ¡No! ¡No!... Que no se entere Sacha.

YEGOR. — ¡Pobre amigo!

MARTÍN. — Te aseguro que yo...

YEGOR. — Luego. Ahora deja que te ponga frente a ti mismo. Oyeme bien, Martín. Yo, fuera de Rusia, traiciono a la revolución, no vuelvo, me convierto en un desertor, y echo sobre mí la infamia de sacrificarte.

MARTÍN. — ¡Calla!

YEGOR. — Tú lo has dicho.

MARTÍN. — ¡Calla, calla!

YEGOR. — Caerían sobre ti por haber urdido con nosotros esta triple evasión de manos blancas.

MARTÍN. — Olvídalo, Yegor. Fué un instante de locura. Me sentí de pronto como abandonado. Te lo confieso. Olvídalo.

YEGOR. — Ya está olvidado. ¿Vas con nosotros?

MARTÍN. — No, Yegor. La vida nos separa, hoy como ayer.

YEGOR. — Te equivocas. A mi vez te digo: mira en torno. Es todo un mundo que se desmorona. Yo he resurgido de sus ruinas. ¿Por qué no podrías tú nacer de ellas? A mí nada me será extraño. Otros dijeron: alcurnia, nobleza, raza. La vida entera responde: ¡humanidad, Dios! Lo dice un hombre que ha pecado mucho y que no ha sufrido poco. Martín: te abro mis brazos. Acepta mi ofrecimiento. Por el recuerdo que nos une en las horas de dolor.

MARTÍN. — No puedo. Soy Martinko, hijo de siervos.

YEGOR. — ¿Ante quién?

MARTÍN. — Ante mí mismo.

YEGOR. — Ya no existen siervos ni señores. Ofendes lo más noble de tu vida rebajando tus sentimientos.

MARTÍN. — No puede ser, Yegor. No puede ser.

YEGOR. — ¿Y resuelves?

MARTÍN. — Aceptar mi sacrificio.

YEGOR. — Conoces mal a los Ivanowsky. Volveré.

MARTÍN. — No debes hacerlo.

YEGOR. — Tú me obligas. Pero ya no se trata ni de ti ni de mí. ¿Has olvidado a Sacha? Crees conocerla. Pronuncia tú una palabra, una sola, y verás qué hace ella.

MARTÍN. — Me das miedo, Yegor.

YEGOR. — También me lo causas tú a mí. Sacha renunciará a salvarse si descubre que su viaje te expone...

MARTÍN. — ¡Calla! *(Una pausa.)* ¡Calla!... Escucha, Yegor. Tú sabes que yo no te engaño. Te lo juro por la salvación de mi alma. Puedes irte en la seguridad que yo cumpliré mi palabra. Acompaña a Sacha y sé feliz con Tatiana.

YEGOR. — ¿Y tú?

MARTÍN. — Yo..., yo también saldré de Rusia muy pronto. Tú sabes que no me lo impiden. Iré a... ¡qué sé yo! Lo esencial es esto: no dejaré que castiguen en mí tu libertad, ni la de Tatiana ni la de Sacha... *(Ahogado por la emoción.)*

YEGOR. — ¿Está prometido?

MARTÍN. — Está jurado. *(Una pausa.)*

YEGOR.—*(Dominado apenas su emoción.)* En mi largo andar he sentido respeto por algunos hombres. Admiración, por muy pocos. *(Tomándole las manos, profundamente conmovido.)* Martín..., si tu fueses hermano mío, yo me sentiría orgulloso de ti.

MARTÍN. — Gracias, Yegor. Has dicho lo que más podía llegar a mi corazón.

YEGOR. — Se te llenan de lágrimas los ojos, Martín.

MARTÍN. — También tú, Yegor.

YEGOR. — ¡Y como las tuyas, brotan del alma!

MARTÍN. — Hermano...

YEGOR. — Hermano. *(Breve pausa. Viendo venir a Alejandra.)* Ahí viene Sacha. Con ella te dejo. Despídete si puedes. *(Vase rápido. Por el foro Alejandra.)*

ESCENA XII. — MARTÍN y ALEJANDRA.

ALEJANDRA. — Martín... Necesito hablar con usted.

MARTÍN. — Yo también, si usted lo permite.

ALEJANDRA. — Le escucho.

MARTÍN. — Pero usted dijo...

ALEJANDRA. — No. Usted primero, Martín.

MARTÍN. — Ustedes saldrán mañana de Rusia.

ALEJANDRA. — ¿Mañana? ¿No se dijo que nos iríamos pasado mañana?

MARTÍN. — Es preciso. La noticia de la paz lo absorbe todo en su propia exaltación. Urge aprovechar estas horas.

ALEJANDRA. — ¿Mañana?

MARTÍN. — Al despuntar el día. Yegor irá con ustedes. Su propósito es dejarlas en Finlandia. Una vez allí... *(Dominando su emoción.)* Quedan ustedes libres.

ALEJANDRA. — ¡Libres!

MARTÍN. — Y mi pequeña misión ha terminado. Entregué a Yegor el salvoconducto de usted y *(Sonriendo.)* el de Sonia Fomin. La seguridad legal.

ALEJANDRA. — Ha hecho usted mucho por mí, por nosotras.

MARTÍN. — No hice bastante, puesto que no he sabido evitarle a usted la angustia de vivir aquí muchos meses. De esto quería hablarle, precisamente.

ALEJANDRA. — Le escucho, Martín.

MARTÍN. — Yo no la veré mañana... *(Ahogando la emoción.)* cuando se vaya usted de aquí para siempre. No la veré partir.

ALEJANDRA. — ¿Por qué, Martín?

MARTÍN. — Yo también abandono Petrogrado. Esta noche. *(Un silencio.)* Y sería muy penoso para mí irme sin saber que usted me perdona.

ALEJANDRA. — ¿Perdonarle? *(Le interroga con la mirada.)*

MARTÍN. — Su delicadeza debe haber sufrido mucho entre estas paredes. Créame que yo no fuí insensible a su angustia. La situación de usted, el haber tenido que admitir siquiera la apariencia... Perdóneme usted. No había otro medio para resguardarla del peligro que la rodea. *(Lento, con voz entrecortada.)* Pronto volverá a recobrar usted su personalidad. Su rango. Hace tres días, al saber que se firmaría la paz, me sentí otro hombre al pensar que iba a terminar su cautiverio. Algo atenúan mi mortificación las condiciones en que se firma ese tratado.

ALEJANDRA. — Es un nuevo triunfo de la revolución.

MARTÍN. — El ejército a merced de los insurrectos.

ALEJANDRA. — Y de haber ido nosotras a la Cruz Roja estaríamos hoy más expuestas que nunca. Sólo verían en Tatiana y en mí a las aborrecidas manos blancas.

MARTÍN. — Acaso esto me justifique a sus ojos y me permita esperar que no lleve usted de mí un recuerdo demasiado ingrato. *(Pausa.)*

ALEJANDRA.— Continúe, Martín. Lo escucho, necesito escucharlo.

MARTÍN. — Es todo, Sa...

ALEJANDRA.—"Sacha", dígalo usted, Martín, "Sacha".

MARTÍN. — *(Tras un breve silencio.)* ¿No se ofende usted si le digo qué impresión acaban de producir en mí sus palabras?

ALEJANDRA. — No, Martín; hable. No me oculte nada.

MARTÍN. — Su voz tiene la misma inflexión que tenía cuando se acercó usted a la camilla del soldado herido... El mismo acento... El mismo temblor de humanidad...

ALEJANDRA. — ¿Por qué no me dijo usted quién era? ¿Por qué no se dió usted a conocer?

MARTÍN. — Temí que se desvaneciera lo que había de inefable en su piedad.

ALEJANDRA. — ¿Tan a lo hondo llegaron mis palabras?

MARTÍN. — Fué... como si Dios enviase a mi alma un destello de infinito. *(Se miran dominados por el sentimiento que los embarga.)*

ALEJANDRA. — De infinito... ¿Por qué no le vi después?

MARTÍN. — Me trasladaron a una aldea cercana. No había sitio para mí donde se hallaba usted. Nuestro ejército había sufrido muchas bajas. Me auxiliaron como pudieron. Unos jergones en el suelo. Como a otros. Sin distinción. El dolor eso tiene. Nivela y confunde. La fiebre me devoraba. Y en medio de mi infortunio...

ALEJANDRA. — ¡No se interrumpa! Hable, continúe, Martín.

MARTÍN. — Y en medio de mi infortunio, la mayor de las dichas, el premio más alto. ¡Ah, por qué desperté! Allí, junto a mi lecho, anónimo la vi a usted. Fué una aparición deslumbradora. La vi y escuché su voz, Sacha. Me habló usted con dulzura, a mí, a mí, Sacha, al hombre de la estepa.

ALEJANDRA. — ¡Martín!

MARTÍN.—Luego desperté. Me repuse. Pero hay en mí desde entonces algo nuevo. No sé. Perdóneme usted, Sacha. Algo... no sé. Cuando me restablecí, no quisieron enviarme a las líneas de fuego. Hacían falta médicos. Me mandaron lejos. Luego volví a Petrogrado. Aquí me sorprendió el primer estallido de la revolución. Sabía que se hallaba usted cerca de Soyskine, y corrí allá, como impulsado por una fuerza misteriosa. ¿Quién me inspiraba? Tuve miedo, miedo. Lo adiviné todo. ¡qué digo adivinar!, vi claramente, con la visión que trae a plenitud de presencia lo que está por ser, en toda su realidad, en todo su espanto... ¡Ah, Sacha, es horrible, es horrible! Pero hoy esa pesadilla se desvanece al recobrar usted su libertad. Es mi premio. Esto quería decirle, Sacha, esto. *(Una pausa.)*

ALEJANDRA. — Le debo a usted algo más que la vida.

MARTÍN. — He cumplido con mi deber. ¡Sacha! Cree usted... No, no.

ALEJANDRA. — Dígalo, complete su pensamiento.

MARTÍN. — Si lo juzga absurdo, no me lo diga, déjeme creerlo, déjeme creerlo. ¿Quién habló en mí cuando fuí a su encuentro mientras la revolución comenzaba a desmoronar la Rusia de los dominadores? Una vibración indefinible sacudió todo mi ser. Pensé en mis muertos. Vi a mi madre. Me sentí multiplicado y corrí hacia usted, como si ella me lo mandara, corrí, corrí como un inspirado, sí, Sacha, como un inspirado. Algo extraño hablaba en mi alma, venido de muy lejos, algo grande de todos modos, puesto que supe adelantarme a los hechos y salvarme en el perdón de mi madre. Déjeme esta ilusión, Sacha, se lo suplico, déjeme creer que esto es verdad, déjemelo creer, Sacha. *(Pausa.)*

ALEJANDRA. — Es verdad, Martín, es verdad. Y juro ante Dios que yo siento en mí toda la pureza de su verdad, que es también mía.

MARTÍN. — Tiene que ser. Sin estas verdades, ¿qué sentido tendría para nosotros la vida? ¡Ah, Sacha, usted no sabe qué vieron estos ojos, usted no sospecha cómo sentí desgarrarse mi alma ante la locura de los hombres, usted no sospecha! La vida no es eso, la redención del pueblo no es eso. No se puede fundar la vida en la negación de la vida. Comprendo el encono, y lo admito; comprendo el furor que se desencadena, comprendo la vorágine que desborda en la locura. Todo, todo lo comprendo. Pero el crimen no cambia de nombre porque venga de los más encumbrados o de los más humillados. Mi conciencia se rebela hoy ante los míos como se sublevó ayer ante los suyos. Y protesta y gime y sangra en nombre de la dignidad humana. La sangre de los inocentes no redime, la sangre de los débiles no redime, la sangre de las mujeres no redime. Y el horror de otros sacrilegios. ¡Ah, y son hombres, nacidos de vientre de mujer, y tienen madre! Perdónelos usted en mí, Sacha, perdónelos en nombre de todas las madres dos veces sacrificadas. *(Alejandra está demudada, inmóvil, presa de una congoja que le impide hablar.)*

ALEJANDRA. — Martín..., yo soy quien suplica ser perdonada por usted. Yo, Martín, yo.

MARTÍN. — ¡Sacha! ¿Qué dice usted?

ALEJANDRA. — *(Con voz muy suave, velada por la emoción.)* Sí, Martín, perdóneme usted, se lo suplico. Ha hecho usted de mí otra persona. Creo que mi alma ha vuelto a nacer. Me ha revelado usted a mí misma.

MARTÍN. — Acaba usted de pronunciar palabras muy bellas y muy generosas. No las olvidaré, Sacha. Una luz de humanidad se dulcifica en sus ojos. Es mi premio. El mayor de todos. Ahora podemos despedirnos. Adiós, Sacha. ¿Me concede el honor de estrechar su mano? *(Alejandra le tiende la mano y Martín vacila antes de estrecharla. Luego la toma y mientras se arrodilla, besa la diestra de Alejandra. Al quedar junto a ella, Alejandra hace el ademán de acariciarle la cabeza con la mano izquierda. Luego Martín se incorpora.)* Adiós, Sacha.

ALEJANDRA. — Adiós, Martín.

(Aparecen Yegor y Tatiana por el fondo.)

MARTÍN. — *(Se detiene a saludar a Tatiana. Mientras le besa la mano.)*

YEGOR. — *(Rápido, le dice a Alejandra en voz baja.)* ¿Sabes adónde va ese hombre? Hacia la muerte.

ALEJANDRA.—*(Con un grito.)* ¡No! ¡Martín! *(Martín, que había iniciado el mutis, se detiene, volviéndose para mirar a Alejandra. Alejandra ahogando un sollozo.)* Martín. Mírame, ¿qué te dicen mis ojos? ¿Qué te dicen?

(Quedan así frente el uno al otro. Luego Alejandra se arroja en los brazos de Martín.)

MARTÍN. — ¡Sachurka!

TELON

Espacio para encuadernar

Los últimos Rosales

(Continuación de la página 47)

apreciar su labor, lo invitó a que con su madre y las muchachas lo acompañara durante algunas semanas.

No estaba conforme con aquellos excesos el viejo don León; se le ocurría así que sus hijos no "habían salido como él", prudentes y cautos. Marchaban demasiado a prisa, especialmente el mayor, cuyo impulso sin medida podía conducirlo quién sabe adónde.

Lisandro "no había nacido para el trabajo" — según se esmeraba en repetirlo a cada instante, — y además, como si no fuera poco, "el campo le reventaba"...

Nada le dijeron al viejo León de aquella "bala perdida" que era Pancho, el menor de todos. En París seguía "haciendo de las suyas" y con una regularidad casi matemática llegaban desde el otro lado del mar los motivos de sus "proezas".

Don León llegó a "Los Cardales" y se asombró; por momentos le pareció que estaba soñando, y aun contra sí mismo, comprendió que su hijo había realizado una obra grande y audaz.

— Hay mucha cosa inútil — dijo por decir algo, — pero te felicito, hijo...

Y luego, como si pensara en los muchos pesos allí "enterrados", agregó:

— ¡Que Dios te ayude, hijo, y te permita darte vuelta en esta montaña que te has echado encima!

— Tenemos que suponer que así será...

— ¡Que Dios lo quiera! Pero esto es mucho..., mucho...

Don León evocaba su vieja estancia criolla, aquella "Loma Blanca" con que enfrentara la vida en sus años juveniles:

— No era necesario más... Una casa, unos ranchos, algunos jagüeles y hacienda en los campos... Ya ves. Yo me hice así... ¡Yo gané de ese modo la fortuna!

— ¡Los tiempos cambian, viejo!

— ¡Mientras no sea para peor!...

(Continúa en el próximo número)

Rulito y Blas

(Continuación de la página 28)

ser amable con su madrastra.

"Ésta cayó enferma y sólo podía comer pescado; pero el pescado era difícil o imposible de obtener aquel invierno; entonces Lan se encaminó una noche a un lago helado, y respiró sobre el hielo durante un largo rato hasta que logró hacer un agujero, por el que logró atrapar varios peces que alegremente llevó a casa de la madrastra.

"Un gran poeta de aquella época que tuvo conocimiento de esta extraordinaria buena acción, escribió un poema inmortalizando la bondad de Lan."

UN BUEN HIJO

"Sa-Su era un hijo muy respetuoso con sus padres, a pesar de que éstos no le amaban mucho a él. Un día su padre, colérico, le empujó; el niño cayó a un pozo y los hermanos comenzaron a echarle piedras, pero él consiguió salir de allí. Ocultóse a llorar tal injusticia en una cuadra, a la cual los hermanos prendieron fuego; pero también pudo escapar milagrosamente.

"A pesar de tan malos tratos, Sa-Su atendía incesantemente a todos los menesteres de la finca, ya pescando en el río, arando la tierra, procurando leñas en el bosque, ocupándose, en fin, en todas las faenas necesarias para tener bien provista la casa.

"La noticia de su inagotable bondad llegó a oídos del emperador, que lo eligió para esposo de su hija.

"Más tarde el emperador falleció y ocupó el trono el hombre que sabiendo tener paciencia y bondad gobernó su país, siendo amado por todo el pueblo."

EL INCONSTANTE

"Un niño llegó un día a su casa y dijo a la madre:

"—Me ha dicho el maestro que no debo volver a la escuela, pues no me queda ya nada que aprender.

"—Bueno — dijo la madre; — si has terminado ya tus estudios, será cuestión de que elijas oficio.

"—Quiero ser afilador — dijo el niño, y desde ese día recorrió con su amo y la piedra de afilar las ciudades.

"Pero llegó el invierno y el frío le hizo cambiar de oficio.

"—Seré sastre — dijo. — ¡Ese oficio me gusta!

"Abandonó, pues, al afilador y fuése con el sastre. Pero otra vez volvió a sentirse descontento de su oficio.

"—Es horrible — se dijo — estar sentado todo el día; además, el calor de la plancha es insoportable. No, no; buscaré otro trabajo. — Y se fué.

"Esa misma tarde vió pasar un batallón de soldados. ¡Oh, cuán gallardos eran y qué vistosos los uniformes!

"—¡Yo quiero ser soldado!

"No tardó mucho en engancharse; pero muy pronto se fatigó.

"Las maniobras, las marchas, las instrucciones, el trabajo continuo, no le agradaron. Aquello no era la fácil vida de grandeza y de gloria que él había imaginado. Para ser buen soldado hay que tener disciplina; además, hay que ser constante y ordenado, llevar con orgullo el uniforme limpio, todo aquello que enjaeza al caballo, lustrado y pulido. ¡Cuántas veces tuvo que montar guardia, por la noche, cansado de las tareas del día!

"Pero esta vez no pudo marcharse; había firmado su compromiso con la patria por siete años; así que por la fuerza tuvo que cumplirlos.

"Trató de sobrellevarlos, trabajando lo menos y descansando lo más.

"Cumplidos los años de servicio, pensó en volver a su pueblo, y así lo hizo.

"Una vez allí oyó decir que un campesino necesitaba un hombre para recoger cosechas y se apresuró a solicitar el puesto; pero el labriego lo miró de arriba abajo, le preguntó qué clase de trabajo sabía realizar; él le enumeró todo lo que había pretendido hacer.

"—Puedo servir casi para todo — dijo con orgullo mal entendido. — ¡He sido afilador, sastre y soldado!

"—No — le repuso el labriego, — no sirves para nada; no eres el hombre que yo necesito; quiero un hombre constante en su trabajo. Si tú fueras así, no habrías comenzado tantos oficios, sin seguir ninguno. No me sirves.

"Y así anduvo de aquí para allá, oyendo siempre la misma respuesta, sin encontrar quien quisiera poner a prueba a un hombre que había aprendido un poco de cada cosa, sin saber nada bien. Y así se pasaron los años, sin conseguir encontrar jamás un sitio donde establecer su inconstancia."

— Bellas historias todas las que Roque nos ha leído, dije a mis hijos. — La primera nos enseña cómo un hijo supo sacrificarse por salvar la vida del padre, cuya utilidad salvara del hambre a la madre y a los hermanos.

La segunda prueba que el oro no se encuentra vagando, sino trabajando.

La tercera es la abnegación filial.

La cuarta es la demostración evidente de que la bondad todo lo logra.

Es la quinta una demostración de respeto y paciencia bien premiados.

Y la sexta nos enseña *que jamás el inconstante llega a ningún puesto; en cambio, el camino de la constancia es el que conduce a los verdaderos triunfos.*

FIN



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

MAL HUMOR

Muchas veces estamos de mal humor. Cada uno sabe por qué estados pasa su alma; qué altos y bajos son los del camino; qué desazones nos sacuden; qué angustias nos torturan...; pero el prójimo no lo sabe. No es, pues, justo que él pague nuestro mal humor por muy justificado que él sea. Damos sin querer una respuesta agria a quien no la merece.

La pasión, el despecho, el desencanto, pueden llevarnos a extremos muy lamentables si no sabemos reprimir el mal humor que ese estado de ánimo nos causa. ¿Por qué hemos de hacer víctimas a nuestros familiares con manifestaciones o palabras descorteses, si ellos no tienen la culpa de lo que por dentro llevamos en el corazón, como espina lacerante?

Evitemos el mal humor. Y si no hemos logrado evitarle, justifiquémonos, encontremos pretextos para ser de nuevo dulces y amables, dignos y mansos; borremos del ánimo de los amigos, de los criados, de nuestros familiares, el desastroso efecto de nuestro mal humor.

CAMBIAR DE GUSTOS

Cada vez que una persona cambia de gusto, mil se le van en contra. "¡Pero si antes pensabas todo lo contrario, pero si sostenías la tesis diversa!" Y bien, ¿qué?... Cambiamos de gustos, de efectos, de amigos, de hábitos, de vida, de pensamientos, de ropa; ¡cambiamos de todo! Es que la vida cambia. No hay contradicción más grande que la vida. Ella es la responsable de nuestro cambio.

A los veinte años se nos muestra de una manera, a los treinta de otra, y así sucesivamente. La experiencia nos modifica; la ilusión y la desilusión nos cambia; somos el azogue loco de un barómetro que sube y baja según la vida, los sentimientos o el ambiente lo quieran. La ingenuidad se agota, y no es posible pensar igual al través de ella que al través de la sapiencia, la desconfianza o la edad.

¿Por qué hacer reproches al que cambia de opinión? Si al fin y al cabo la experiencia se hace de desencantos, y no es lo mismo pensar en plena ilusión o en plena desesperanza. Es una insensibilidad permanecer atado a la opinión y tener vergüenza o reparo en modificarse.

Quien ama al que cree digno y se convence de que es un trapalón, ¿debe seguir amándole? Dignamente debe modificar su amor, cambiarle, reemplazarle. La inconsecuencia en estos casos está completamente justificada. Un sabio ha dicho que cada siete años se cambia de gustos; y es posiblemente cierto, porque siete años ya son un pedazo grande de vida, y en él hemos podido modificar y refinar los gustos.

PACIENCIA

Si queremos vivir bien tenemos que ser pacientes. Con la paciencia logramos evitarnos no pocos disgustos, no pocas malas digestiones, no pocas huellas desagradables en nuestra frente. El que va con paciencia a realizar un trabajo desagrable, le torna grato.

Cuando nos ofendan tengamos paciencia, dejemos pasar el tiempo, recapacitemos, que nuestro ofensor está también recapacitando, y no hay mejor abogado de nuestra causa que la conciencia del ofensor acosado por nuestro silencio y reducido por nuestra paciencia.

Responder pacientemente a la discusión, es ganarla. Soportar con paciencia el dolor físico, es vencerlo. Tolerar el mal con paciencia nunca agotada, es finalizarle. Ser paciente con viejos y niños, con la impertinencia de nuestros semejantes, es obligar a que nos traten con igual consideración. Cristo sembró de paciencia todos los caminos del mundo, y si no florece hoy, es porque los hombres han sembrado la impaciencia y la intolerancia; ¡zarzas en las que vamos arañándonos todos los días!

Es a las mujeres a quienes toca imponer y enseñar la paciencia...; en esa virtud todos los trabajos y todos los pesares serán llevaderos; en ese ejemplo los hijos tendrán templada el alma, fuerte el espíritu, y todas las tareas les serán simplificadas, fáciles y sencillas.

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—¿*Muchas novedades, don Giácomo?*

—Las que precisamos para el gasto. Como dice el proverbio: "alcanzando aunque no sobre..."

—*Soy de la misma opinión.*

—Así le dijo un ministro a otro antes de irse a Río, y se cambió después.

—*Venga ese plato.*

—Prefiero que empecemos con un fiambrecito, don Mandinga.

—*También me gusta, si usted me lo sirve.*

●●●

—La noche de ese homicidio tan conversado en todas partes —empieza don Giácomo— se reunieron a deliberar una media docena de caballeros en una importante residencia de Avellaneda. Por lo que me refería un amigo íntimo del dueño de casa, se trataba de arreglar las cosas a fin de imprimirle al aludido suceso policial la trascendencia de un asesinato político. Era el golpe de efecto mediante el cual resultarían "viables" los homenajes consiguientes. Pero parece que no faltó quien considerara que semejante solución equivalía a un sarcasmo. Iba a resultar peor el remedio que la enfermedad. Y hubo que desistir de ese propósito, afortunadamente, como que de haberse fabricado "el asesinato político" se habrían abultado considerablemente las proporciones del homenaje."



●●●

"Yo estuve, don Mandinga. Estuve como cualquier hijo de vecino, en el montón, para sintonizar mejor. Vi la efusión con que cierto diputado nacional transmitía sus condolencias a un importante y popular "pasador de juego" de La Plata. Y supe —¡lo que son las cosas! — que entre los "voluntarios" del comité uno había pretendido hacer uso de la palabra, adjudicándose la representación del gobierno de la provincia, deseo sin duda estimulado por el envío de una corona que, francamente, ellos mismos no esperaban. ¡Costó un trabajo bárbaro disuadirlo!... Imagínese que hicieron valer para el caso una "orden terminante" de don Alberto..."



●●●

"Ahora pasemos al orden internacional, como dicen los periodistas. ¿Estaban tan mal nuestras relaciones con el Brasil, tan abandonadas, tan desquiciadas, que necesitábamos suscribir nada menos que diez tratados para tonificarlas y restablecerlas?... Quien se formulaba esta pregunta los otros días en rueda de políticos amigos era el senador que todos conocemos, adversario irreducible del ministro Saavedra Lamas, a quien habría vapuleado de lo lindo a estas horas, si el Congreso funcionara. En la tertulia a que me refiero dominaba, por lo que he sabido, la impresión de que pocas veces en la historia de nuestras relaciones internacionales había sido mayor y más evidente la desproporción entre las negociaciones que se emprenden y los beneficios que se obtienen. ¡Así va el mundo, don Mandinga!..."

●●●

"En honor a la verdad —siguió diciendo don Giácomo— parece que hubo algunas embestidas contra el ministro en los últimos acuerdos de gabinete. Uno de sus colegas, que había empeñado su palabra de honor de que la industria yerbatera no sería "víctima" de ningún tratado, llegó hasta formular una "expresión de agravios", reforzada por las impugnaciones del secretario de Hacienda en cuanto al utópico provecho económico de algunos aspectos del tratado. Después se ha sabido que abundaron las explicaciones ceremoniosas, pero la tormenta está en el ambiente, como está en el ánimo del primer magistrado evitar todo rozamiento. Considere que son cuatro contra uno..."



●●●

"Se habló de política hasta aburrirse en una residencia del Norte, donde se le ofrecía una recepción a un poeta extranjero, que entre paréntesis, y por razones de fuerza mayor, no pudo concurrir. En cambio, la tertulia se vió animada por la presencia de una media docena de "eminencias" radicales, entre quienes no falta un ex presidente que sabe en la intimidad desnudar con gracias a los adversarios políticos."



●●●

"Entre las "reparaciones de efecto" del gobierno provisional, al poco tiempo de producirse la revolución —agrega don Giácomo— se ordenó a una sucursal de Correos desocupar un local que había sido arrendado con contrato, vale decir que la inconsulta medida hacía tabla rasa de este último. El propietario, desde luego, "ni ebrio ni dormido", se decidió a emprender la vía judicial, para hacer respetar sus intereses, asistido por un derecho legítimo. Y he aquí que ese caprichito le sale costando ahora a la nación unos cuantos miles de pesos. ¡Dígame si es ese el modo de hacer patria!... Con el agravante de que si averiguamos quién era el dueño del local preferido entonces, a lo mejor resulta que pertenecía a uno de los prohombres que entraban a limpiar la administración."



...é ben trovato

Como la banca en el Senado nacional que persigue un importante secretario de la Casa Rosada quedará "licitable" recién en marzo del treinta y cinco, el interesado suele repetir con sospechosa frecuencia que "esa posición no le interesa".

● ●

Hay en el directorio de los yacimientos fiscales quien ante la afligente demanda de empleos, que no puede ser satisfecha, viene estudiando el modo de proyectar una "amplificación de servicios" para crear ocupación, so pretexto de combatir la competencia de las compañías particulares, que, a juicio del aludido funcionario, están perfectamente bien atendidas.

● ●

El "lío" entre dos concejales que se sobrepasaron a sí mismos en su afán de servir a la comuna, hubiera determinado una amena competencia pugilística de no intervenir a tiempo el dueño de un bar de las inmediaciones, que una vez apaciguados los ánimos, exclamó entre malhumorado y risueño: "¡A ver si me convierten esto en un Concejo Deliberante!..."

Por

El viejo Mandinga

EL FOTOGRAFO AFICIONADO

(De "The Passing Show", Londres)

De PITÁGORAS

Los perros del Nilo beben corriendo por miedo a los cocodrilos: haz tú lo mismo con los placeres.

●●●

Con orden y tiempo se encuentra el secreto de hacerlo todo, y de hacerlo todo bien.

●●●

La desgracia madura a los hombres.

●●●

No malgastes tu bien; pero guárdate de la avaricia, porque todo tiene sus límites.

PREDICCION CUMPLIDA

Luis Martín, que creía en las adivinas, animaba a Jorge Feydeau para que éste fuese a ver una "sonámbula extralúcida" realmente notable.

Aunque Feydeau era completamente incrédulo al respecto, tanto insistió su amigo, que al fin se decidió a ir a ver a la adivina.

Pocos días después el literato se encontró con Martín, y le dijo:

— He ido a ver a la adivina que me recomendó.

— ¿Y qué tal?

— ¡Prodigiosa!

— ¡Ya se lo había dicho yo! — contestó triunfalmente Martín.

— En cuanto extendió la baraja sobre la mesa, me anunció que iba a ser víctima de una estafa.

— ¿Y acertó?

— De un modo admirable. En seguida me pidió veinte francos adelantados por la consulta.

SALPICON

El dueño de casa. — ¡Por favor, amigo! Robe cuanto quiera, pero no me pierda el botón de la camisa.

(De "The Humorist", Londres)

UN TRAJE EXCELENTE

Goldstein, dueño de una tienda, está arreglando la mercadería, cuando su empleado Moisés le anuncia la visita del amigo Levy y de su hijo.

—Buenos días, Goldstein; buenos días, Moisés.

—¿Qué deseas, Levy?

—¿Qué quieres que desee viniendo con mi hijo?

—¿Ropa interior?

—No. Un traje de lana.

—Justamente, tengo lo que pides. Toma, mira éste. Traje de marinero, blanco, de pura lana, y muy barato.

—¿Cuánto?

—Por ser tú, te lo dejaré en cuarenta pesos

—¿Es fuerte?

—Eterno, Levy.

—¿Encoge?

—Tanto como la mano que lo lava...

—¿Garantido?

—Palabra de honor, Levy.

Levy compra el traje.

Ocho días después, Goldstein y Moisés se hallan sentados en la delantera del negocio. De golpe, Moisés dice:

—Mira, Goldstein. Ahí vienen Levy y su hijo. ¡Dios mío!, el traje del chico ha encogido.

Efectivamente, el borde del pantalón le llega a la mitad del muslo, y el saco arriba de la cintura. Cuando Levy se para en frente al negocio, Goldstein exclama alegremente:

—¡Oh, qué espléndida criatura! ¡Lo que ha crecido en ocho días! ¡Un verdadero gigante!

Epigrama

Al casarse Juan Cerezo
dió un aderezo a su amada,
y ella de tal aderezo
no quitaba la mirada,
lo que, observando un paciente,
le dijo a Juan: — Mal te auguro
porque a tu novia el PRESENTE
le gusta más que el FUTURO.



—Que se haya inventado la telegrafía sin hilos, está bien. Pero si se llega a inventar la telegrafía sin postes, entonces sí que estoy arreglado.

(De "Estampa", Madrid)

Los 5 Perfumes de Moda



CHELA

OJOS NEGROS

DIME QVE SI

MUÑEQUITA

PRIMER BESO

La mejor audición

Escuche todos los días (menos domingos) a las 20 horas, por L R 3 Radio Nacional la AUDICION GRIET.

POLVO - LOCIONES
TALCOS
BRILLANTINA
JABONES



PERFUMERIA
GRIET
Girardot 1618 - 40 Bs. Aires

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA., S. A.